

EL SER QUE HABITA EN MÍ

Aroa Germil Ares



EL SER QUE HABITA EN MÍ

ERA DIFERENTE HASTA QUE ME DIO
ALAS

ARGEAR93

Capítulo 1

EL SER QUE HABITA EN MÍ

CAPÍTULO 1. LUCINDA.

Cuándo tenía apenas unos pocos meses de vida, mis padres fallecieron en un incendio en nuestra casa. Un incendio del cuál nadie sabe la causa. Como no tenía más familia, fui llevada al orfanato "Bluesky". Un edificio pequeño, frío y viejo. El edificio desde el exterior ya avecinaba lo que se iba a encontrar en el interior. En este se encontraban varios niños y niñas, apilados en las pequeñas habitaciones y compartiendo en numerosas ocasiones la cama, para combatir el frío del invierno que se colaba por las ventanas viejas y rotas de madera. El comedor, presentaba tres mesas de madera ya muy gastadas por el uso de los años. En ellas se podían ver diferentes grabados de los niños y niñas que habían dejado atrás el orfanato. Desde que tuve uso de conciencia, empecé a soñar con grabar mi nombre en ella, siendo así aquel orfanato un mero recuerdo de mi infancia. Durante varios años, vi como poco a poco los niños y niñas con los que había crecido se iban con sus nuevas familias, felices y con una gran sonrisa en su rostro. Una sonrisa que yo jamás llegaría a expresar. Comprendí este hecho a los 10 años, cuando oí a una de mis cuidadoras hablar de mí.

-Esa niña, con sus fantasías, jamás va a lograr que la acojan en un hogar. ¡Que dice que ve colores sobre la gente! Como si no le bastase ser ya como es. Sólo hay que mirarla para darse cuenta de que no es una niña normal. No me extraña que nadie la quiera.

Esas palabras quedaron en mi mente gravadas a fuego, haciendo que por mis pálidas mejillas corriesen unas lágrimas descontroladas, que acabaron en un llanto. Siempre que me sentía triste subía a la torre del orfanato, a través de un pequeño pasadizo oculto que había descubierto con 8 años. En este tenía todo lo que necesitaba para calmarme: un colchón, unas mantas, una almohada, una lámpara de gas, cerillas y mis libros. Libros que había acumulado a lo largo de los años a través de los cuales vivía grandes aventuras que me alejaban de mi deprimente vida, al menos por un tiempo. De esa forma, aquella torre se convirtió en mi refugio, en mi verdadero hogar, en mis padres, pues esta siempre me escuchaba y guardaba mis secretos.

Los años fueron pasando lentamente y mi cabello rubio se volvía cada vez más claro, tornándose platino y mis ojos de un color azul, se habían vuelto translucidos, pareciendo dos pequeños espejos capaces de reflejar el alma de la persona que me mirase. De pequeña adoraba mis ojos y mi pelo rubio, pero ahora los odiaba, pues causaba el rechazo de las personas. Cada vez más, deseaba encontrar una lámpara maravillosa

como Aladino y que de esta saliese un genio que me concediese un deseo. Desearía ser normal para así encontrar una familia que me quisiese y salir así de este horrible orfanato. Pero lamentablemente eso es una fantasía, y las fantasías no llegan a cumplirse nunca porque no son reales. Ojalá lo fuesen, porque así mi vida sería mucho más fácil y tendría más amigos que los personajes de mis historias. No es que estos fuesen insuficientes, pero a cierta edad una persona necesita tener amigos reales y no sólo imaginarios. Amigos con los que jugar, vivir aventuras, reír, llorar, compartir secretos y anécdotas... Incluso en mi instituto, no había conseguido hacer amigos a pesar de que lo había intentado con todas mis fuerzas. Al final decidí rendirme a la soledad y ser la marginada. Aquello no era nuevo para mí, pues en el orfanato ya tenía esa etiqueta.

Como habéis visto, mi vida no es precisamente de color de rosas, sino de un color gris. Ese gris que se presenta en el cielo anunciando que llegará una gran tormenta. Por suerte, sólo me queda poco más de 10 meses para irme de este infierno. Cuando cumpla los 18 años, me iré de aquí y viviré mi vida, sin que nadie dirija mi vida, siendo yo la única dueña de esta. Que será difícil, seguramente; que me será más complicado que a otras personas debido a mis "características" obvio ¿Pero cuándo empezar de cero fue fácil?

Me acabo de dar cuenta, que todavía no me he presentado de manera oficial. Mi nombre es Lucinda. Supongo, o más bien me gusta imaginar, que este nombre me lo pusieron mis padres ante el hecho de que al nacer mis cabellos eran de un color dorado que recordaban al sol y a que mis ojos eran de un azul brillante e intenso que parecían brillar en la mismísima oscuridad. Mi nombre y una pequeña medalla en donde aparecen mis padres conmigo, es lo único que me quedó de ellos. Parte de mi aspecto actual, ya os lo he narrado con anterioridad, por lo que prefiero no volverlo a decir para no sonar tan repetitiva. Sólo destacar, que mi piel es blanca y delicada y que mi complexión es delgada, pero no para hacer saltar las alarmas. Mi peso, era el indicado para mi estatura de 1,67 m. Sin embargo, sí que hay algo que aún no os he contado y que forma parte de mi vida diariamente y que me hace aún más diferente al resto de los seres humanos. Esta gran diferencia todavía sigue siendo para mí un gran misterio, un gran enigma que no consigo resolver. Este rasgo tan particular es que soy capaz de leer las mentes de las personas. Bueno no es que sea capaz de leerlas, más bien no puedo evitarlo. Pero esta no es la derradera gota que colma mi vaso. Esta gota viene representada en múltiples colores, que rodean a las personas de mi entorno. Colores que con el tiempo descubrí que representaban los sentimientos de las personas. Como podéis comprobar la etiqueta de chica misteriosa, rara o extraña me pega a la perfección. Pero para que lo tengáis en cuenta prefiero que me llaméis Lucinda o Luz. Aquí concluye la descripción de mí misma y comienza la historia de cómo un chico me dio

alas. Unas alas que hicieron que no fuese tan diferente.

CAPÍTULO 2. OH RAPUNCEL, RAPUNCEL DEJA CAER TÚ MELENA.

Quién no ha caído nunca, no tiene una idea justa del esfuerzo que hay que hacer para tenerse de pie.

Multatuli.

No sabría decir con seguridad en qué momento empezó todo, pero sí puedo contaros cuándo empecé a auto-lesionarme. Tenía 8 años la primera vez que apreté fuertemente mis palmas, sintiendo mis uñas clavarse en estas, produciendo pequeñas heridas que a día de hoy son pequeñas cicatrices. Odiaba auto-lesionarme, odiaba sentir ese dolor, pero era lo único que me permitía ser normal durante un rato. La sensación de dolor recorriendo mi ser, era lo único que conseguía distraerme lo suficiente para dejar de oír las voces o ver los colores que las personas emanaban a mí alrededor.

Este extraño don, o más bien maleficio, me permitía saber que el padre de una compañera no se había marchado por "trabajo", sino que su mujer lo había echado; que mi profesora y el director del centro eran algo más que compañeros y que usaban el cuarto de la limpieza para sus encuentros; o que mi cuidadora me temía y detestaba, y que el simple hecho de que aún estuviese a su cargo se debía a que le pagaban por ello. Todo esto, no lo había averiguado usando tácticas que el mismísimo Sherlock Holmes envidiaría, es más ni siquiera me lo habían dicho. Lo sé por el simple hecho, de que sus pensamientos invadían mi mente sin mi permiso.

La música también era mi vía de escape, pero lamentablemente escucharla en períodos de clase estaba más que prohibido y no digamos en el orfanato. Para mis cuidadoras la música estaba más que prohibida, dado que en ella se encontraban palabras que incitaban: al alcohol, las drogas, al sexo, o a ser las mujeres libres de pensamiento y opinión. En su opinión, y de manera muy resumida y clara, las mujeres debíamos obedecer en todo momento a los hombres ¿En qué mundo vivían esas mujeres?, en uno muy pasado sin duda. Tenían que abrir los ojos y percatarse de que las mujeres somos seres tan valiosos como los hombres, porque si no a este ritmo lo único que conseguiríamos era vivir estancadas para siempre en un mundo patriarcal.

Ahora mismo me encuentro de camino al orfanato, después de otro largo día en mi instituto. Busco en el interior del bolsillo de la chaqueta del uniforme, mi pequeño móvil, al cual le conecto unos cascos. Busco en mi lista de reproducción mi canción favorita, la cual consigue evadirme siempre del mundo de mí alrededor. Le doy al play y dejo que la suave voz de Sia invada mis oídos. Sin embargo mi calma es interrumpida, cuando noto que alguien me agarra de la chaqueta y me quita unos de los

cascos.

-¿Qué estás escuchando marginada?-Veo cómo se lleva uno de mis cascos a su oreja y como su boca forma una sonrisa.-Música deprimente para una chica rara. Y dime marginada ¿Cómo es que alguien como tú tiene un móvil? Según tengo entendido, en el orfanato no os pagan por hacer las tareas, así que esto debe de ser robado. ¿Sabes qué? es mejor que me lo quede, así te evitas problemas. Puedes verlo como un gran gesto de mi parte marginada ¿No me piensas dar las gracias por ello?-Sentía como las lágrimas querían salir de mis ojos. Aquel móvil, lo había conseguido como fruto de un trabajo que había hecho en una pequeña heladería durante el verano. Era una de mis vías de escape, y perderlo era como perder una parte de mi ser. No obstante, no quería ningún problema con aquel chico. De mis labios salieron entonces las palabras que el tanto deseaba oír.

-Gracias-En mi interior quería pedirle que me devolviese mi móvil, pero si se lo pedía podía derivar la situación en un conflicto y ¿Adivinad a quién no apoyarían?

Al llegar al orfanato, me dirigí a mi habitación, la cual no compartía con nadie, porque no había ningún ser en este planeta que se atreviese a acercarse a mí lo suficiente para conocerme realmente. Por un lado, me encantaría tener una compañera de habitación; pero por el otro si la tuviese tendría que convivir diariamente y a todas horas con sus pensamientos y sus colores. Además, el hecho de estar sola me permite refugiarme en mi torre, a través de la cuál accedo a través de un pasadizo que había descubierto en mi habitación. Me adentré en el pasadizo, y subí las escaleras de piedra y en forma de caracol que me llevaban a mi refugio. Una vez en él, encendí la pequeña lámpara de gas con una cerilla y me acurruqué en mi colchón. Lo bueno de la torre es que me escuchaba. Escuchaba mis penas, mis miserias, sin querer nada a cambio. Oía mi llanto desconsolado, sin ordenarme que parase y para consolarme siempre me mostraba a través de un agujero en su techo las hermosas estrellas y la luna que siempre iluminaban el cielo del anochecer. Mi torre era sabia, y sabía cómo consolarme siempre. Sabía que siempre que miraba las estrellas y la luna, allá en el cielo brillando, mi mente se llenaba de esperanza. Esperanza que se reflejaba en el hecho de que a pesar de que todo está oscuro, la luz siempre está con nosotros de alguna forma.

Mientras contemplo las hermosas estrellas del cielo de la ciudad de Roma, veo caer una estrella fugaz. Sé de oídas, que si pides un deseo a una estrella fugaz mientras está cayendo, este se cumplirá. Me apresuro a pedir el que tanto he deseado durante años, susurrándolo en voz baja y para mí.

-Deseo ser normal o encontrar a alguien que me valore por ser quién soy.-Después de esto, me tumbé en el colchón y me acurruqué debajo de

las sabanas.

Al final aquel día había acabado como tantas otros atrás: conmigo llorando en mi torre, acurrucada bajo las sabanas y deseando que un príncipe viniese a rescatarme. Ojalá viniese alguien y me dijese "Oh Lucinda deja caer tu melena", para que yo la soltase, dejándola caer a lo largo de la torre. De esta forma, mi salvador escalaría por esta y juntos escaparíamos de esta prisión que me tiene retenida. Lamentablemente esto solo son ilusiones, deseos que se ocultan en lo más profundo de mi mente y mi corazón. Una mente y corazón rotos, que nada ni nadie podrá reparar.

CAPÍTULO 3. ¿MI ESTRELLA FUGAZ ES UN JOVEN APUESTO?

Algunos caerán como gotas de lluvia y otros como estrellas fugaces

Eliécer Brenno

Un nuevo día de mi deprimente vida daba comienzo. Segundos antes justo de entrar a mi clase, una oleada de pensamientos invade mi mente. No me molesto en levantar la vista, o dirigir mi mirada hacia el grupo de chicas de las cuales sale esos pensamientos. No me hace falta ver al chico nuevo, para saber que está buenísimo. A través de los pensamientos de mis compañeros puedo saber que su nombre es Gabriel, que sus ojos son azules de un color muy claro y que su cabello es de un color rubio-dorado. En lo que a mí me respecta, seguir en la ignorancia es como una bendición, al fin y al cabo será otra persona que me mantenga alejada o relegada a la categoría de la marginada.

Sin embargo, los pensamientos más pasionales de Adrienna Bella, la chica más popular del centro gracias a sus ojos verdes grandes y cabello castaño largo ondulado, que considera que " Gabriel está de toma pan y moja y que debe de ser su nueva conquista", hacen que levante mi vista. En el mismo instante en que nuestras miradas se cruzan, noto como una especie de corriente eléctrica atraviesa mi interior. Aparto la mirada rápidamente, porque sé que mis posibilidades con él son totalmente nulas. Esto se debe a que cuando Adrienna Bella se fija en un chico las demás no tienen posibilidades, y si las tienen es mejor que se aparten de su camino. El lema de Adrienna era literalmente "Obtengo todo lo que me gusta, quiero o deseo"

Sigo caminando hacia mi clase, intentando alejarme de aquel mar de hormonas. Entro en mi sala y me siento en mi mesa, la cual se sitúa justo al fondo de la clase. El resto de compañeros va llegando poco a poco y sentándose en sus respectivas mesas. Segundos después de que entrasen todos, el señor Stefano, mi profesor de literatura, llega seguido de Gabriel.

-Buenos días alumnos, este es Gabriel D'angelo. Es de Capri y a partir de ahora vivirá aquí en Roma Bien, Gabriel, puedes sentarte en la mesa del final del aula, la que se encuentra al lado de Lucinda-Genial, el chico nuevo se dirigía justo a donde yo estaba. Eso despertó aún más el odio de mis compañeros hacia mí. Podía ver como sus auras se tornaban de un rojo vibrante y oía sus pensamientos de odio en mi cabeza. Pensamientos que iban del "Pobre Gabriel, se tiene que sentar justo con la rara" a "Esperemos que la marginada no le asuste".

-Hola.-Gabriel se había sentado en el sitio que había justo junto al mío.- Me imagino que eres Lucinda.-Asiento con la cabeza, intentando no establecer un contacto visual-Veo que no eres muy habladora.

-No es que no sea habladora, pero la gente suele evitarme por mi aspecto.

-No entiendo el porqué.

-Por favor si esto se trata de una broma dirigida a mí te pido que le pongas fin cuanto antes.

-No entiendo por qué debería hacerte una broma. Me encuentro muy perdido en esta conversación.

-Te lo voy a contar de una forma muy breve pero clara y concisa. Yo soy esa chica a la que todos llaman la marginada, la rara, la intocable; la chica que es ignorada por todos a no ser para ser objeto de burlas por mi aspecto. Pero ¿Sabes qué? en el fondo los entiendo. Mi aspecto es muy diferente al suyo. Soy diferente en todos los sentidos.

-Yo no creo que seas diferente, sino única y especial. Hagamos un trato. Si me enseñas la ciudad yo te prometo enseñarte la belleza de la vida y sus colores. Te demostraré que no todo es gris y de paso te ganas un amigo.-Aquellas palabras eran melodía para mis oídos, ¿Pero cómo fiarme de alguien desconocido?-Puedes fiarte de mí. Además ¿Qué es lo que puedes perder?-Tiene razón. No puedo perder ya más de lo que he perdido a lo largo de los años. Decido arriesgarme y confiar en aquel joven de ojos azules como el cielo de Roma.

-Está bien. Pero existe un problema, nunca he llegado a explorar la ciudad de Roma. Siempre he tenido miedo a lo que diría la gente cuando me viese.

-Pues entonces explorémosla juntos y descubramos nuevos lugares. En relación a la gente, no te preocupes por ellos. Estoy seguro de que si te conociesen de verdad verían a la verdadera chica que hay en tu interior.

Con aquellas palabras, empecé a considerar que Gabriel era mi estrella fugaz. Deseaba que así lo fuese. Ansiaba que me enseñase los verdaderos colores de la vida y que me alejase de mi deprimente vida gris y negra. Finalizó la conversación con una sonrisa, y ¡Que sonrisa! Era de esas que consiguen iluminar hasta el peor de tus días.

Acabé compartiendo con ellos los libros de texto, dado que no tenía los suyos aún, bajo la mirada de mis compañeras que desprendían un aura más roja que nunca. Por primera vez, en mis 17 años de vida no me importaban los pensamientos o colores de los demás y todo se debía de Gabriel. El aura de este era de un color rosa y azul, lo cual me mostraba que era sensible y leal así como sincero.

Nos pasamos el descanso conociéndonos poco a poco. Cada vez que le oía hablar de todos los lugares en los que había estado, era como si yo misma hubiese viajado a estos.

-¿Cómo es que nunca has estado en una playa?

-Ya te lo comenté antes, nunca he salido de Roma. Es más ni siquiera conozco Roma. Mi vida siempre ha transcurrido entre la escuela, el orfanato y la torre.

-¿La torre? ¿Es un local de moda o algo?-Me reí ante su comentario. Ya no recordaba cuál había sido la última vez que me había reído.-Me gusta tu risa-Me comentó apartándome un mechón que caía sobre mi cara, colocándolo delicadamente detrás de mi oreja. En el momento en que su palma tocó mi mejilla, volví a notar la misma energía que había experimentado al verlo por primera vez. Aparté mi rostro de su palma, notando de repente en esa zona en donde me había tocado, frío.

-La torre es mi lugar secreto, mi refugio en el orfanato. Cuando tenía 8 años encontré como una especie de pasadizo en mi habitación que me llevó a mi apreciada torre. En ella tengo casi todo lo que más aprecio en este mundo: mis libros y mi pequeño agujero/observatorio de estrellas en el tejado.

-¿Qué es eso que aprecias que no tienes en tu escondite luego?-Llevé mi mano de manera inconsciente a mi medalla. Nadie sabía que la tenía, ni siquiera mis cuidadoras. Cada día le daba las gracias a dios por el hecho de que no la hubieran descubierto escondida en un bolsillo de la manta que me abrigaba cuando me dejaron en el orfanato. Me fijé de nuevo en los colores de Gabriel, estos no habían cambiado y sus pensamientos no giraban en torno a "que rara es", "no sé cómo la dejan salir con ese aspecto", sino que giraban en torno a "quiero conocerte mejor y demostrarte que de verdad puedes confiar en mí".

-Lo que más aprecio en este mundo es esta medalla-Le comento al tiempo que me saco la medalla y se la enseño.-Es lo único que me queda de mis padres.

Veo como en el aura de Gabriel, aparece un tono grisáceo, el color que representa la tristeza.

-Siento que tuvieras que pasar por todo esto tú sola. No me puedo ni imaginar lo difícil que debe de haber sido para ti todo.-Observo cómo ve la medalla con cuidado y cómo ve la foto de mis padres conmigo.-Eres su viva imagen, igual de hermosa que tu madre.

-No soy hermosa, puede que cuando era pequeña lo fuese, pero ahora sólo soy un ser roto. Soy una chica que sueña con ser normal, con retroceder en el tiempo ¿Cómo si eso fuese posible?-Noto mis mejillas húmedas y el aura de Gabriel más gris que antes. A continuación, Gabriel me abraza ante la mirada de todos los compañeros.-Es mejor para ti que te alejes de mí. Lo único que conseguirás es que te desprecien, te odien al igual que a mí.

-No me importa nada de eso. Lo que más quiero ahora mismo es conocerte mejor Lucinda, Quiero conocer esa luz que hay oculta en tú interior y explorarla juntos.

-Sin duda alguna eres mi estrella fugaz-Le digo, al tiempo que en mi rostro dejo entrever una pequeña sonrisa.

-No sé a qué te refieres con eso, pero si te hace feliz a mí también.

Nos pasamos el resto de la jornada escolar juntos, intercambiando palabras, compartiendo el libro, sin importarnos los comentarios y las miradas de nuestros compañeros. Al finalizar las clases, salimos juntos del centro.

-Nos vemos luego Lucinda.

-¿Cómo dices?

-Tenemos que descubrir y explorar los tesoros de la bella Roma. No me falles *luce della mia anima*- Con esas palabras se alejó de mí, sin darme tiempo a darle una respuesta. Sin duda alguna era una estrella fugaz, pues había desaparecido entre la multitud fugazmente.

CAPÍTULO 4. VERDE ESPERANZA

La esperanza se levanta como un ave fénix de las cenizas de los sueños

rotos

S.A. Sachs

Cuando llego al orfanato de nuevo, noto que tengo los nervios a flor de piel. Decir que descubrir Roma con Gabriel a mi lado no me hace ilusión, sería mentirme a mí misma. Nunca he traspasado las puertas del orfanato a no ser para ir a mi centro o a la heladería en donde trabajé durante el verano; por lo que poder descubrir la hermosa ciudad de Roma me causaba una gran alegría.

Me dirijo a la pequeña cocina en donde me preparo un bocata con el pan sobrante del otro día (comer el pan del día, se considera un delito dado que está reservado exclusivamente para las cuidadoras), al cual le añado un poco de margarina y azúcar y me subo a mi habitación. En ella me miro a mi espejo el cuál presenta una rotura que recorre desde la esquina superior derecha hasta la esquina inferior izquierda. Contemplo mi reflejo en este, preguntándome a mí misma si estoy haciendo lo correcto. Una vocecita en mi interior me dice que sí, que ya es hora de que "descubra los verdaderos colores de la vida", tal y como Gabriel me indicó. Me quito el uniforme del centro y me visto con unos pantalones vaqueros, algo gastados por el uso, y una camiseta de manga corta de color verde con volantes en la en la parte de la cintura. En los pies decido mantener los zapatos del centro, dado que son el par de calzado más cómodo y nuevo que tengo. Al acabar de vestirme contemplo el pequeño reloj de color azul con manecillas rojas que se encuentra encima de mi pequeña mesilla de noche. Veo que son las 15:30, por lo que me quedan 30 minutos exactos para volver a ver a Gabriel. En la nota que encontré en el bolsillo lateral de mi mochila, me indicaba que nos veríamos a las 16:00 en el centro. Termino de arreglarme, recogiendo mi pelo en un moño desaliñado que escondo debajo de una gorra para que nadie pueda apreciar su tonalidad.

A las 16:00 llego justo a la entrada del centro, en donde ya se encuentra Gabriel. Se encuentra recostado en la pared de la entrada, junto con un pequeño libro el cual está ojeando. Se ve muy hermoso bajo la luz del sol, que saca de su cabellera pequeños destellos dorados, que le da un aspecto angelical. Al oírme acercarme eleva su mirada que se encuentra con la mía. Los nervios que sentía anteriormente desaparecen de golpe al ver sus hermosos ojos de nuevo y su sonrisa.

-Me alegra ver que has venido.

-No tenía otra opción. Desapareciste sin poder poner alguna excusa.

-Me alegra haberlo hecho porque así podemos estar juntos ¿Estás

preparada?

-Supongo que sí.

-Me alegro, porque nos espera una gran tarde juntos. Por cierto ¿Porque ocultas cabello?

-Ya sabes la respuesta Gabriel.

-A mí me gusta cómo eres. No temas a mostrarte, y olvida lo que los demás puedan pensar-Me dijo al tiempo que se acercó a mí y me quitó la gorra y luego la goma, dejando que mi cabello cayera.-Así está mucho mejor. Esta es la verdadera Lucinda-Sentí sus suaves dedos acariciando mi pelo, peinándolo de manera delicada.

-Gracias.

-No tienes por qué dárme las. Bueno es hora de que partamos. He estado ojeando una guía y he decidido empezar nuestra ruta por la vía dei Fori Imperiali ¿Te parece bien?-Asentí ante su pregunta. A continuación la mano de Gabriel estaba sobre la mía sujetándomela. El tacto de su mano era cálido sobre la mía. Su pequeño gesto, había conseguido que en mi interior se empezase a formar un sentimiento llamado esperanza.- Perfecto, entonces debemos dirigirnos a la Piazza Venezia.

Caminamos durante varios minutos, atravesando pequeñas calles, bajo la mirada de la gente y sus cuchicheos. Intento con todas mis fuerzas evadirme de sus pensamientos, pero son demasiados fuertes. Suelto el agarre de Gabriel, que me ofrece una mirada interrogante.

- Es mejor que no te vean conmigo. Esto no fue buena idea. La gente va a empezar a juzgarte y a hablar de ti. De hecho ya lo están haciendo. Lo lamento, no debí de haber venido. No sé en qué estaba pensando-Digo al tiempo que trato de ocultar mi pelo bajo la gorra, y me voy alejando de Gabriel.

-¿Lucinda?-Oigo su voz llamándome. Sé que si me giro y le miro a los ojos volveré a caer en su mirada dulce y cálida, que volveré sobre mis pasos y como consecuencia ganará una imagen que no se merece. Intento escabullirme entre la gente, pero su mano me detiene, haciendo que me detenga, dándole la espalda.-Ya te dije que no me importa lo que la gente diga. Lo único que quiero es pasar el rato contigo y descubrir juntos las maravillas de Roma.

-Puede que a ti no te importa que te juzguen ahora, pero con el tiempo te cansarás de lo que digan, porque ya no podrás soportar las miradas, las palabras de odio, rencor o asco que te lanzarán. No soportarás las bromas o el hecho de ser el marginado o el raro ¿Y sabes porque sé todo esto?

Porque es lo que me pasa a mi cada día.-Siento su brazos sobre mi cuerpo, que me hacen girarme para quedar frente a frente. Mi mirada permanece baja, porque no quiero que me vea llorar.

-Lucinda por favor mírame-Me dice al tiempo que su mano levanta ligeramente mi mentón, haciendo que nuestras miradas se encuentren.- No quiero que vuelvas a pensar así nunca más. Eres maravillosa como eres. Y prefiero estar solo contigo que con el resto de la gente, porque unos segundos contigo parecen años. Contigo siento que el tiempo se detiene. Todo es tan diferente a tú lado, me haces ver que la verdadera belleza está en el interior. Por favor Lucinda déjame demostrarte los colores de la vida, déjame enseñarte que no me importa lo que digan los demás. No llores por favor-Siento mis mejillas húmedas de nuevo, pero esta vez mis lágrimas son de felicidad. Felicidad que se debe a las palabras de Gabriel. Dejo asomar una pequeña sonrisa en mis labios, que se repite en los labios de Gabriel, que a continuación depositan u beso en mi frente.

Al final, seguimos con nuestro camino. Llegamos a la Piazza Venezia, en donde contemplamos el monumento victoriano "La máquina de escribir" y el Palazzo Venezia. Al finalizar la visita en este lugar, continuamos bajando por la calle, llegando al Foro romano que, monumentalizado sobre todo a partir de la época republicana, era el corazón de la vida política y religiosa de la ciudad. En este visitamos: el Arco de Tito, Arco de Severo Séptimo, Templo de Antonio y Faustina, Basílica de Majencio y Constantino, la Curia y la Columna de la Foca. Una vez visto el foro, nos dirigimos al Coliseo, el monumento más imponente y famoso de Roma, inaugurado en el 80 d. C. por el emperador Tito, que proclamó hasta cien días de fiesta para la ocasión. Era lógico que se hubiese proclamado cien días de fiesta, pues sin duda alguna aquel monumento al contemplarlo conseguía detener tu respiración durante unos segundos.

-Esto es increíble, aún no me puedo creer que esté aquí. No sé cómo agradecértelo Gabriel.

-Tu risa es más que suficiente. Tienes una sonrisa muy bella.-Noto mis mejillas empezar a arder en el mismo momento en que Gabriel me dice esas palabras al oído.

-¿Nos vamos?-Gabriel asiente ante mi pregunta, y me vuelve a coger de la mano.

Recorremos de nuevo nuestros pasos tras la visita al Coliseo. Continuamos de nuevo por la vía dei Fori Imperiali en dirección a Piazza Venezia. A mitad del recorrido giramos a la derecha por vía Cavour, por dos buenos motivos. Primero: porque una vez en ella, después del primer semáforo, una escalinata nos lleva hasta la iglesia de San Pietro in Vincoli, donde podemos admirar el Moisés de Miguel Ángel. Segundo: a la

altura de la escalinata pero en la acera de enfrente, se nos abre el barrio de Monti que, aunque más pequeño y menos turístico que otros, conjuga la modernidad con el encanto de la tradición. A pesar de su historia, en época de la antigua Roma era la Suburra, es decir la zona de la ciudad reservada a la plebe urbana. Hoy en día como pudimos observar es un enclave de jóvenes artistas. Paseando por sus calles empedradas, al tiempo que contemplamos los artistas y sus obras, nos encontramos con un niño pequeño llorando. Su llanto desgarrador, junto con el color de su aura y sus pensamientos, me confirman que se ha perdido. Me acerco a él, soltándole la mano a Gabriel, y me pongo a su altura con el objetivo de darle mayor confianza y seguridad al niño.

-Hola ¿Te has perdido?-El niño asiente ante mi pregunta.

-No llores te ayudaré a encontrar a tus padres. Mi nombre es Lucinda ¿Cómo te llamas?

-Enzo.

-Muy bien Enzo, necesito que vengas conmigo. Vamos a buscar a un policía para que nos ayude.-Le tiendo mi mano para que la agarre, y para mi sorpresa me la agarra ofreciéndome una tímida sonrisa. Me dirijo de nuevo a Gabriel quién ha contemplado toda la escena.

-Bueno pequeño, vamos a encontrar a tu madre te lo prometo. Acabo de revisar en mi móvil que la comisaría más cercana es la Polizia di Stato Commissariato Roma Viminale en la Via Farini. Si vamos por la Vía Cavour son 13 minutos a pie.

En el momento en que empezamos a andar, oímos la voz de una mujer joven mencionando el nombre de Enzo. La vemos justo enfrente de nosotros. Enzo suelta mi mano y se dirige a la que supongo será su madre. Una vez que llega a esta veo como se abrazan y siento la necesidad de que alguien me abrace así a mí también algún día. Gabriel y yo, continuamos con nuestro camino, pero la voz de esa mujer nos detiene.

-Esperad chicos por favor-Nos suplica la mujer, haciendo que nos detengamos. Veo como se acerca a nosotros y el miedo a ser rechazada se apodera en mí, pero la mano de Gabriel sobre la mía de nuevo, me llena de confianza y fuerza.-No sé cómo agradecerlos que hayáis cuidado a mi hijo.

-No tiene por qué dárnosla. Cualquier persona habría hecho lo mismo- Respondo.

-En eso se equivoca señorita. Enzo me ha dicho que fuiste la única que se detuvo a ayudarlo. El resto de la gente lo oyó llorar pero no se detuvo. Tú

fuiste la única y te estaré eternamente agradecida. Ya sé os invito a comer algo en mi restaurante y no voy a aceptar un no por respuesta.

Al final seguimos a la señora y a Enzo hacia su restaurante de nombre "Taverna Romana", en donde nos ofrecieron un buen plato de Supplì alla romana como entrante y Bucatini all'amatriciana como plato principal. Gabriel y yo nos sentamos en una mesa para dos personas uno frente al otro. Al poco de empezar a comer oigo como alguien grita mi nombre. Mi cuerpo se tensa de manera involuntaria, pero cuándo mis oídos se percatan de las verdaderas palabras y mis ojos contemplan mejor la escena que se abre ante mí, empiezo a creer que mis sentidos fallan. Es imposible que la gente esté brindando en mi honor. Yo soy la chica a la que se le tira la copa encima, a la que no se le regala una cena, y es por ello que esta escena se me hace tan complicada de creer.

Salimos del restaurante, despidiéndonos de todos los comensales y trabajadores.

-Te dije que en ti había una luz que la gente acabaría descubriendo. Hoy has encontrado a unas personas que han conocido a la verdadera tú

-Aún no me lo puedo creer Gabriel. Es todo como un cuento de hadas Nunca llegué a imaginar que esto sucedería, y todo es gracias a ti.

-Te equivocas Lucinda. Tú eres la que ha hecho que esto se haya convertido en un cuento de hadas gracias a tú forma de ser. No sabes las ganas que tengo de que llegue mañana para seguir descubriendo contigo lugares nuevos.

-Yo también tengo ganas-Le digo al tiempo que apoyo mi cabeza en su hombro al mismo tiempo que recibo un beso en mi pelo.

Caminando llegamos justo enfrente de mi orfanato. Mi fantástico día se acababa en este deprimente edificio de color gris.

-Aquí es donde vivo-Le digo a Gabriel

-Ojalá pudiese sacarte de esa cárcel-Me dice acariciándome la mejilla.

-No tienes por qué preocuparte por esto. A decir verdad ahora me parece menos deprimente al pensar que mañana seguiremos descubriendo Roma.

-No sabes cómo me alegra oírte decir eso. Nos vemos mañana luce della mia anima.-Se despide de mí con un beso en la frente. A continuación subo a mi habitación, en donde me doy una pequeña ducha. Al finalizarla subo a mi torre en donde sueño con hermosos paisajes de color verde; el

mismo que el de la esperanza y el que acabo de descubrir.

CAPÍTULO 5: LA ALEGRÍA SE PRESENTA EN COLOR AMARILLO.

Decir que no estaba ansiosa por seguir descubriendo la belleza de Roma con Gabriel, sería mentirme a mí misma. Ansiaba volverlo a ver de nuevo, deseaba observar sus ojos azules y sumergirme en ellos. Gabriel en tan sólo un día había conseguido demostrarme la belleza de la vida, y que la esperanza es lo último que se pierde.

Salgo del orfanato con destino al centro, pero a diferencia de otros días mi estado de ánimo no es deprimente. Al llegar a este visualizo a Gabriel entre el gran cúmulo de gente que se encuentra en la entrada, de su brazo está colgada Adrienna Bella. Me entran ganas de salir corriendo en la dirección opuesta. ¿Cómo he podido ser tan ilusa y pensar que alguien se fijaría en mí de verdad? Una mano me detiene.

-Lucinda-No soy capaz de mirarlo, es más prefiero no hacerlo. Sé que si lo hago volveré a perderme en su mirada y no quiero volver a pasar por ello.-Lucinda por favor ¿Puedes mirarme?

-Sabes que puedes quedarte con nosotros ¿Verdad?, pero solo si prometes no estorbar mucho y no mirar a Gabriel fijamente-Esas palabras son de Adrienna. Reconocería su voz en cualquier parte-Es de muy mala educación mirar a la gente muy descaradamente ¿No te lo han enseñado tus padres? Ups, lo siento, no me he percatado. De todos modos ya te lo digo yo, además tus ojos resultan aún más intimidantes. Deberías ponerte unas lentillas o algo, cuando tengas algo de dinero ahorrado claro-Aquellas palabras, se estaban clavando en mi interior como agujas ardientes, pero como ya estaba acostumbrada a esas palabras fingí como que no me hacían daño.

-Lo tendré en cuenta. Gracias por el consejo-Le digo a Adrienne, al mismo tiempo que me giro para verla.-Pero según tengo entendido también es de mala educación agobiar a la gente, y creo que tú en eso te llevas la palma-Le comento señalándole su brazo fuertemente agarrado al de Gabriel, quién deja entrever una sonrisa.

-Creo que Lucinda tiene razón en eso Adrienne.-Dice Gabriel, al tiempo que se libera del agarre de Adrienne.-Además, es de mayor mala educación burlarse de una persona Adrienne, ya sea por su aspecto físico o por la historia de su pasado. Para tu información, los ojos de Lucinda no me intimidan, sino todo lo contrario, me parecen los más hermosos que he visto en mi vida.-Aquellas palabras consiguen que lo mire de nuevo y que me pierda en su sonrisa. Me ofrece su mano que acepto con gusto, y juntos caminamos a nuestro salón en donde nos sentamos nuevamente

juntos.

Las clases transcurren como el día anterior, conmigo y Gabriel juntos, intercambiando palabras e historias. Al terminar las clases nos despedimos hasta la tarde, momento en que seguiremos descubriendo Roma.

Cuando llego al orfanato, me hago unos raviolis con salsa al pesto que me tomo en mi habitación, al tiempo que pienso que lugares descubriré con Gabriel. Al terminar, me lavo los dientes y me quito el uniforme del colegio. Decido ponerme un vestido de tiras blanco con rayas verticales de color rosa y mantener en mis pies al igual que el día anterior los zapatos del centro. Recojo mi pelo en un moño deshecho y alto. Me miro en el espejo, y la imagen que me devuelve me deja satisfecha. Salgo del orfanato con destino al centro, en donde una vez más Gabriel me está esperando.

-Buenas tarde principesca.-Me saluda Gabriel, al tiempo que deposita un beso en mi mejilla.-Hoy mi querida guía me ha dicho que nos podemos perder en la Galería del Arte moderno.

-Tu guía es muy sabia.

-Como tu torre. Muy bien, podemos coger el autobús hasta Vía Francesco Crispi y a partir de ahí vamos andando.-Asiento ante la oferta.

Nos subimos en el autobús, en el cual nos tenemos que permanecer levantados por la gran cantidad de gente que en él se encuentra. Gabriel me sostiene por la cintura con una mano al tiempo que se agarra con la otra a una de las barras de las que dispone el autobús. Cuando llegamos a nuestra parada, bajamos del autobús y dejamos soltar un respiro de alivio.

-Creo que si tuviese que estar un minuto más en ese autobús me tiraría por la ventana.

-No seas exagerado. Podía ser peor.

-Sí, si te perdiese de vista en ese autobús sería peor.-Sus ojos se posan sobre los míos. Aparto la mirada avergonzada ante su respuesta.- ¿Por dónde tenemos que ir ahora?

-Pues según esto debemos dirigirnos al noroeste por Vía Sistina hasta Vía Francesco Crispi y luego continuar recto por la Piazza della Trinitá dei Monti. En esta podemos observar la Plaza de España y la Trinitá dei Monti.

Caminamos hasta llegar finalmente a la Plaza de España. Era majestuosa con su escalinata que llevaba a la Trinitá dei Monti y con su fuente en forma de barca. Decidimos, sentarnos en las escaleras un rato para contemplar a unos artistas callejeros que estaban llamando la atención del público con un hermoso baile. Al terminar el público los aplaudió, y nosotros los imitamos. A continuación de eso continuamos nuestro camino. Seguimos todo recto por Vía della Trinitá dei Monti y Viale Gabriele D'Annunzio en donde giramos a la derecha para dirigirnos a la Piazza del Popolo. Esta es conocida como la puerta de Roma. Una vez en esta, contemplamos el gran obelisco egipcio, situado justo en el centro.

-Este obelisco egipcio de 24 metros de altura fue dedicado a Ramsés II, y es conocido como Obelisco Flaminio. Se encontraba ubicado en el Circo Máximo desde el año 10 a.C hasta que se trasladó aquí en el año 1589.-
Dijo Gabriel al tiempo que leía en su guía.

-Es increíble ver como el ser humano es capaz de construir obras así con sus manos.

-Ven vamos a ver la Basílica de Santa María por dentro-Siento la mano de Gabriel sobre la mía tirando de esta para dirigirnos al interior de la Basílica. Una vez en esta contemplamos las diferentes obras artísticas así como las capillas más importantes: la de Chigi y Cybo.

Salimos de la Basílica, y giramos a la derecha para continuar por la piazza del Popolo y adentrarnos en la Viale Giorgio Washington, en la cual giramos a la izquierda para dirigirnos hacia Viale David Lubin. Después de atravesar la Viale David Lubin, nos adentramos en la Viale Madama Letizia en la cual giramos a la izquierda hacia Piazzale Ahmed Shawky, para volver a girar a la izquierda hacia Piazzale Ferdowsy. Finalmente volvimos a girar a la izquierda hacia Scalea Bruno Sevi, en donde continuamos todo recto hasta que llegamos a la Viale delle Belle Arti, en donde se encontraba ya la Galería del arte moderno. Entramos en esta y contemplamos, cogidos de la mano bajo la mirada de los turistas, las diferentes obras de: Antonio Canova, Monet, Klimt, Manzú y Van Gogh entre otras. Cuando finalizamos de ver el museo, salimos de nuevo al exterior. Observo como el sol ya empieza a descender, dejando paso al atardecer. El tiempo con Gabriel pasa demasiado rápido para mi gusto. Deseo con todas mis fuerzas, que más días como este se repitan. Gabriel en tan sólo dos tardes ha logrado que disfrute de la vida y que viese en el mundo dos colores ya: el verde de la esperanza y el amarillo de la alegría. Alegría por estar a su lado, por pasar tiempo juntos, por sentir su cálida mano sobre la mía, por ver su sonrisa y esos ojos tan hipnotizadores que han despertado en mi interior algo que nunca había experimentado antes.

-Aún es temprano podemos ir dar una vuelta por la Villa Borghese-Me dice

Gabriel, que me saca de mis pensamientos.

-A ver quién llega primero-Le digo al tiempo que empiezo a correr y se me escapa una risa. Giro mi cabeza para ver como Gabriel me sigue de cerca con una sonrisa también en su rostro. Aumento mi ritmo, pero es en vano pues Gabriel consigue atraparme, abrazándome por detrás.

-Te pillé-Me dice al tiempo que me volteo para quedar frente a frente y detener las cosquillas que me ha empezado a hacer.

-No detente, me haces cosquillas.-La gente nos mira con cara de diversión, enfado y asco, lo sé por el color de sus auras y por sus pensamientos. Sin embargo eso no consigue afectarme, pues en lo único que consigo fijarme ahora son los ojos de Gabriel. Detiene sus cosquillas y me deja algo de espacio, cosa que agradezco pues ahora mismo necesito recobrar el aire. El último tramo lo hacemos a pie al tiempo que comemos unos gelatos para refrescarnos del calor. Nunca antes había probado algo tan delicioso. Dejo que el suave sabor de la vainilla mezclado con el limón inunde mis papilas gustativas. No puedo evitar dejar escapar un gemido de placer.

-Veo que te gusta.

-Me encanta. Nunca había probado los helados.-Veo como los ojos de Gabriel se dilatan por el asombro.

-Pues a partir de hoy lo haremos como una tradición. Cada día descubriremos un lugar nuevo y un sabor de helado nuevo.

-Trato hecho-Seguimos caminando hasta llegar a un lago, en donde se encuentran unas canoas.

-¿Te apetece montar principesca?-Asiento con la cabeza, al tiempo que siento como los nervios me invaden. No sé nadar, nunca he aprendido. Gabriel parece notar mis nervios.

-Tranquila, las canoas son seguras y si volcamos yo te rescataré. Voy a alquilar una para los dos, espérame aquí, vuelvo enseguida.-Decido esperar sentada en uno de los bancos, contemplando a las parejas o a las familias que navegan en el lago. Se ven todos tan felices y despreocupados, que su propia alegría consigue contagiarme. Noto como alguien se sienta a mi lado. Se trata de un hombre de mediana edad, de unos 60-65 años.

-Hola pequeña ¿Estás sola?-Me pregunta

-Buenas tardes señor. No, no estoy sola, he venido con un amigo.

-Yo también venía muy a menudo con mi Isabella. Nos conocimos justo aquí en este mismo banco, y fue en este mismo banco en donde le pedí matrimonio. Aún la recuerdo sentada en este banco sentada con un libro en sus manos leyendo. Siempre estaba leyendo, era su gran pasión. Su libro favorito era "Un paseo para recordar", es irónico-Noto como deja escapar un suspiro y como su aura se vuelve gris. Sé que se encuentra triste por el color, y sé que se debe a que su esposa falleció hace unos meses.-Se fue como la protagonista de la historia, por un cáncer.

-Lo lamento, se cómo se siente. Perdí a mis padres cuando era tan solo un bebe. Nunca llegué a conocerlos y desde ese día he sentido que el mundo es negro. Un negro del color de la muerte, de la enfermedad, pero gracias a Gabriel estoy descubriendo nuevos colores.

-Ese Gabriel debe ser un buen chico.

-Lo es, señor.

-No tienes por qué llamarme señor. Mi nombre es Francesco

-Lucinda.

-Es un bonito nombre, para una linda muchacha.

-Le agradezco sus palabras.

-Y yo te agradezco que hayas escuchado mi historia.-Veo cómo se levante del banco y se despide de mí.

-Francesco espera.-Se voltea para mirarme de nuevo.-Yo nunca llegué a conocer a mis padres, por lo que no tengo momentos que recordar junto a ellos, sin embargo me gusta inventarlos. Eso siempre me ayuda a hacer mi día a día más llevadero. Intenta recordar tus días, tus momentos felices junto a Isabella. Eso te ayudará.

-Gracias por el consejo Lucinda, lo tendré en cuenta. Ahora me despido de ti, pues veo como tu compañero se dirige hacia nosotros. Espero que seas muy feliz en tu vida.-Con esas palabras se aleja, adentrándose más en el parque.

-¿Haciendo nuevos amigos Lucinda?-Asiento con la cabeza-Me alegro mucho. Ven es hora de montar en las canoas.

Nos dirigimos a las canoas, en donde Gabriel me ayuda a subir en una tendiéndome la mano. Una vez los dos dentro, Gabriel toma los remos y empieza a navegar por el lago. Veo como el atardecer está ganando

fuerza con el paso del tiempo, y como el sol se refleja en el lago al tiempo que saca pequeños destellos de este. Decido sumergir mi mano en el agua, haciendo pequeños movimientos con esta. Lo siguiente que siento es el agua fría sobre mi cara. Gabriel me había salpicado, y había dejado de remar, quedando justo en medio del lago.

-Te ves muy hermosa con la luz del atardecer al fondo-Me dice Gabriel al tiempo que separa un pequeño mechón de mi cabello, colocándolo detrás de la oreja. Noto mi cuerpo reaccionar ante su tacto, y reacciona más fuertemente cuando sus labios se posan en los míos. Me besa de una manera dulce y cálida. Nunca antes nadie me había besado, por lo que tan pronto siento los labios de Gabriel de nuevo sobre los míos por segunda vez, no puedo parar de sonreír en mi interior. Cuando nos separamos veo que el aura de Gabriel es de un amarillo intenso combinado con un toque de rosa, lo cual hace que me sienta más contenta. Nos quedamos en silencio, mirándonos directamente a los ojos, sin ser capaz de apartar nuestras miradas. Decido romper el silencio.

-Gabriel mirar a la gente directamente es de mala educación-Le digo, repitiendo las mismas palabras que Adrienne me había dicho esta mañana.

-No mirarte es lo que es de mala educación. Eres tan bella e increíble que no consigo entender como la gente todavía no ha visto la luz de tu interior.

-Porque las personas a veces temen a lo extraño, a lo raro o diferente. Por suerte tú no eres de esas personas-Le digo al tiempo que apoyo mi cabeza en su hombro, sintiendo como los últimos rayos de sol baten sobre mi rostro y como los brazos de Gabriel me abrazan me la cintura, al tiempo que deposita un beso en mi cabeza. Nos quedamos así durante unos segundos, para a continuación volver a la orilla a devolver la canoa.

Salimos de aquel parque con la esperanza y las ganas de volver a él. La tarde ha llegado a su fin, y sé que el momento de nuestra despedida está cada vez próximo. Llegamos al orfanato a las 21:30, en donde Gabriel me despide con un casto beso en los labios. Entro en el orfanato, y justo cuando me adentro en este mi alegría se desvanece. Siento mi mejilla arder, después de que mi cuidadora me golpease con su palma.

-¿Así es como agradeces que te cuidemos? te hemos dado un refugio en donde vivir y tú vas y actúas como una fulana con un chico, al que te atreves a besar delante del orfanato. Dime ¿Que te ha ofrecido? Es imposible que hayas encontrado a alguien a quien gustar. Mírate, no mereces la pena.

-No me ha ofrecido nada, le gusto como soy.

-No me mientas niña-Siento de nuevo su palma sobre mi mejilla. A pesar del dolor intenso consigo responderle.

-No le miento. Si me conociese de verdad sabría que nunca miento. Si se hubiese molestado en conocerme a lo largo de estos 17 años vería que no soy tan horrible cómo crees o que en mi interior hay luz.

-¿Que en tu interior hay luz? Lo único que hay en tu interior es muerte niña. No sé quién te ha dicho esa tontería y mentira.

-No es ninguna tontería, lo vi en su aura y lo oí en sus pensamientos.

-Ya estamos con tus fantasías. Eres un caso perdido Lucinda, nadie va a quererte así.

-Se equivoca, a Gabriel le gusto por como soy.

-Así que el joven se llama Gabriel. Te prohíbo que vuelvas a quedar con él.

-Usted no puede prohibirme eso.

-Lo acabo de hacer. Hoy ha sido tú último día con ese chico. Ahora sube a tu habitación. Como consecuencia de tus actos te quedas sin cenar y sin desayunar.

Siento como mi mundo se desmorona en ese instante. Me adentro en mi torre, en donde me acurruco sobre el colchón y las sabanas y empiezo a llorar. Tan pronto me tumbo sobre el colchón, oigo un pequeño crujir proveniente de uno de los bolsillos del vestido. Meto mis manos en estos, y saco del bolsillo izquierdo el ticket del museo de arte nacional y el de la canoa. Ambos tienen una nota escrita a mano en la parte de atrás. Las leo detenidamente, fijándome en cada palabra. Son palabras que consiguen que mi estado vuelva a ser amarillo. Las notas dicen:

"Ninguna obra de arte es comparable con tu belleza. Tú luz interior es la verdadera obra que quiero contemplar"

"Sentir tus labios sobre los míos ha sido lo más cálido que he experimentado en toda mi vida. Tus labios., tu sonrisa, tu timidez, tus nervios, tu luz son lo que han hecho de este día el mejor de mi vida"

Guardo esas notas en mi pequeña caja de los tesoros con sumo cuidado. Puede que mi cuidadora me haya prohibido quedar con él, pero eso no incluye que no pueda verlo. Me tumbo de nuevo sobre el colchón, dejando que la luna y las estrellas del cielo de Roma me arropen. Gabriel

nuevamente me había enseñado un nuevo color, el amarillo de la alegría. No voy a permitir que este desaparezca, y que el gris junto al negro predominen de nuevo en mi vida. Voy a luchar para que la promesa de Gabriel se cumpla, porque realmente es lo que más deseo en este momento.

CAPÍTULO 6: EL ROSA ES EL COLOR DEL AMOR.

Te amo sin reflexionar, inconscientemente, irresponsablemente, espontáneamente, involuntariamente, por instinto, por impulso, irracionalmente.

Neruda

Me despierto y me dirijo a mi habitación, en donde observo mi reflejo en el espejo. Noto un pequeño moretón de color negruzco cerca del labio, en la zona en donde mi cuidadora me golpeó. Aún puedo sentir su palma en mi mejilla, pero sin embargo lo que más me duele son sus palabras de prohibición. Desde la llegada de Gabriel a mi vida, he sentido que el mundo no es tan negro y gris como creía, sino que está lleno de colores de diferentes tonalidades, que al juntarlos son tan bellos como el mismo arco-iris que ahora mismo veo tras mi pequeña ventana de la habitación. Me visto con el uniforme, y bajo las escaleras sin dirigirme si quiera a la cocina, dado que tenía prohibida la cena de ayer y el desayuno de hoy. No me importa no comer, dado que lo único que deseo ahora es verlo a él. Ver a Gabriel, sus ojos, su sonrisa.

Cruzo la pequeña calle que separa el orfanato del instituto, ignorando a las personas que me observan y que hablan de mí a mis espaldas. Ahora eso ya no me importa, no me importa lo que dicen de mí, o lo que piensan. Lo que de verdad me importa es seguir descubriendo más colores con Gabriel. En el mismo momento en que pienso en eso, mi alegría se desvanece, puesto que no sé cómo voy a escabullirme del orfanato sin que se percate mi cuidadora. De nuevo, siento la tristeza invadiéndome poco a poco. Tengo ganas de llorar y de gritar. Tengo ganas de desaparecer del mundo para siempre. Lo visualizo en su casillero, cogiendo unos libros. Nuestras miradas se cruzan unos segundos, el tiempo suficiente para que sienta que lo nuestro no puede suceder. Él se merece a otra. Otra con la que pueda descubrir los colores de la vida. Aparto la vista en el momento justo en que siento que mis lágrimas están a punto de brotar. Odio ser así de débil. La noche anterior me había prometido luchar para que lo nuestro saliese hacia adelante y sin embargo ahora me estaba alejando de él. Me dirijo al patio del centro en donde hay una gran cantidad de gente, que se aparta nada más verme. Siento su brazo agarrando el mío, y su voz muy cerca llamándome, suplicándome para que lo vea.

-Lucinda, mírame por favor. ¿Qué ha pasado?-Sólo quiero alejarme de él, de la gente que nos mira con detenimiento. Noto como empiezo a temblar levemente y como mis lágrimas hacen presencia en mi rostro. Tapo mi rostro porque no quiero que nadie me vea llorar, pero unas manos masculinas me las separan. Veo en sus ojos una gran preocupación, que aumenta cuándo ve mi pequeño moratón. Lo toca con cuidado, y justo cuando sus dedos rozan mi piel dañada el dolor desaparece.- ¿Quién te ha hecho esto?

-Nadie. He sido yo misma. Me tropecé y me golpee con la esquina del escritorio.-Esta era la primera vez que mentía en mi vida.

-Lucinda, no tienes por qué mentirme.

-No te estoy mintiendo Gabriel-Digo ocultando mi rostro tras mi cabello.

-¿Por qué escapas de mí?-Veo que quiere posar su mano en mi mejilla, pero la rechazo girando mi rostro.

-Por favor no lo hagas. No hagas esto más difícil. No podemos seguir viéndonos Gabriel. Lo nuestro no está bien, nunca lo estuvo. No quiero que tengas problemas por mi culpa. Te mereces a alguien que te haga feliz.

-Como tengo que decirte que tú eres la que me hace feliz Lucinda. No hay nadie más que ocupe mi mente. Sólo puedo pensar en ti. No consigo sacarte de mi cabeza. Estás presente en mi memoria en cada segundo, en cada minuto, en cada hora de mí día a día. Tú Lucinda, eres la única persona con la quiero estar- Sus labios se posan sobre los míos de forma dulce y cálida bajo la mirada de nuestros compañeros, quiénes han observado todo. Nos separamos poco a poco para sumergirnos en un abrazo.

-Tú eres la luz de mi alma-Esas cálidas y maravillosas palabras suenan en mí oído, al tiempo que el patio se va quedando vacío y apenas quedamos nosotros dos y otros pocos más que se dirigen al interior del centro. Gabriel me agarra la mano y juntos nos dirigimos al centro.- ¿Vas a decirme la verdad Lucinda? Si no estás prepara para hacerlo esperaré lo que haga falta.

-Mi cuidadora me prohibió seguir viéndote-Le digo deteniéndome en el pasillo.-Lo lamento, he estropeado todo.

-No es tú culpa Lucinda, buscaremos una solución. No pueden prohibirte algo así.

-Soy menor y ella mi cuidadora. Tengo que acatar sus normas.

-¿Y ser tú cuidadora le permite maltratarte?-Me pregunta señalando mi mejilla.-No puedes seguir así. Tenemos que hablar con servicios sociales o con la policía para denunciar la situación.

-¿Y quién va a creerme? Todos me rechazan nada más verme-Siento como todo a mí alrededor empieza a girar y como mis oídos empiezan a pitar. No soy capaz de distinguir la voz de Gabriel, ni cualquier otro sonido. Lo último que noto antes de que todo se vuelva negro son sus brazos.

Me despierto en una de las camas de la enfermería. Sentado en una pequeña silla de cara a la ventana, se encuentra Gabriel, quién mira al exterior. Decido levantarme, pero de nuevo esa sensación de mareo vuelve. Gabriel gira su rostro hacia mí, que al verme despierta se levanta rápidamente de la silla y se dirige a donde me encuentro.

-Dios Lucinda, me has dado un gran susto.

-¿Que ha pasado?

-Te has desmayado en el pasillo, justo cuando estábamos hablando. Voy a avisar a la enfermera. Enseguida vuelvo-Deposita un beso en mi frente, y luego sale de la pequeña habitación. Me siento sobre la cama, y esa es la posición que mantengo cuando la enfermera entra seguida de Gabriel. Se trata de una mujer joven de 30-35 años de cabello castaño y rizo, de ojos marrones claros. Su nombre según indica la placa que lleva en la bata es Esme.

-¿Cómo te encuentras?

-Mejor.

-¿Has sufrido más mareos o pérdidas de conciencia con anterioridad?-Asiento recordando las otras veces.- ¿Cuándo fue la última vez que comiste?-Me da vergüenza mentir y admitir que la última vez que comí, fue la tarde anterior junto a Gabriel; y que lo último fue un helado. Pero no puedo mentir más, y aún menos cuándo veo en los ojos de Gabriel la preocupación.

-Ayer por la tarde-Admito.

-¿Qué fue lo que comiste?

-Un gelatto.

-Lucinda, ¿No has comido nada más desde ayer por la tarde?-Me pregunta Gabriel.

-No. No lo tenía permitido.

-¿Qué quieres decir con eso?-Me pregunta la enfermera, al tiempo que eleva su mirada de una pequeña libreta en la que estaba anotando cosas.

-Mi cuidadora me lo prohibió como un castigo por salir ayer por la tarde con Gabriel.

-¿Lucinda ha sucedido esto más veces? ¿Tu cuidadora te ha prohibido más veces algo como esto u otras cosas?-Asiento con la cabeza.- ¿Que más te ha prohibido?-Soy incapaz de hablar más por miedo.

-Le prohibió verme-Dice Gabriel.-Veo como la enfermera intercambia una rápida mirada entre nosotros dos.-Y como parte del castigo además de no dejarla comer le ha pegado.

-¿Es de donde viene el golpe?-Asiento con la cabeza, sintiendo de nuevo mis mejillas mojadas. Gabriel se dirige a mi cama y se sienta en ella. Me abraza y me besa en el cabello.-Lucinda entiendo que esto pueda ser complicado, pero necesito saber si te ha pegado más veces o existen otros tipos de maltrato. Puedes confiar en mí, voy a ayudarte en lo que pueda.- Observo su aura de color verde azulada, la cual me indica que puedo confiar en su palabra.

- Me ha pegado en otras ocasiones al encontrarme robando comida para las demás niñas o los demás niños del orfanato. Nos está prohibido comer su comida, sólo podemos comer las sobras; en mi caso las sobras de las sobras. Tenemos prohibida poner la calefacción en los días de frío para no gastar tanta luz y nos vemos obligados a usar viejas velas para calentarnos o iluminar las habitaciones.-Digo todo de golpe, notando como un gran peso de encima desaparece al mismo tiempo que de mis labios brotan esas mismas palabras. Al terminar de hablar levanto mi vista y la dirijo a la de la enfermera que me observa con una gran tristeza.

-No puedo creer que hayas tenido que pasar por todo eso. ¿Porque nunca lo has denunciado?

-Nadie me creería. Todos suelen rechazarme nada más verme. El único que se ha portado verdaderamente bien conmigo ha sido Gabriel-Digo al tiempo que dirijo mi mirada hacia la suya, al tiempo que entrelazo mi mano con la suya y apoyo mi cabeza en su hombro.

-Yo te creo Lucinda. He estado ojeando tú historial médico y el de otros niños y otras niñas del orfanato y muchos de vosotros habéis padecido mareos, pérdida de memoria, cansancio y pérdidas de peso notorias como

consecuencia de una mala nutrición. Son pruebas verídicas que podemos usar en tu favor. Si quieres acabar con todo esto yo te ayudaré-Dice al tiempo que señala los informes médicos-Se supone que una cuidadora tiene que cuidar no maltratar.

-Yo también estaré a tu lado-Me dice Gabriel

-¿Crees que es suficiente? No quiero denunciarla sin tener pruebas suficientes, y que por mi culpa los demás acaben pagando las consecuencias.

-Nadie más va a volver a pasar por eso. No tienes por qué preocuparte por ello. Ahora debes preocuparte en descansar y en contemplar esas hermosas flores que te ha traído Gabriel.-Dice señalando a la pequeña mesilla que se encuentra justo a mi izquierda. Antes no me había percatado en ellas, pero tan pronto las veo no consigo sacar mi vista de ellas.-Sin duda es una gran muestra de su amor el haberte regalado unos lirios azules-Con esas palabras sale de la habitación dejándonos solos.

-¿Te gustan?

-Sí, son preciosas. Además son mis flores preferidas, pero no tenías por qué regalármelas. Yo no tengo nada para darte.

-Tú eres mi mejor regalo, eres mi lirio azul.-Me dice. Junto mis labios con los suyos y rodeo mis manos sobre su cuello, al tiempo que los suyos rodean mi cara. Cuando nos separamos veo su aura de un color rosa intenso, que me hace sacar una gran sonrisa y confesarle mis sentimientos.

-Tú también eres mi lirio azul-Digo volviendo a depositar mis labios sobre los suyos, al tiempo que un rayo de sol atraviesa la ventana iluminando los lirios. Nunca antes había sentido algo así. Nunca me había enamorado, es más creía que el amor se iba fortaleciendo con el paso del tiempo; sin embargo mi amor por Gabriel ha aparecido de un día para otro. Cada segundo que paso con él hace que sienta que lo conozco desde hace mucho tiempo atrás, a pesar de que sólo lo conozco desde hace dos días. Lo que si tengo claro es que deseo seguir conociéndolo, y conocer más colores a su lado. El de hoy había sido el rosa, el del amor. Un amor que espero que perdure mucho tiempo.

CAPÍTULO 7: EL AZUL ES EL COLOR DE MODA PARA LA COMPRESIÓN.

Después de mi incidente con mi cuidadora las únicas oportunidades que tenía de ver a Gabriel era en el centro, para mí eso era suficiente. Un segundo con el significaba la felicidad absoluta. Nunca antes me había sentido así, tan llena de felicidad y mucho menos nadie con anterioridad

me había mostrado afecto. A pesar de los numerosos castigos que mi cuidadora intenta imponerme como: limpiar la cocina, los baños, las habitaciones, el suelo...mi sonrisa de enamorada sigue en mi rostro. Sonrisa que a mi cuidadora parece molestarle, pero que no puedo borrar.

-Lucinda, cuando acabes de limpiar los baños quiero que limpies la cocina y luego hagas la colada-Asiento hacia ella manteniendo la sonrisa.

Mis manos durante estas tres últimas semanas se han vuelto duras, llenas de callos y pequeñas heridas, al tiempo que las ojeras bajo mis ojos aumentan. Sin terminar las tareas encomendadas no puedo ir a descansar a mi torre. Si consigo aguantar, resistir es gracias a: Gabriel, a su sonrisa, a su tacto, a sus muestras de cariño.

A pesar de todo, de tratar de fingir que todo va bien, sé que Gabriel percibe que la situación no es así, y este hecho lo dejo confirmar cuando en el descanso me quedo dormida sobre su pecho con su brazo alrededor de su cintura.

-Despierta mi bella durmiente, es hora de ir a clase-Susurra Gabriel en mi oído, al tiempo que acaricia mi rostro. Abro lentamente los ojos, intentando acostumbrarme a luz del día de nuevo-¿No estás durmiendo lo suficiente verdad?

-Todo está bien. No quiero que te preocupes más.

-Lucinda no quiero volverte a ver como hace tres semanas en la camilla de la enfermería.

-Y no me verás así de nuevo-

-Tus ojeras dicen lo contrario y tu pequeña siesta de ahora confirma mi sospecha. Tenemos que arreglar esto cuanto antes, no soporto verte así. Lo que tú cuidadora está haciendo contigo es un delito. Se está aprovechando de ti, la persona más dulce que existe-Me dice mirándome a los ojos y apartando un pequeño mechón de mi cabello de mi rostro.

-Lo sé, pero ahora no puedo hacer nada. Temo que si le contesto castigue a las demás por mi culpa. No soportaría ver eso Gabriel, a pesar de que las demás también me han ignorado.-Comento poniendo mi mano sobre la suya para levantarnos e ir a nuestra clase.

Nos encaminamos a nuestra clase, en donde nos sentamos juntos y en donde Gabriel acaricia con un dedo la palma de mi mano izquierda. Siempre me han gustado las clases, el hecho de aprender nuevas cosas me atraía, pero en estas tres últimas semanas mantenerme despierta en

ellas había sido muy complicado.

Ahora mismo nos encontramos en la clase de literatura, hablando sobre la obra de Hamlet y analizándola con detalle. El maestro está hablando sobre el personaje de Ofelia cuando llaman a la puerta. Cuando veo a aquel hombre, de estatura media y de ojos castaños y pelo de color del azabache entrar con un traje y un maletín por la puerta, que pronuncia mi nombre me pongo nerviosa. Me levanto de mi silla con el permiso de mi maestro bajo la mirada de todos mis compañeros. Salgo de mi aula detrás de aquel hombre que me dirige hacia la sala de dirección. Observo el color de su aura, pero esta es blanca, demostrándome que está en un equilibrio perfecto.

Llegamos a la sala de dirección, en donde me siento por indicación en una silla, situada justo enfrente de la directora. En la sala también se encuentra Esme, que me dedica una sonrisa nada más verme.

-Buenos días Lucinda.-Me dice la directora.-Siento que te hagamos sacado así de clases de manera tan repentina, pero el asunto del que queremos hablar contigo es de mayor importancia. El señor que acaba de ir a buscarte es de la seguridad social y está investigando tú caso y el de otros niños de tú orfanato. Me gustaría que respondieses a unas cuantas preguntas con total sinceridad, teniendo en cuenta que nada de esto saldrá de aquí. No debes tener miedo ¿Has entendido?-Asiento nerviosa.- Perfecto, empecemos luego.

El hombre de la seguridad social se acerca a mí sentándose en una de las sillas que están a mi lado.

-Buenos días Lucinda, mi nombre es Michelangelo Hace unas tres semanas recibí una llamada de tú enfermera, Esme, que me hablo sobre tú situación y la de otros niños del orfanato. Me gustaría hacerte unas preguntas al respecto sino es molestia.

-Puede hacerlas-Respondo.

.Bien. Esme me comentó que hace tres semanas acudiste a la enfermería porque tuviste una pérdida de conciencia causada por la falta de una alimentación estable. ¿Es eso cierto?

-Si.-Veo cómo va anotando mi respuesta en un ordenador.

-Es cierto también que justo el día anterior tú cuidadora te había pegado causándote un moratón a la altura del labio.

-Sí, es cierto.

-Podrías explicarme el motivo.-Asiento en su dirección.

-Fue por haber quedado con Gabriel.

-¿Quién es Gabriel?

-Es mi lirio azul.

-No entiendo la respuesta Lucinda.-Me comenta mirándome a los ojos y dejando de teclear.

-Gabriel es su pareja-Dice Esme.-Es el chico que la trajo a la enfermería.

-Entiendo. ¿Pero cuál fue el motivo real de que te pegara?

-Fue por haber quedado con él a descubrir Roma y descubrirme besándole en la entrada. Me dijo que: como alguien como yo podría gustarle a alguien, que le había ofrecido a cambio.

-Y luego fue cuándo te pegó y te prohibió comer.

-Si.

-¿Te ha prohibido algo más?

-Quedar con Gabriel.

-¿Algo más?- Sabía que tenía que ser sincera, necesitaba serlo.

-Estas tres últimas semanas me está prohibido ir hasta mi cuarto sin terminar las tareas que me manda.

-¿Qué clases de tareas?

-Lavar los platos, fregar los suelos, limpiar los baños o las habitaciones, sacar el polvo.

-¿A qué hora te estás acostando últimamente?

-No sabría decirlo con seguridad. Depende de la hora en la que termine mi tarea.

-Estás comiendo en la actualidad lo necesario.

- Solo me permite las sobras-Respondo agachando mi cabeza. Hablar de esto siempre me causa dolor, por lo que siempre he tratado evitar el

tema.

-Muy bien Lucinda esto es todo. Creo que con lo que me has dicho tú y el resto de niños del orfanato junto con los informes médicos de Esme son más que suficientes para denunciar el orfanato. Ningún menor puede vivir en esas condiciones, por lo que haré todo lo que esté en mi mano para encontrar una solución.-Su aura ahora es de color azul. El azul de la compresión y de la sensibilidad.

-Ya puedes irte Lucinda-Me dice la directora. Me despido de todos y me dirijo de nuevo a mi clase. Mi corazón no para de latir rápidamente como fruto de los nervios. ¿Será posible que mi situación cambie para mejor después de 17 años de espera?

Al llegar a mi aula de nuevo llamo a la puerta, y entro en esta cuando el maestro me da el permiso. Me siento en mi pupitre al lado de Gabriel que me mira de manera preocupada. Le dirijo una sonrisa al tiempo que agarro su mano bajo nuestros pupitres, intentando calmarlo. Al terminar las clases le comento todo lo sucedido.

-Eso es increíble Lucinda. No te imaginas cuánto me alegro de que por fin las cosas parecen salir bien en tu dirección-Comenta al tiempo que me eleva del suelo y nos hace girar. A continuación me apoya de nuevo en el suelo y me besa. Cuando nuestros labios se separan forman una gran sonrisa-Te mereces lo mejor mi pequeño lirio azul.

CAPÍTULO 8: SI VES A UNA PERSONA CON EL AURA ROJA Y EL CEÑO FRUNCIDO ES MEJOR QUE ECHES A CORRER.

Habían pasado ya 15 días desde mi pequeño interrogatorio y la esperanza de que mi situación mejorase se iba desvaneciendo con cada minuto que pasaba. Mi única gran alegría era Gabriel, que siempre me regalaba un pequeño lirio azul que guardaba en secreto en mi torre. Eran mi mayor tesoro junto con el medallón de mis padres.

Octubre había comenzado y dejaba entrever que el otoño había llegado. Las hojas de los árboles se empezaban a teñir y el aire ya no era tan cálido como el del verano. Parecía que el tiempo reflejaba perfectamente mi estado de ánimo. Un estado apagado, triste y desesperanzador.

-Jamás nadie conseguirá adoptarte si trabajas de esa manera-Me dice mi cuidadora, al tiempo que pasa por mi lado pisando el suelo recién lavado y manchándolo de nuevo con sus zapatos llenos de barro, al tiempo que yo intentaba darme prisa en acabar las tareas que me había impuesto para ir al instituto y llegar más o menos a la hora de entrada.-Espero que el suelo este reluciente en cuanto baje de nuevo o si no te pondré más tareas.-Este era mi castigo por haber dejado sin querer uno de los lirios de Gabriel sobre mi cama haciendo que esta lo descubriese. Me pongo a limpiar de

nuevo el suelo, sacando las manchas de barro al tiempo que observo mis manos llenas de pequeñas ampollas y heridas ya cicatrizadas o sin cicatrizar todavía. Ya sé que no voy a llegar a tiempo al centro, es más quizás ya no asista por el hecho de que me voy a tener que enfrentar a más tareas. Estoy sumergiendo la esponja en la mezcla de jabón y agua cuando oigo el timbre sonar. Me seco las manos en el viejo mandilón que estoy usando y me dispongo a abrir la puerta intentando no pisar la zona mojada.

-Ya voy, unos segundos por favor-Respondo dirigiéndome a la puerta y abriéndola. Al abrirla se presenta una mujer de grandes ojos castaños y pelo castaño corto y ondulado sobre los hombros. Lleva puestas unas gafas de color negra de pasta y un conjunto de falda de tubo con chaqueta americana de color gris a juego con una blusa blanca con una cinta de color negro en el cuello y unos zapatos de tacón también negros.

-Muy buenos días jovencita, mi nombre es Rosalie y me gustaría mucho hablar con la dueña del orfanato.-Estoy a punto de dar una respuesta cuando mi cuidadora nos interrumpe.

-Niña ¿Qué haces ahí parada en la puerta? No te comenté que tenías que limpiar el suelo.

-Lo lamento pero es que han llamado al timbre.

-No quiero excusas. El timbre es mi responsabilidad no la tuya. Ahora vuelve a lo que estabas.-Me despido de Rosalie que queda en manos de mi cuidadora, para sumergirme de nuevo en las baldosas del suelo.

Tardo 1 hora y 17 minutos en acabar de limpiar el suelo de nuevo, y durante ese tiempo tanto mi cuidadora como Rosalie no han dado señales de vida. Subo a mi habitación para ponerme el uniforme del centro, dado que si me doy prisa aún puedo llegar a las tres últimas horas y ver así a Gabriel. Siento como mis tripas rugen, pidiendo algo de comida, dado que todavía no he almorzado. Bajo hasta la cocina con la esperanza de que haya quedado algo para desayunar, pero lo único que quedan son los platos y tazas sucios. Encima de la mesa veo una nota dirigida a mí. Abro esta y leo el resto de tareas encomendadas en orden numérica.

Lavar los platos y tazones sucios.

Hacer la colada y ponerla a secar.

Limpiar el polvo al pasamano y a las estanterías.

Cambiar las bombillas del despacho-.

Cortar y traer leña.

Aquellas tareas suponían el hecho de que permanecería encerrada todo el día. Opto por empezar a lavar la vajilla dado que es lo que menos tiempo me llevará, para a continuación realizar la tarea 5.

Son las 11:30, cuando salgo por la puerta del orfanato a cortar la leña que está almacenada en una pequeña caseta situada justo al lado de este. Agarro la pequeña hacha con cuidado y la dejo caer sobre el leño, partiéndolo en dos. Repito esta acción varias veces, hasta que mis brazos empiezan a temblar como fruto del cansancio y las ampollas de mis manos revientan como fruto del esfuerzo. Recojo toda la leña cortada y la coloco en una cesta de mimbre que transporto hasta la cocina del orfanato. Abro el grifo de la cocina para poder lavar las manos con agua caliente y quitarme la suciedad de estas, al mismo tiempo que de mis tripas vuelve a salir un rugido.

-Veo que todavía no has desayunado ¿O me equivoco? -Cierro el grifo y me doy la vuelta para encontrarme cara a cara con Rosalie que me ofrece una chocolatina energética.

-Es usted muy amable, pero no puedo aceptarla.

-Claro que puedes aceptarla. Es más como tu nueva cuidadora te pido que lo hagas.

-No la entiendo señorita.

-Lucinda, para serte sincera soy una asistente social que recibió tu caso para estudiarlo con calma. Después de oír las palabras de la enfermera de tú centro junto con la de mi compañero de trabajo y ver cómo te ha tratado tú cuidadora a día de hoy hemos decidido que estés bajo nuestra tutela hasta que encontremos a alguien que te trate como te mereces. - Aquellas palabras suenan como una hermosa melodía en mis oídos, dado que con esta noticia mi vida puede mejorar. -Es mejor que subas y recojas todas tus pertenencias, esta noche vendremos a buscarte.

-Pero eso no supondrá un problema ¿Qué pasará con mi cuidadora?

-No tienes que preocuparte más por ella, ahora nosotros somos los encargados de tu cuidado y salud. Es por ello que te pido que aceptes la chocolatina. -Acabo cogiendo la chocolatina agradecida por el gesto, que sabe a esperanza y a una nueva y mejorada vida.

Rosalie y yo nos despedimos en la puerta del orfanato hasta esta misma noche en donde pasarán a recogerme. Después de su marcha subo a mi habitación en donde me adentro a mi torre para despedirme de esta y recoger mis libros junto con mis lirios. Una vez en la habitación con la

bolsa de mis pertenencias ya hecha sigo sin creerme el hecho de que voy a abandonar el que fue mi lugar durante 17 años. Me tumbo en la cama aguardando a que llegue Rosalie, pero la que entra en mi habitación es mi es-cuidadora.

-Si crees que por cambiar de lugar vas a ser aceptada estás muy equivocada. Nadie en su sano juicio llegará a quererte o aceptarte. Abre los ojos niña y date de cuenta que sin en 17 años nadie te acogió será por algo.

-Usted ya no es nadie para hablarme así y está equivocada. Gabriel me quiere.

-Y ¿Él sabe realmente cómo eres? ¿Conoce tú gran secreto? El de que ves auras y lees el pensamiento.-Observo como su aura se está tornando cada vez más roja.

-No, no lo sabe-Admito.-Pero estoy segura de que si lo supiese el me aceptaría igual porque no es cómo usted. Él tiene un corazón puro, cálido y bondadoso al contrario que el suyo que se encuentra podrido y congelado.-No sé de donde he sacado la valentía para hablarle así, pero lo que si tengo claro es que mis palabras todavía la han enfurecido más.

-Veo que de repente te has vuelto valiente, pero ten cuidado porque cuando juegas con fuego corres el peligro de quemarte y sinceramente con tu historial eres una candidata perfecta.-Ese comentario en el que hacía referencia a la muerte de mis padres consiguió herirme lo suficiente para poder ver en su rostro una sonrisa de satisfacción-Además si juegas con fuego es mejor que aprendas a hacerlo.-Con esas palabras se alejó de mi habitación dejándome en ella sola.

Agarré mi bolsa y salí del orfanato sin esperar a Rosalie. No soportaba un segundo más dentro de aquella prisión por lo que empecé a correr por la pequeña calle sin una dirección fija. Al poco tiempo acabo tropezando con un hombre con el cual me disculpo sin levantar la mirada.

-¿Lirio azul?-Oigo en voz baja. Elevo mi vista y lo veo a él frente a mí. Su presencia hace que empiece a llorar lágrimas de tristeza y alegría. Me abraza fuertemente hasta que consigo calmarme y luego de eso me dirige a un pequeño banco en donde le cuento todo lo sucedido. Contemplo como el aura de Gabriel se vuelve roja cuando llego a la parte de la pelea con mi cuidadora y como sus nudillos se vuelven blancos al estar apretando las palmas de sus manos. Agarro una de sus manos para tratar de calmarlo. Nunca había visto a Gabriel tan enfadado. Parece que mi tacto consigue relajarlo algo, pues noto como empieza a relajarse y como su aura de color rojo va desapareciendo para volverse rosa al mirarme a los ojos. Me besa como nunca antes me había besado, con dulzura mezclada con pasión. La sensación que experimento en mi vientre es

totalmente nueva para mí.-Te quiero-Me dice. Es la primera vez que alguien me dice esas palabras por lo que no puedo evitar volver a caer en un llanto, pero esta vez de alegría.

-Yo también te quiero-Le digo devolviéndole el beso, al tiempo que el sol se empieza a ocultar.

CAPÍTULO 9: I MIEI OCCHI SONO PER TE SOLTANO

De un día para otro mi vida había dado un gran giro. Había sufrido una metamorfosis radical y rápida, volviéndose así tan bella como una mariposa, pues por fin sentía que tenía alas. Abandonar el orfanato me había dado la libertad necesaria para seguir descubriendo junto a Gabriel la belleza de Roma.

Octubre estaba llegando a su fin y durante las últimas dos semanas había acabado de descubrir Roma junto a Gabriel. Visitamos la Fontana de Trevi en donde como manda la tradición lanzamos una moneda al tiempo que pedíamos un deseo; la Basilica di San Pietro y el museo del Vaticano; el Catel Sant 'Angelo; Piazza Poppolo y Santa Maria del Poppolo entre otras maravillas. Nuestra relación se había afianzado, se había vuelto más fuerte. Éramos como las dos piezas de un imán, siempre con la necesidad de estar juntos; echándonos de menos cuándo nos separábamos. Los momentos que pasaba con Gabriel eran los que más apreciaba, y mi favorito era nuestro paseo en barca en el rincón de nuestro primer beso. Aquel momento lo compartíamos con un gelatto cuándo aún hacía calor, cambiándolo por el suave chocolate cuándo el frío se presentó llenando aquel parque de los colores de Otoño.

Mis poderes no se habían ido al igual que el verano, pero a pesar de los pensamientos de aversión que la gente transmitía hacía mí no podía evitar sentirme feliz. Desde que conocí a Gabriel el verano para mí se había vuelto eterno, pues ahora lo veía todo con una luz nueva, brillante y cegadora como el sol del verano.

Nos encontramos en clase de literatura, cuando nuestra tutora la interrumpe para anunciarnos que nuestro viaje de invierno será a Capri.

-¿Lo has oído Gabriel? Capri, por fin podré ver el mar-Le digo emocionada al terminar las clases. Sin embargo los ojos de Gabriel no muestran la misma emoción.- ¿Ocurre algo?-Le pregunto preocupada y haciendo que baje la mirada hacia mis ojos.

-No, todo está bien. Supongo que saber que volveré a mi ciudad natal me ha pillado por sorpresa-Me responde besándome la mano que tenemos agarrada-Y en relación al mar te va a encantar. Parece infinito e inmenso, pues se extiende incluso más allá de lo que nuestra vista es capaz de

percibir, demostrándonos lo pequeño que somos en este mundo.

- Si sigues hablando así vas a hacer que quiera marcharme ya.-Me miro a los ojos de manera seria y triste.

-¿Serías capaz de dejar la vida que llevas ahora? Dejar todo atrás.

-Creo que no sería capaz. Mi vida ahora por fin es perfecta-Le respondo recibiendo un beso en la frente.

-Y la mía también Lucinda-Dice en una voz tan baja que apenas es perceptible-Si me viese obligado a separarme de ti creo que no lo soportaría. Aguantaría milenios sin probar bocado pero no aguantaría ni un día sin poder verte.-Acerco la mano que tengo libre a su mejilla la cual empiezo a acariciar con suavidad, para luego depositar un cálido beso en sus labios.

-Yo tampoco soportaría el no verte, te has convertido en la parte más importante de mi vida. Nunca me llegué a imaginar que conocería a alguien como tú. Yo era diferente hasta que tú me diste alas y me demostraste que la vida podía ser hermosa si la veía con otros ojos. Desde que te conozco una nueva Lucinda ha renacido, una Lucinda que ve el mundo con ojos cargados de esperanza.-Siento los fuertes brazos de Gabriel a mí alrededor, abrazándome.

- *Finché c'è vita c'è speranza, donde hay vida hay esperanza*-Me responde.

Emprendemos nuestro camino de cara a nuestro parque en donde alquilamos una barca. Durante nuestro recorrido una mariposa se posa en uno de los remos. Es una mariposa de un color azul brillante con unas franjas negras en sus alas. Se ve majestuosa entre los colores del otoño. A pesar de su pequeño tamaño consigue captar la atención por su belleza.

-Mira Gabriel, ¿No es hermosa?

-Sin lugar a duda lo es, pero i miei occhi sono per te soltanto. Tú eres el ser más bello de todos-Me dice. Aquellas palabras me llegan al corazón, pero al mismo tiempo me hacen ver que a Gabriel le preocupa algo, algo que me oculta. No quiero presionarlo, ni obligarle a que me diga que esconde pues tengo la esperanza de que a su debido momento me lo contará.

Bajamos de la barca y nos dirigimos cada uno a nuestro hogar, en donde sueño que estoy subida en un barco en el inmenso mar con Gabriel a mi

lado.

CAPÍTULO 10: LOS OJOS QUE LO VEN TODO.

Bajo a la cocina del edificio de la seguridad social, en donde cojo una botella de zumo de naranja del frigorífico que sirvo en un vaso. Me lo tomo al tiempo que preparo un tazón de leche con cereales para poder entrar en calor antes de dirigirme al centro. El otoño está mostrando sus temperaturas frescas ya, dejando a los árboles sin hojas. Este simple hecho me hace comparar el estado de los árboles con Gabriel, al igual que estos parece triste al no mostrar un aura llena de colores hermosos. Desde el anuncio de la visita a Capri se ha mostrado más distante y apagado de lo normal, lo puedo ver en su aura que últimamente ha mostrado tonos grises. El gris de la tristeza, de la baja energía. Ese hecho me ha atormentado todos los días porque no consigo saber la causa de su preocupación. Cuando por fin creía que mi vida podía tornarse de color de rosa, el estado de Gabriel la ensombrecía.

Una vez arreglada salgo del edificio camino al instituto. El trayecto a diferencia de los otros días se me hace diferente cuando noto que me están observando. Siento un escalofrío recorrer mi espalda, al tiempo que un sudor frío cae por mi frente. Empiezo a correr cuando veo proyectada en el suelo una sombra detrás de mí. Me giro para ver detrás mía a un joven del cual no consigo atisbar su rostro; sin embargo lo que más me preocupa es que no tiene aura y no recibo sus pensamientos. El miedo me invade por completo haciendo que tropiece con uno de los cordones de mis zapatos. Caigo al suelo raspándome la rodilla, al tiempo que la figura se va acercando con una sonrisa sombría en su rostro. Un frío glacial empieza a invadir mi cuerpo, el cual hace que mis manos se empiecen a volver azules. Una mano fuerte que se apoya en mi hombro me hace reaccionar. Empiezo a llorar ante el miedo que ya me ha invadido por completo al pensar que mi cuidadora había buscado una especie de venganza.

-¿Lucinda? ¿Qué ha ocurrido?-Reconozco esa voz tan pronto la oigo. Giro mi rostro para encontrarme frente a frente con Gabriel que muestra en sus ojos una gran preocupación. Escondo mi rostro entre el pecho de Gabriel, que se ha arrodillado para estar a mi altura, al tiempo que él me abraza.-Lucinda, necesito que me digas que ha pasado-Me repite Gabriel con voz calmada mirándome a los ojos directamente.

-Venía de camino al centro, cuando sentí que me seguían. Empecé a correr cuando vi que un joven me perseguía pero tropecé y me caí, y luego todo se volvió frío. No sé cómo explicarlo.-Sentía como el miedo volvía a invadirme al narrar lo sucedido.

-¿Le has visto el rostro?-Niego con la cabeza a su pregunta.

-Está bien. Ahora estás a salvo. No voy a dejar que te pase nada malo. Ven vamos a buscar un lugar en donde podamos curarte esa herida y puedas entrar en calor.-Agarro la mano que me tiende, y tan pronto la siento sobre la mía noto como el miedo va desapareciendo poco a poco.

Acabamos entrando en un pequeño bar familiar en donde nos entregan unas pocas gasas así como algo de vetadine para limpiar la herida. En todo ese momento a pesar de que Gabriel permanece a mi lado, parece que está en otro mundo, observando todo con detalle, en un estado al que llamamos de alerta.

Llegamos al centro juntos en donde no nos separamos ni un segundo. Durante el descanso su móvil empieza a vibrar en su bolsillo. Observo el nombre que aparece en pantalla: Rosario. Atiende a la llamada disculpándose al tiempo que sale de la sala de estudio. Justo antes de salir veo su ceño fruncido y como lleva dos dedos de su mano derecha a este, al tiempo que su aura se torna todavía más gris. Decido centrarme en el libro que tengo sobre la mesa, pero de nuevo la sensación de que unos ojos me observan junto con la bajada de temperatura que noto hacen que me levante. Salgo de la sala en busca de Gabriel para decirle que voy a acercarme a la cafetería. Lo encuentro sentado en uno de los bancos del pasillo, todavía hablando por teléfono.

-Nos vemos hoy entonces Rosario. Tenemos que arreglar todo. Esto se está yendo de las manos.-Al verme cuelga el teléfono y se dirige a mí.

-Lo siento no quería interrumpirte, solo quería avisarte de que iba a la cafetería.

-Tú nunca me interrumpes lirio azul-Me dice depositando un beso en mis labios que recibo con agrado.-Estás helada ¿Tienes frío?

-Estoy bien, no es nada. No quiero que te preocupes-Odio mentir, ocultar secretos y aún más a Gabriel pero temo que Gabriel ya tenga sus preocupaciones para aumentar estas con las mías.

Juntos nos dirigimos a la cafetería en donde pido un café con leche clarito que me hace entrar en calor. Cuando estoy intentando coger los azucarillos que se encuentran en el estante de arriba sin éxito, Gabriel se acerca a este. Al extender su mano para coger uno, la camisa que lleva puesta se eleva dejando ver una gran cicatriz en su costado derecho.

-¿Qué te ha pasado Gabriel?-Le preguntó preocupada rozándole la cicatriz con los dedos de mi mano.

-No es nada. Es de un accidente que tuve hace unos años. Nada grave-Sé que me está mintiendo, por el hecho de que la cicatriz se ve reciente y no de hace años.- ¿Nos sentamos?-Asiento a su pregunta, al tiempo que me percato de que ambos nos estamos ocultando cosas. No sé cuál es el motivo de que Gabriel me esté ocultando un secreto, pero espero que con el tiempo ambos nos confesemos, demostrando que nuestro amor es más fuerte que cualquier secreto.-Tengo que decirte algo.

-¿El qué?

-Hoy no voy a poder quedar contigo, me ha surgido un compromiso de última hora.

-Está bien.

-Lo lamento. Me gustaría estar contigo y más después de lo que ha pasado. Quiero que me prometas que no vas a salir a ningún lado.

-Lo prometo.-Le digo al tiempo que agarro su mano para dirigirnos de nuevo a las clases.

CAPÍTULO 11: IL CERCHIO DI LUCE.

Gabriel:

Me encuentro reunido con el círculo de la luz en un sótano de una casa abandonada. Todos los miembros que estamos destinados en la sede de Roma nos encontramos reunidos alrededor de una gran mesa redonda. En total somos unos 10.

- Los acontecimientos recientes no dejan duda de que la han descubierto. La joven a la que conocemos con el nombre de Lucinda corre un gran peligro. Es primordial mantenerla a salvo y vigilada. Nuestros enemigos han resurgido de nuevo buscando venganza. Hemos sufrido un ataque hace tan solo unos días, del cual hemos tenido lamentablemente algunas bajas y algunos salisteis heridos-Dice Madre, que dirige un mirada en mi dirección.-Debemos estar preparados para lo peor, una nueva guerra puede que se avecine y Lucinda es crucial en esta.

-Debemos decirle la verdad ya a la joven. Ya ha sufrido bastante, mentirle no va a solucionar nada. Solo la ponemos en mayor peligro ocultándole todo-Dice Jonathan, un joven que aparenta unos 20-25 años de cabello castaño y ojos verdes de cuerpo fuerte y musculado fruto de un duro entrenamiento.

-Decirle la verdad sería peor. No sabemos cómo puede reaccionar. Puede que reaccione mal y no crea todo esto y haga que se aleje de nosotros dándole mayor paso a nuestros enemigos-Menciona Elisabeth, una mujer

de unos 30 años de cabello pelirrojo ondulado de ojos verdes-azulados.

-¿Y qué es mejor? ¿Debemos quedarnos callados y seguir vigilándola haciendo como si nada? Esa pobre chica ya debe tener un gran número de dudas en su cabeza, para ahora añadir una más.-La que acaba de hablar es Miriam, una chica de 18 años de cabello rubio ondulado y ojos azules.

Se está abriendo una gran discusión sobre lo que hacer con respecto a Lucinda, mi lirio azul. Los sí y los no se oyen por todo el sótano rebotando entre las paredes viejas.

-Gabriel ¿tú qué opinas?-Aquella pregunta iba dirigida a mí de parte de Dante, un joven de unos 35 años de cabello caoba claro rizado y ojos verdes oscuros.

-Opto por decirle la verdad. Lucinda ya ha sufrido bastante a lo largo de estos años. Durante los años que la hemos observado hemos podido comprobar todo el dolor que siente por no comprender el porqué de sus poderes, por ser diferente. Quiero que se le diga la verdad para que pueda comprender todo.-Mis palabras se oyen de forma clara y firme con el objetivo de que mi deseo se cumpla.

-En relación a la joven Lucinda permanecerá bajo vigilancia como hasta ahora. El hecho de que hoy haya sufrido un encuentro con nuestros enemigos no significa que la hayan descubierto. Lucinda no les ha demostrado sus poderes por lo que cabe la esperanza de que no la hayan descubierto. La mantendremos vigilada en todo momento-Dice Padre.

-¿Cómo puedes decir que no la han descubierto? Han ido tras de ella y sino fuera porque estaba cerca de allí no me puedo imaginar lo que podría haber pasado-Digo en voz alta, levantándome de mi silla que cae al suelo en un gran estruendo, con mi vista fijada en Padre.

-Es mi palabra Gabriel. He comprobado por tu reacción que tú acercamiento con Lucinda es más fuerte de lo que creía; eso te está debilitando. En el pasado nunca habías sufrido una herida como la del otro día. El miedo de que descubriesen los datos que tenemos sobre Lucinda te bloqueó y eso permitió que salieses herido. Por todo eso te relevo de tu cargo de vigilancia y te destino a la sede de Viena de Austria.

-No puedes separarme de ella, por favor no puedo pasar por eso de nuevo.

-Lo lamento Gabriel, la decisión está tomada. Mañana por la mañana partirás a Viena. Mi objetivo es la total protección de los míos y es por ello que debo separarte de Lucinda para mantenerte a salvo.-Aquellas palabras son como clavos ardientes en mis entrañas. No puedo separarme de Lucinda, no quiero hacerlo; pero la palabra de Padre no se puede

cambiar.

La sesión se levanta justo después. Me dirijo a mi casa en donde se encuentran mis padres falsos. A todos los miembros jóvenes de la sede del círculo para mantener la mayor normalidad posible se nos asigna al poco de nacer una familia, a la cual se le insertan unos recuerdos falsos consistentes en la creencia de que somos sus hijos. Me encuentro con sus maletas ya preparadas, muestra de que el encargado de insertar los recuerdos ya ha hecho su labor. Subo a mi habitación en donde empiezo a recoger todo lo necesario, no dejando ninguna huella que pueda hacer ver que alguna vez estuve aquí. Observo una foto mía y de Lucinda subidos en nuestra barca. Se ve hermosa, con una gran sonrisa atravesando su cara y con su pelo alborotado por el viento. Parece verdaderamente un ángel. Decido sacarla del marco y escribir una nota por detrás de esta. Al terminar de escribirla me dirijo al edificio de la seguridad social en donde me encuentro con un guardia de seguridad al cual le entrego la foto con la nota. Le pido que se la entregue a Lucinda. Aguardo un rato, oculto entre las sombras proporcionadas por la luz de las farolas, para comprobar que la recibe. Lo último que veo es a Lucinda en la puerta de entrada con lágrimas en los ojos, buscándome desesperadamente con la mirada. Lágrimas producidas por mi culpa, lágrimas que le había prometido que no se producirían de nuevo. Siento mis mejillas mojadas y al llevar una mano a estas compruebo que estoy llorando. La última vez que lo había hecho era cuando la había perdido, a mi lirio azul.

CAPÍTULO 12: EL JOVEN BLACK

Me encuentro sentada en la silla de mi nuevo escritorio terminando la tarea cuando llaman a la puerta. Al abrirla me encuentro con Rosalie que me tiende una carta. Le doy la vuelta al sobre y veo que es de Gabriel lo cual me saca una sonrisa. Nunca dejaré de sorprenderme su dulzura. A día de hoy todavía no consigo entender como pude llegar a gustarle. Abro el sobre y me encuentro con una foto nuestra subidos en nuestra barca en el lago. Al darle la vuelta observo que está escrita.

Querido Lirio azul, no sé cómo decirte esto sin causarte ningún daño pues me había prometido a mi mismo no hacerte llorar nunca.

Lamentablemente el destino es caprichoso e injusto, tan injusto hasta el punto de que separa nuestros caminos. Mañana ya no me encontraré en esta bella ciudad a tu lado, no obstante siempre estarás conmigo en mi corazón. No quiero que me busques; lo único que deseo es que sigas descubriendo los colores de la vida. Los de verdad. Quizás en el futuro nuestros caminos vuelvan a reencontrarse, pues tú para mi eres como un gran faro, lleno de luz que me ha hecho encontrarte una vez.

Siempre te querré

Gabriel

Tan pronto termino de leer esas palabras, salgo de la habitación y bajo las escaleras corriendo. Salgo al exterior con lágrimas en los ojos, al tiempo que dirijo mi mirada borrosa en todas las direcciones; pero no lo veo. Gabriel se ha ido dejándome sola y con un gran dolor en mi pecho. Dolor que nunca antes había experimentado. Me siento en la puerta de entrada en posición fetal, abrazándome a mí misma para entrar en calor. Mantengo la esperanza de que aparezca por alguna de las calles y me bese como nunca y me diga al oído que todo ha sido un error, que no se va a ir. La puerta de entrada se abre para dejar salir a Rosalie que me abraza.

-Se ha ido-Le digo, llorando de manera desconsolada. Al igual que las hojas de los árboles en otoño, Gabriel se ha ido con el viento sin decir su destino y dejando tras de sí una huella imposible de borrar.

Los días siguientes a la marcha de Gabriel son los peores. Su rostro, al igual que su sonrisa me persigue allá por donde voy ¿Cómo voy a conseguir olvidarlo así? La marcha de Gabriel junto con las palabras de mis compañeros que me culpan por su marcha, han hecho que vuelva a ver todo de color negro y gris. Los colores brillantes, alegres que había descubierto a su lado han desaparecido completamente bajo la intensa lluvia que convierte todas las imágenes en formas borrosas.

Estoy sentada entre unas de las librerías de la biblioteca, alejada de la gente. Tengo un libro en mi mano, uno que me regaló Gabriel y del cual estoy enamorada perdidamente. Se trata del libro "La emperatriz de los etéreos" de Laura Gallego García. En este, Bipa, la protagonista emprende un gran viaje en busca de Aer que ha decidido salir de la protección que le brindaba su lugar en las cuevas, en busca de la Emperatriz de los Eteréos. Vive un gran número de aventuras, pero al final consigue reencontrarse con Aer y regresan juntos a su hogar de nuevo. Ojalá fuese tan valiente como Bipa y me atreviese a salir en su busca; pero esto es la realidad. Nunca he salido de Roma, y siendo sinceros no sé dónde se encuentra Gabriel ahora mismo. El mundo es demasiado grande para explorarlo sin tener recursos y conocimientos suficientes sobre este. Por mi mente recorre la idea de que puede encontrarse en Capri, su lugar natal, pero ¿Quién me lo garantiza? Sólo me queda esperar a que él regrese a mi lado de nuevo para hacer desaparecer la tristeza que me va consumiendo por dentro.

Una semana después de la marcha de Gabriel llega un joven extranjero de París. Su cabello negro como el carbón y sus ojos azules oscuros como el agua del final de los pozos ha conseguido revolucionar al colegio entero, que ya se ha olvidado de Gabriel. El nuevo estudiante se sienta justo a mi lado y tan pronto coloca una mano sobre la mía, siento una corriente

atravesar esta.

-Lo lamento, de vez en cuando suelo dar calambres. Espero que no te haya hecho daño-Me dice mirándome directamente a los ojos. Niego con la cabeza, ante la incapacidad de dejar salir alguna palabra por mi boca. Estoy completamente bloqueada e hipnotizada. Nunca me había sentido así antes, ni siquiera cuando estaba con Gabriel.-Mi nombre es Adrien Black-Me dice al tiempo que saca los libros de su mochila y aparta su vista de la mía.

-Yo soy Lucinda-Consigo decir al fin, al tiempo que la sensación de hipnotismo desaparece.

-Me alegra conocerte Lucinda. Espero que seamos buenos amigos-Me dice, enseñándome una gran sonrisa, la cual correspondo sin saber por qué, dado que mi corazón pertenece a Gabriel.

Las siguientes clases ocurren con Adrien sentado a mi lado, que me deja ver su lado más dulce y amable. Un lado que me recuerda al de Gabriel. Al terminar las clases Adrien se tropieza conmigo haciendo que el libro que tengo en las manos se me caiga al suelo.

-Lo lamento mucho Lucinda, no te había visto. Iba muy despistado-Me dice al tiempo que me devuelve el libro y la fotografía que había dentro-Perdona que te moleste, pero me preguntaba si me podías enseñar la ciudad-Lo miro directamente a los ojos, intentando encontrar cualquier atisbo de broma en el color de su aura, pero no lo veo.-Si no es molestia claro, sino no pasa nada-Me comenta bajando la mirada, haciéndome percatar de que lo he hecho sentirse incómodo.

-Siento si te he hecho sentirte incómodo, pero para serte sincera la gente suele evitarme.

-No entiendo por qué-Esa misma frase ya la había oído con anterioridad de los labios de...No, me equivoco, era la primera vez que alguien me decía algo así.

-Me encantará enseñarte Roma Adrien-Le respondo con una sonrisa que me es devuelta.

-Ansío conocer Roma a tú lado bella Lucinda-Comenta depositando un beso en mi mejilla que hace que como una pequeña descarga eléctrica recorra mi piel.- ¿Podemos vernos esta tarde?-Me pregunta, a lo cual yo asiento.

Lo veo alejarse del colegio, momento que aprovecho para guardar mi libro y la foto en donde aparezco en una barca en el lago del parque en mi mochila. Aquel fue un momento mágico para mí, pues fue la primera vez

que había salido con Rosalie. Mi primera visita por Roma. Todavía no soy consciente de cómo alguien como Adrien se ha atrevido a hablarme. Es el primer compañero que me ha mostrado amabilidad y dulzura.

Cuando llego al centro de seguridad social, observo como los lirios azules que tenía en mi ventana se han secado. Decido tirarlos y cambiarlos por unos narcisos de varios colores que me acabo de comprar. El narciso implica un nuevo comienzo; lo cual dado lo acontecido los últimos días eran perfectos. Había dejado el orfanato gracias a Rosalie y ahora había conocido a un chico de grandes y profundos ojos azules.

CAPÍTULO 13. GABRIEL

La ciudad de Ginebra se encuentra teñida por un gélido manto blanco. Un manto al que llamamos nieve, que combina a la perfección con el vaho expulsado por los transeúntes. Hace tiempo adoraba el tacto de la nieve y la perfección de los copos; todos únicos, pero a nuestra vista iguales. El frío se ha presentado en la ciudad haciendo que este se cuele por mis huesos, sacándome más de un escalofrío. Escalofríos más de añoranza por Lucinda, que por el gélido viento que sopla y transporta los copos. Hecho de menos la calidez de mi lirio azul, sus ojos, su sonrisa, sus labios posados en los míos con suma dulzura. La misma dulzura que transmiten las mariposas al posarse sobre los pétalos de una flor. Voy caminando por la calle, esquivando a las personas que se cruzan en mi camino, sobre todo a las parejas. Parejas felices y enamoradas, que me hacen recordar lo que he vivido en el pasado. Un pasado en ocasiones más lejano de lo que podéis llegar a imaginaros. Pero un pasado lleno de momentos felices que están gravados en mi corazón. Un corazón que sangra ante la pérdida y los secretos que esconde. Me desvíó por la calle Rue du Cloître con el objetivo de llegar a la catedral de San Pedro de Ginebra, en donde los miembros del círculo me aguardan. Una vez que llego entro por los pasadizos secretos, a los cuales se accede a través de una reliquia que se le entrega a cada miembro. Mi reliquia es un pequeño medallón en donde se encuentra una foto de mi primer amor. Cuando entro en la sala ya todos están colocados en sus respectivos asientos, aguardando mi llegada. Me siento en el lugar que me corresponde, al lado del miembro con mayor rango de Ginebra. Desde el mismo día en que aparecimos por primera vez en este planeta, nos clasificamos por categorías; siendo los de mayor rango los más antiguos y poderosos. En esta clasificación, me encontraba en el 2º grupo si empezásemos por la cima de la pirámide. La clasificación era sencilla y nos permitía conocer: la fuerza, experiencia y poder de todos los miembros. En esta se distinguía: -Los padres y las madres. Uno de cada en todas las capitales de los países en donde nos encontrábamos instalados. Son nuestros líderes. Los reconocemos gracias a que el tatuaje en forma de sol que llevan es de color rojo. -Los ancestros o sargentos. Mi grupo. Somos después de los padres y las madres los más poderosos y antiguos. Nuestro emblema es un sol de color azul. -Los adultos o generales. Son los encargados de entrenar a los jóvenes y los novatos

bajo la supervisión de un ancestro. Su color es el verde.-Los jóvenes o cabos. Son de los miembros más recientes y menos experimentados. Su tatuaje es de color amarillo.-Los novatos o soldados. Los que apenas se han unido al círculo. Su tatuaje es blanco.

Una vez que estamos todos sentados la reunión comienza. El ambiente que se respira es tenso, fruto de una inminente guerra a punto de estallar. Una guerra cuyo principal objetivo es Lucinda. Su nombre recorre toda la sala de un lado a otro como fruto del eco. Un eco que me impide concentrarme y que hace que me pierda en la conversación.-Gabriel, te mandaremos de nuevo a Capri. Serás el nuevo encargado de supervisar los entrenamientos de los cabos y soldados. No hay nadie que pueda hacerlo mejor que tú. Tu experiencia en el campo de la batalla y en la lucha te precede. Confiamos en ti.-Dice Madre. Yo simplemente asiento movido por la inercia. Voy a volver al lugar en donde todo comenzó. En donde mi peor pesadilla cobró vida. Voy a viajar a Capri de nuevo, la ciudad que el Instituto de Lucinda decidió como destino de viaje de Navidad. La ciudad en la cual espero volverla a ver de nuevo, aunque sea oculto entre las sombras. Tengo una gran misión, y esa es proteger a Lucinda ante todo. Justo antes de salir de la Catedral Madre me retiene.- Gabriel ten mucho cuidado y no confíes en nadie. Nuestros enemigos cada vez se hacen más fuertes y temo lo que pueda pasar.-Me dice mirando el cielo oscurecido por la noche del cuál siguen cayendo copos sin cesar.-Lo tendré Madre. No permitiré que la historia se repita.- Me alejo de la Catedral,dejando a Madre atrás cubierta de nieve, camino a lo que fue mi piso durante este tiempo. Al llegar a este me encuentro con mi billete de avión y mi equipaje ya dispuesto. Llamo a un taxi que me lleva al aeropuerto en donde me aguarda uno de los pequeños aviones que dispone el círculo. Me subo en él sin saber lo que está por venir. Nadie me ha preparado para lo que allí me aguarda. Un acontecimiento que hará que la verdad salga a la luz. Un acontecimiento que dará comienzo a una nueva guerra.

CAPÍTULO 14: VERDAD O ATREVIMIENTO.

Los días pasaban volando al lado de Adrien. Con él todo era más fácil. Era capaz de ver más allá de mi apareciencia, a diferencia del resto de mis compañeros. Las tardes junto a el descubriendo Roma nos habían convertido en muy buenos amigos. No recordaba otros momentos más felices. Adrien Black en poco más de un mes había hecho que mi vida se viese envuelta de luz.Ahora mismo me encuentro acabándome de arreglar en mi habitación, al tiempo que miro asombrada caer los copos de nieve por la ventana. Son muy pocas las ocasiones en las que nieva en Roma, por lo que mi estado eufórico ante este hecho es más que lógico. Bueno, para ser sincera también se debe al chico que aguarda dando círculos enfrente de la puerta. Agarro el abrigo junto a la bufanda que tengo tendidos en la cama y me los pongo a medida que bajo las escaleras. Tan pronto salgo a la calle me encuentro frente a frente con Adrien, quien me

regala una sonrisa.-Cada día estás más guapa-Me dice al tiempo que me aparta un mechón, haciendo que sienta esa corriente eléctrica cada vez que me toca.Caminamos juntos hacia el parque, en donde todos nos miran. Ese hecho ya no me importa. Me acostumbré a las miradas y a los cotilleos de tal manera que no me hacen ya daño. De camino, nos paramos en una chocolatería, en donde nos compramos un chocolate caliente junto con unos churros que llevamos al parque. Una vez en el, nos sentamos en un banco enfrente del lago.-¿Alguna vez has jugado a verdad o atrevimiento?-Me pregunta Adrien.-No, pero se como se juega. ¿A que viene eso?-Podíamos jugar.-¿Ahora?-Si-Me dice mirándome a los ojos. Nunca he sido muy partidaria de ese juego por miedo a lo que podían preguntarme o mandarme, pero los ojos vibrantes de Adrien sobre los míos hacen que responda que si.-Muy bien las damas primero.-¿Verdad o atrevimiento?-Verdad.-¿ Por que decidiste acercarte a mi en tu primer día?-Creo que de eso ya hablamos Lucinda. Me acerqué a ti porque vi algo especial en tu interior. No se como explicarlo bien, pero es como si fueras un ser de luz.-Sus palabras logran tranquilizarme nuevamente, como ya lo habían hecho con anterioridad.-Mi turno ¿Verdad o atrevimiento?-Verdad-¿ Cual es el verdadero motivo de que la gente no te acepte?-Sabía que el juego era verdad o atrevimiento, ¿ Pero como decirle la verdad?. Si le confiaba mi mayor secreto: el hecho de ver las auras o poder oír lo que piensa la gente; me tomaría por loca y me rechazaría coma el resto. Al final decido contarle lo que ya sabe.-Me rechazan por mi aspecto. Soy diferente a cualquier persona. A veces desearía ser normal, como al resto.-La gente en ocasiones es demasiado ciega para poder ver la verdadera belleza-Comenta, al tiempo que posa una mano sobre la mía, la cual empieza a acariciar realizando pequeños círculos con su pulgar.-Es tu turno de nuevo ¿ Verdad o atrevimiento?-Atrevimiento-Invítame al baile de invierno del centro.-No puedo creer que estas palabras acaben de salir de mi boca.-Lucinda ¿ Me harías el honor de ser mi acompañante en el baile de invierno? De esta forma al menos habrá una estrella en el baile-Lo veo arrodillado enfrente mía, como en ese instante de la película en la que el joven le pide matrimonio a su amada.-Hiré encantada contigo-Le digo arrodillándome también, de forma que quedemos cara a cara.-¿Verdad o atrevimiento Lucinda?-Atrevimiento.-Besame-Tengo miedo. Nunca antes había besado a un chico y temo no saber hacerlo. Los nervios empiezan a recorrer mi cuerpo entero. Se calman cuando siento una de las manos de Adrien sobre mi mejilla y la otra en mi espalda.-Tranquila- Esa es la palabra que hace que me lance a sus labios. Nuestros labios se unen en un beso dulce, con sabor a chocolarte. Cuando nos separamos observo el color de su aura. Es rosa mezclado con amarillo, los mejores colores qje podía ver.Después del beso, nos dirigimos a una sala de cine en donde echan películas típicas de Navidad viejas. Nos sentamos en las últimas butacas, de tal forma que nuestras manos puedan estar entrelazadas y mi cabeza quede sobre su hombro.-¿Sabes qué?-Me pregunta nada más terminar la película.Niego con la cabeza.-El mejor regalo de Navidad para mi es saber que me acompañarás al baile y que ahora estamos saliendo.-Eso ya lo hacíamos antes. Me refiero a lo de

salir.-Observo como se ríe. Me encanta el ruido de su sonrisa.-Me refería a que ahora ya somos algo más que amigos. ¿Somo novios no?-Me pregunta al tiempo que agarra mi mano para salir del cine y dirigirnos a mi hogar.-Supongo que si lo somos-Le respondo escondiendo mi rostro entre mi pelo avergonzada.-No te escondas por favor. Detesto que lo hagas. No tienes nada de lo que avergonzarte. Eres perfecta ante mis ojos.-Es que nunca he salido con nadie antes y temo no saber hacerlo bien. Seguro que tu has salido con alguien antes que yo y...-Para no sigas. Es cierto que salí con otra chica antes que tu, pero no quiero que sientas que te voy a comparar. Lucinda, me gustas, me gustas mucho. No sabes cuanto.-A continuación siento como sus labios se posan sobre los míos, demostrando que sus palabras son ciertas.Caminamos un rato más hasta llegar a nuestro destino en donde nos despedimos con un pequeño beso. Cuando llego a mi habitación meto la pequeña rosa que me acaba de dar Adrien en un jarro con agua al mismo tiempo que me llega un mensaje a mi nuevo móvil. Lo abro y veo que se trata de AdrienAdrien: *Ya te hecho de menos. Quiero volver a verte. Me estoy volviendo adicto a tu presencia.*Le contesto rápidamente con un "Yo también". A continuación apago el móvil y me pongo mi pijama para meterme en mi cama, en donde comienzo a leer nuevamente Cumbres borrascosas.

Capítulo 15: Lo que daría por verla.

Y ahora quiero enamorarme.-Este mundo va a romperte siempre el corazón- *Y ahora quiero caer en el deseo.*-Este mundo va a romperte siempre el corazón.-Mi amor.-Este mundo va a romperte siempre el corazón.-Mi...-Este mundo va a romperte siempre el corazón.-Mi momento (*mi tiempo*)-Este mundo va a romperte siempre el corazón.

HIM - Wicked game

G

abriel:

Acabo de llegar de nuevo a Capri. Parece mentira que sienta que hace años que no he estado aquí, cuando apenas unos meses atrás había dejado la ciudad con destino a Roma. Acompañado me dirijo a la pequeña sede que tenemos aquí en un almacén reformado. Casi todo el mundo cree que se trata de una sede destinada a la investigación pero realmente es y siempre ha sido mi hogar.

Me instalo en la que era mi habitación, comprobando que nada ha cambiado, aunque verdaderamente todo se ha modificado. Ahora se de la existencia de Lucinda, de su cálida luz y de lo importante que ella es para

nosotros. Ojalá estuviese conmigo a mi lado.

Me tumbo en mi cama con las luces apagadas y la ventana entreabierta, mientras los sonidos de las sirenas de los barcos y de las campanas de las boyas gimen y tintinean por todo Capri. Intento dormirme pero no consigo hacerlo. Cada vez que cierro mis ojos la veo sonreírme y eso me produce miedo. Miedo de no volver a verla, de perderla esta vez para siempre. He calculado las probabilidades de que pueda tener una oportunidad para escabullirme, y el resultado es de cero. La vigilancia impuesta al recinto es mi talón de Aquiles para escaparme.

El despertador de mi celular me despierta. Lo agarro y miro que marcan las 8:00. Aparto la vista de este y lo dejo en la mesita de noche. Escudriño las sombras del techo con el deseo de que esto solo se trate de un mal sueño, aunque se perfectamente que no es así. Antes de que sonase la alarma podría parecer un joven de entre 17-20 años, pero ahora mismo siento como si tuviera 1.000, 10.000 y estuviera envejeciendo a casa minuto que pasa. Decido cerrar los ojos un instante más. Vuelvo a la inmensa oscuridad, en donde deseo que la luz me encuentre, pero en esta ocasión no aparece. Solo estamos el silencio y la oscuridad. Finalmente enciendo la luz y me levanto. Me dirijo hacia la ventana que todavía está entreabierta. Está lloviendo, y percibo la humedad en el ambiente y en mi pecho. Odio la lluvia. Es una de las cosas que más odio en este mundo. Hace años no la odiaba ni me importaba, hasta ese día fatíco que lo cambió todo. El día en que la perdí.

Camino hacia el baño, en donde desaparezco tras la puerta de este para darme una ducha rápida. Al terminar, ya compruebo como el día se va aclarado dejado tras de sí un cielo encapotado. Me visto con mi uniforme del color de mi rango, el azul, que se compone de unas mayas elásticas con unas bandas laterales blancas y una sudadera ajustada con el logo del Círculo de la luz de color blanco sobre el pecho. Una vez arreglado salgo de la habitación con destino al comedor atravesando los pasillos y bajando para ello a la 1ª planta. El primer día como entrenador está a punto de empezar, y todavía no se con lo que me voy a encontrar.

En cuanto llego al comedor, empiezo a oírse un cántico proveniente de todos los que se encuentran en este.

-¡Gabriel! ¡Gabriel! ¡Gabriel!- Les sonrío, a pesar de que ahora no tengo mucho ánimo para que sea sincera. Me dirijo a mi antigua mesa. La mesa destinada a los de mi categoría, rango. Así funciona todo esto. Todos tienen su lugar para poder diferenciarlos entre la multitud. Me dirijo a mi sitio deseando que la silla que está vacía a mi lado sea ocupada por Lucinda. Al poco, siento como alguien me rodea con su brazo y elevo la mirada para ver de quien se trata.

-Pero mirad quién ha regresado, el don especial "Me voy a Roma".

-Hola Thiago, yo también me alegro de verte.-Para quién no los conocáis, Thiago es un joven que aparenta entre 18-20 años, de tez bronceada, cabello castaño claro y ojos verdes.

-Anda, no finjas que te alegras por vernos Gabriel, te conocemos de muchos años ya para saber que te gustaría estar en otro lugar.

- A veces odio que me conocáis tan bien Happy.-Happy, a diferencia de Thiago es de piel clara, cabello rubio oscuro lacio sobre los hombros y de ojos verdes-azulados.

-¿ Que tal te ha ido en Roma? ¿ Por que regresaste antes?-Pregunta Thiago. De camino a Capri, me puse a pensar en que respuesta daría a la pregunta que seguramente más me harían, y ahora ahí estaba.

-Porque me han mandado dirigir y preparar a los nuevos novatos.

-Oh venga Gabriel, esa no es la verdadera excusa. Cuéntanoslo, somos tus amigos ¿no?-Me debatí entre decirles la verdad o no, dado que contar lo ocurrido implicaría hablar de Lucinda. Al final opté por contarles todo, dado que necesitaba liberarme de alguna forma.

-Tienes razón Happy. La verdad es que me enviaron aquí de nuevo para dar una mejor protección a Lucinda.

-No lo entiendo ¿ Quién mejor que tu para protegerla? Eres el mejor en nuestro rango y quién mejor la conoce.

-Justamente por eso Padre decidió alejarme de ella, dado que un día un miembro del círculo de la oscuridad estuvo a punto de descubrirla. Si me vieran con ella desconfiarían y les daríamos el motivo para atacarla.

-¿Cómo es?-Me pregunta Happy.

-Es el ser con la luz más asombrosa que jamás hayáis podido imaginar. Un ser al que han roto y hecho sufrir constantemente por su apariencia y que a pesar de eso esconde un gran corazón. Ojalá pudiese contarle todo para así acabar con todas las dudas que seguramente tiene. Lo que más odio es que le prometí que jamás la haría llorar, y sin embargo no cumplí mi propia promesa cuando tuve que irme.

-No es tu culpa Gabriel. Tu nunca quisiste causarle daño a Lucinda. Además estoy seguro de que tarde o temprano os volveréis a ver. Es vuestro destino.-Me dice Thiago dandome un apretón en el hombro mientras se levanta de su asiento.-No obstante ahora te toca entrenar a

los novatos. Buena suerte amigo,nos vemos luego.

-Adiós Gabriel-Dice Happy, que se va detrás de Thiago y acaban saliendo por la puerta.

Termino mi desayuno y me dirijo a la sala de entrenamientos, en donde me aguardan 16 novatos ya preparados y con la vista clavada en mi.

-Bien novatos como ya sabréis mi nombre es Gabriel, y a partir de hoy seré vuestro entrenador. Los entrenamientos no serán para nada fáciles pues esto no se trata de un juego sino de la realidad. El círculo de la oscuridad cada día se hace más poderoso, y es nuestro deber evitar que sigan causando más catástrofes para proteger a los humanos. Dicho todo esto es hora de que comience la selección de vuestras armas. Elegidlas bien, pues estas os acompañarán para toda la vida.-Cuando acabo mi discurso abro la puerta de uno de los viejos baúles que he llevado hasta allí. En ellos se encuentran armas manuales como: arcos y flechas, dagas, cuchillos y espadas de todo tipo. Los insto a que se acerquen para que escojan sus armas y dar comienzo así al primer día de entrenamiento.

Durante los primeros meses me dedicaré a prepararlos físicamente, con el objetivo de que ganen resistencia. Decido para ello empezar por las pruebas físicas llevándolos al exterior. Las primeras pruebas consistirán en la realización de circuitos, que se irán complicando a medida que se vuelvan más capaces. La fuerte lluvia cae sobre nosotros, dificultándoles la visión y creando charcos de lodo sobre el camino que les suponen un obstáculo. El vaho de sus respiraciones fatigadas se mezcla con la espesa niebla y con el olor de la hierba mojada. Nadie les dijo que esto sería fácil. Estar dentro del círculo de la luz requiere un enorme poder, y como bien dicen los humanos "Un gran poder requiere mucha responsabilidad".

Las horas van pasando lentamente y a pesar de que trato de olvidarme de Lucinda, ni la misma lluvia que cae sobre mi consigue borrarle su imagen. Ni te imaginas lo que haría por verte ahora mismo bajo la lluvia.

A las 13:00 en punto, después de cuatro horas de intenso entrenamiento este se termina. Me dirijo de nuevo a mi habitación en donde me doy una ducha para quitarme todo el sudor y el barro, y luego de esto decido comer en mi habitación dado que no quiero ver a nadie. Puede parecer muy egoísta por mi parte, pues llevaba algún tiempo sin ver a Happy y Thiago, pero ahora mismo lo que menos quiero hacer es hablar sobre Lucinda con ellos. Acabo acostado en mi cama con el pelo todavía mojado, con un libro de estrategias de guerra en mi mano. Las leo detenidamente, tratando de retener cada una de ellas, para que en el futuro en caso de producirse una batalla tener una mínima posibilidad. No voy a permitir que el pasado se repita de nuevo. No volveré a cometer ese mismo error.

No perderé nunca más al ser al que quiero.

CAPÍTULO 16: EL BAILE DE INVIERNO

Las clases han finalizado, y la Navidad está a la vuelta de la esquina. Roma se encuentra completamente adornada con maravillosas luces, que dan a la ciudad un aspecto de ensueño. El baile de fin de curso será esta noche y luego del 26 al 30 de enero nos iremos a Capri. Por fin podré ver el mar y acompañada de Adrien lo que hará que la experiencia sea inigualable. Han pasado ya tres semanas desde que empezamos a salir, las semanas más mágicas de mi vida. Con Adrien todo es más fácil, y hace que me sienta más segura de mi misma. Es como una luz al final de un túnel.

Ahora mismo ya está atardeciendo. El sol ya se empieza a ocultar, dejando paso a una noche fría de diciembre. Estoy sentada enfrente de mi tocador, observando mi reflejo en el espejo. La imagen de la joven que proyecta es irreconocible para mí. Intento ondular algo mi cabello, que está recogido de tal forma que parece que solo me llega a los hombros. Luego, me paso al maquillaje, resaltando mis ojos con un delineador negro, que hacen que estos se vean aún mas azules. Esto lo hago por Adrien, pues siempre me ha dicho lo mucho que le encantan mis ojos. Doy unos últimos retoques a todo antes de enfundarme en mi vestido, de color negro. Es un vestido sencillo de palabra de honor, largo hasta los pies. Al finalizar me calzo con unas sandalias en tonos plateados a juego con los pendientes. Una vez arreglada espero en la habitación, en donde aguardo a que llegue Adrien a recogerme.

A las 21:00 suena el pitido de mi móvil anunciando que mi acompañante acaba de llegar. Me pongo el abrigo de color blanco como la nieve y de pelo por encima. Bajo las escaleras con cuidado, tratando de no tropezar y centrando mi vista en esta y no en las personas que no paran de observarme. En los últimos tramos de escalera lo veo. Va vestido con un hermoso esmoquin de color negro y con una camisa blanca.

-Guau Lucinda te ves asombrasa.

-Gracias. Tú también te ves muy bien-Le digo nerviosa.

-Tengo un regalo para ti.-Observo como del bolsillo de su abrigo saca una cajita, que al abrirla contiene un ramillete con una rosa de color blanco. Me ayuda a ponerlo, agarrando con sumo cuidado mi mano, que besa a continuación.-¿Nos vamos?

-Alto ahí jovencitos, de aquí no se va nadie hasta que saque unas cuantas fotos antes-Nos dice mi cuidadora, sosteniendo una cámara gigantesca en su mano y señalándonos que vayamos hacia la escalera para las fotos y luego al exterior en donde la luz de la luna y las luces de navidad

iluminan la ciudad-Listo. Ahora tortolitos ya podéis iros.

Nos adentramos por las calles agarrados de la mano. Unos pequeños copos de nieve empiezan a caer justo cuando llegamos al centro.

-Bueno ¿ Que sería de un baile de navidad cuyo tema es el blanco y negro sin una nieve tiñendo el oscuro cielo de blanco?-Pregunta Adrien sonriéndome y mirándome a los ojos, quitándome un pequeño copo derretido en mi mejilla.

-No sería nada-Respondo en una voz apenas perceptible, tras el tacto de su dedo en mi mejilla que me ha dejado en un estado de ensueño. Luego siento sus labios sobre los míos, fríos al tacto como el hielo, pero al mismo tiempo llenos de calidez.

-Creo que es mejor que entremos antes de que nos convirtamos en cubitos de hielo.-Asiento con la cabeza y dejo que me dirija entre los pasillos hacia el gimnasio en donde tiene lugar el baile.

Adrien y yo entramos en el gimnasio y dejamos nuestros abrigos en unos de los colgadores que se situaban justo en la entrada. La gente no para de mirarnos y sus pensamientos llegan a mi como grandes agujas de hielo clavándose en mi cerebro. La mano de Adrien sobre la mía es lo único que consigue mantenerme relajada y feliz al alejar todo pensamiento desagradable.

El gimnasio esta decorado con gigantes copos de nieve hechos con gomaespuma y pintados de pintura blanca, a los cuales luego le pusieron porpurina plateada para que brillaran. También hay grandes cantidades de globos negros y blancos de helio flotando en el techo del que cuelgan pequeños copos de nieve. En las mesas, hay grandes centros de mesa que contienen gran cantidad de velas rodeando un pequeño abeto decorado con bolas de navidad. Sobre las paredes han colocado árboles desnudos que se encuentran en macetas ocultas por grandes cantidades de algodón. En estos cuelgan, pequeñas notas, los deseos de Navidad de cada uno de nosotros que se lanzarán luego aire atados en farolillos para que estos se cumplan.

Empieza a sonar la canción Right here waiting de Richard Marx. Las parejas empiezan a bailar llenando todo el espacio. Oigo la voz de Adrien en mi oreja, preguntándome si quiero bailar. Asiento con la cabeza y los dos agarrados de la mano nos dirigimos al centro, en donde ya se encuentran casi todos bailando. Los brazos de Adrien sobre mi cintura y los míos sobre su cuello son ahora mismo la mejor melodía. Nos dejamos llevar por el ritmo de la canción, balanceandonos suavemente de un lado a otro. Al terminar esta, seguimos bailando muchas más agarrados. Todo es perfecto a su lado, y puedo comprobar que mi deseo se está

cumpliendo incluso antes de que sea quemado.

Las horas van pasando y el momento de lanzar los farolillos ha llegado. Todos salimos al exterior, que se encuentra cubierto por un manto espeso de nieve. Observo envelesada como el cielo nocturno de Roma en tan solo unos minutos se ilumina gracias a los farolillos lanzados.

-Se ven como si fueran estrellas a medida que se van alejando.-Digo

-La única estrella esta noche eres tú- Me responde Adrien juntando nuestros labios una vez mas en esta noche. Labios que se unen bajo un cielo iluminado por cientos de deseos.

Todo era mágico a excepción de una sola cosa; una mirada que entre las sombras nos miraba sin comprender nada.

CAPÍTULO 17. EL AMOR SÓLO TRAE DOLOR.

Hoy es el día de Navidad, lo que significa día libre. Todos se encuentran descansando, disfrutando de este día que debería ser mágico. En vez de imitarlos, me cuelo por una puerta trasera y salgo del edificio en el que llevo atrapada ya varios días. Me meto por un pequeño callejón estrecho y oscuro. Conozco esta ruta, ya que solía recorrerla con anterioridad. La diferencia es que ahora lo hago en silencio para que no me vean ni me oigan. Me limito a correr.

Corro hasta el final del callejón y salgo a una calle adornada por las luces de Navidad y muy transitada. El viento me azota, rebotando en mi rostro, pero eso no me detiene. Veo como la ciudad de Capri pasa junto a mi, emborronada, difuminada. Escucho solo mis pisadas sobre el asfalto mojado, pisadas que me parecen lejanas.

Al final me detengo porque mis músculos están ardiendo, tensos. Estoy en la cima de un acantilado, desde donde se contempla el inmenso mar. Un mar que hoy está teñido de un color gris tras un fuerte temporal, y que todavía deja tras de sí olas que chocan con fuerza sobre las rocas. Así es como me ve la gran mayoría, como esas rocas. Indestructible a pesar de la fuerza del mar. Lo que ellos no saben es que estas poco a poco con el paso del tiempo se van resquebrajando. Así es como me siento ahora mismo, como si una gran ola acabase de chocar conmigo. La culpable es Lucinda, la chica que pensé que nunca me rompería el corazón. ¿Pero cómo culparla cuándo yo mismo la había dejado?

Sostengo mi medallón en una mano y observo una vez más la imagen que en él se encuentra. Luego lo lanzo con fuerza al mar, al mismo tiempo que de mi garganta sale un grito desgarrador mezclado con el llanto. Un grito que hace romper la mismísima roca, haciendo que el Gabriel que todos

quieren aparezca. El Gabriel fuerte, irrompible e indestructible.

3 días antes

Es de noche, y me encuentro tumbado en mi habitación jugando con mi medallón. Observo como este pasa por mis dedos de un lado a otro. Es algo que suelo hacer cuando me encuentro nervioso. No poder estar a su lado y sobre todo no poder verla me está matando.

Este sentimiento poco a poco se va desplazando por mi cuerpo, haciendo que mi único pensamiento esté relacionado con Lucinda. Todo tiene que ver con ella. Se que lo mejor para los dos es estar separados; dado que eso le garantiza una mayor seguridad. Si los oscuros descubriesen quién soy realmente, entonces Lucinda correría un grande peligro. Pero quizás ya la habían descubierto con anterioridad. La prueba era el día en que la atacó un oscuro. Si eso era así, el hecho de que me hubiese alejado de ella era el peor error. Que no hubiesen atacado, no significa que no la hayan descubierto. Los oscuros con el paso de los años se han vuelto más inteligentes, y eso puede significar que tengan un as escondido bajo la manga.

Todos estos pensamientos rondan e invaden mi cabeza. Pensamientos que derivan que lleve a cabo una acción que hacía tiempo que no hacía. Voy a proyectar mi imagen astral al lugar en donde se encuentra Lucinda, de este manera podré determinar si se encuentra bien con mis propios ojos.

La proyección astral es uno de mis poderes y de todos el más peligroso. Si me excedo con el tiempo de realización, esto puede derivar en mi muerte; además requiere de extrema concentración. Me levanto y cierro la puerta con el pestillo para evitar que alguien entre y me interrumpa, impidiéndome así verla. Me concentro profundamente en su imagen, en su hermosa sonrisa y en sus ojos tan azules como el cielo y entonces es cuando todo sucede.

Todos se encuentran en el exterior, que se encuentra cubierto por un manto espeso de nieve. Observo el cielo nocturno de Roma que en tan solo unos minutos se ilumina gracias a los farolillos lanzados por mis antiguos compañeros. Me escondo detrás de una pared, oculto entre las sombras para que nadie pueda verme. Dirijo mi mirada en todas las direcciones, tratando de visualizarla. Es entonces cuando consigo identificar su melena rubio platino y su voz.

-Se ven como si fueran estrellas a medida que se van alejando.

-La única estrella esta noche eres tú- Le responde un joven que no consigo identificar, juntando sus labios en un beso. Un beso que ella corresponde. Al separarse la veo sonreír y no puedo evitar sentir una gran

punzada de dolor en mi corazón.

Roto por lo que acabo de ver, decido romper la proyección astral y regresar a mi habitación en donde la inmensa oscuridad me invade completamente. Mis mejillas están mojadas como producto del dolor. No puedo permitir sentirme así. No puedo dejar que el amor me produzca dolor. Tengo que ser fuerte por todos los que dependen de mí. Una guerra entre la luz y la oscuridad se avecina; y si deseo que Lucinda esté a salvo debo dejar a un lado mi tristeza. Mi amor por Lucinda es tan grande que mi mayor deseo es verla feliz, y si eso significa que ella salga con aquel chico, entonces lograré un mundo mejor para ella.

CAPÍTULO 18: CAPRI

El día de la excursión había llegado al fin. Decir que me encontraba entusiasmada era quedarse corta. Por fin vería por primera vez el mar.

He perdido ya la cuenta de las veces que he revisado la maleta, tratando de no dejarme nada olvidado. Incluso elaboré una lista con la ayuda de Rosalie, para comprobar mejor lo que me llevo. Estoy tan nerviosa que he hecho que hasta Rosalie lo esté. Por suerte Adrien me acompaña en este viaje; lo cual hará que mi nueva experiencia sea mejor.

Nos encontramos todos ya frente al autobús, guardando nuestra maletas. A todos se nos ve con cara se cansancio; pues todavía el sol no ha salido. Por fortuna, el viaje aun es lago por lo que nos permitirá descansar, y de este modo durante ese tiempo no escucharé lo pensamientos repulsivos de mis compañeros.

Me subo al autobús y me siento al tiempo que me saco mi abrigo, mi bufanda y los guantes; los cuales guardo en el maletero situado justo encima de los asientos. Al poco, siento un peso en el asiento de al lado, y un cálido beso en mi mejilla.

-Buenos días preciosa. ¿Estás preparada?-Asiento en dirección a Adrien, quién me regala una de sus sonrisas, al tiempo que agarra una de mis manos.

Cuando todos están subidos en el autobús, este empieza a arrancar dejando atrás poco a poco Roma. A medida que el tiempo va pasando noto como mis párpados se empiezan a cerrar a pesar de que lucho para evitarlo; pues no quiero perderme nada.

-Apoya tu cabeza en mi hombro y duérmete. Descansa un poco, todavía queda algo de viaje. Además entre tu y yo la película que nos han puesto no ayuda a mantenernos despiertos-Al final acabo aceptando la oferta de Adrien, quién nos acaba tapando con su abrigo. Lo último que siento antes de dormirme y de llegar a nuestro destino para coger el barco que nos

llevará a Capri, es un beso en mi frente seguido de una corriente que recorre todo mi cuerpo.

-Despierta dormilona, tenemos un barco que coger-Abro lentamente mis ojos, para encontrarme con el azul profundo de los ojos de Adrien. ME giro de tal forma que pueda ver el exterior. Allí está, el mar, el inmenso océano, tan azul y mágico como siempre lo había imaginado.

-Es increíble.

-Lo increíble es que dentro de poco vamos a estar cruzándolo en barco, y luego vamos a estar rodeados de mar.

Acabamos bajando del autobús y recogiendo nuestras maletas. Todos seguimos a los profesores que nos acompañaban en el viaje, hasta llegar frente a nuestro ferri.

-Buenos días jóvenes, soy Paolo el capitán de este barco-Todos les devolvimos el saludo a la vez-Me agrada ver que voy a transportar a un grupo tan maravilloso como el vuestro. Si hacéis el favor dejad las maletas aquí, mis ayudantes os las subirán. Y sin más que decir os deseo un gran viaje. Podéis subir al ferri.

A pesar del frío que hacía quería quedarme en el exterior, para contemplar el hermoso paisaje que se extendía frente a mis ojos. Por raro que parezca, tenía la sensación de que ya había visto el mar con anterioridad. Un chapoteo en uno de los lados del barco me hizo dirigir la vista en esa dirección, para encontrarme con una familia de delfines nadando. La imagen me produjo dos sentimientos encontrados: por un lado ternura, y por el otro añoranza ante el hecho de que yo nunca había conocido a mi familia. Lo único que me quedaba de ellos era mi broche.

-Estamos a punto de llegar ya-Me dice Adrien, que me aleja de mis pensamientos.

-Capri, allá vamos-Respondo, mirando a la isla que tenemos justo delante nuestra.

Desembarcamos en el puerto de Capri, para allí coger un autobús que nos llevará a nuestro hotel, en el cual dejaremos nuestras cosas y desayunaremos. Una vez que llegamos a este, nos asignan a cada uno una habitación. Justo en el momento en que están a punto de darme la llave de mi habitación, el recepcionista, un anciano muy amable se me queda mirando directamente.

-¿Te conozco?-Yo niego con la cabeza.-Pues tengo la sensación de que te conozco, de que he visto con anterioridad;aunque ahora que lo pienso eso sería imposible porque te pareces a una joven que vi en mis tiempos

mozos. El parecido es increíble; aunque ella era algo más vieja.-Agarro mi broche por instinto, el cuál se lo queda mirando.-Hasta tienes el mismo broche que ella.

La posibilidad de que aquel anciano, en su día conociese a mis padres me llena de esperanza por saber algo de ellos. Le enseño la foto del broche.

-¿Era esta la pareja?-Observo como la mira con detalle, sacando de sus labios una sonrisa. A continuación asiente en mi dirección.

-Era una pareja muy encantadora. Se los veía muy enamorados y siempre juntos. Yo fui su guía durante su estancia en la isla. Al final nos hicimos amigos. Me alegra ver que han tenido una hija. ¿Que ha sido de ellos?

-Ellos fallecieron en un incendio cuándo yo todavía era un bebé-Le respondo guardando el broche de nuevo.

-Siento oír eso. Nadie merece algo así.

-Usted pareció conocer bien a mis padres, me podría hablar de ellos. No se nada de ellos.

-Claro que me encantaría hablar de Lucinda y Gabriel.

-¿Mi padres se llamaban así?-Saber que llevaba el mismo nombre que mi madre me hacía sentir feliz; pues eso demostraba que me quería.

-Si, tenían unos nombres muy acordes con su personalidad.-Siento una mano en mi espalda seguida de una corriente.

-¿Va todo bien Lucinda?

-Adrien ¡No te lo vas a creer!, pero el recepcionista conoció a mis padres e incluso fueron amigos. Se ha dispuesto a contarme más cosas de ellos ¿No es fantástico? Por fin se que se llamaban Lucinda y Gabriel- Observo en el rostro de Gabriel sorpresa, y como luego dirige su vista a Francesco, el recepcionista.

-Si, es fantástico-Me responde al tiempo que me empuja camino al ascensor-Pero ahora tenemos que dejar nuestras maletas y desayunar.

-Está bien, creo que alguien está ansioso por desayunar.-Le digo a Adrien, al tiempo que deposito un pequeño beso en sus labios-Nos vemos después Francesco.-El asiente en mi dirección.

Adrien y yo subimos juntos en el ascensor.

-¿Vas a quedar hoy con Francesco?

-Si, eso tenía pensado. Podrías venir tu también.

-La verdad es que tenía pensado que por las noches podríamos salir los dos juntos como una pareja-Me dice posando una mano en mi mejilla-Estos últimos días sin verte han sido horribles. Ginebra está muy bien para ir de vacaciones de Navidad; pero habría preferido que hubieses venido conmigo-Deposita un beso en mi frente, luego en mi mejilla derecha, a continuación en la mejilla izquierda y en la nariz. Al final une nuestros labios, en un beso similar al de las personas que hace tiempo que no se han visto.

El ruido de la puerta del ascensor abriéndose es lo que hace que nos separemos. Nuestros labios están hinchados y nuestras respiraciones agitadas. Ambos agarramos nuestras maletas y nos disponemos a recorrer distintos pasillos, en busca de nuestras habitaciones. Antes de que Adrien se vaya por el de la izquierda le agarro del brazo.

-Nos vemos esta noche-Le digo. El asiente y sonríe en mi dirección.

CAPÍTULO 19. LUNA DE SANGRE.

Los días que paso encerrados en mi habitación, compaginados con los momentos de entrenamiento se hacen insoportables y extremadamente largos.

Añoro aquellos momentos en los que pasaba el tiempo con Lucinda, su sonrisa, sus ojos, su aroma, sus labios. Añoro todo de ella;pero ahora se que es feliz con otra persona y eso es lo que más me importa en este momento. Me estaría mintiendo a ni mismo si digera que no me gustaría ser esa persona; sin embargo, dada las circunstancias así está más a salvo.

Ahora mismo debe estar ya en Capri, en la excursión de Navidad,maravillandose por el enorme mar y sus aguas cristalinas. Estamos tan cerca el uno del otro y al mismo tiempo tan lejos, que el no poder verla me está matando a cada segundo que pasa. Le digo a mi mente una y otra vez que debe mantenerse fuerte; pues la guerra contra los oscuros está más próxima que nunca y muchos confían en mi.

Es de noche y el mar está agitado. Afuera hace más frío del que nunca ha hecho por estas fechas. Tengo un mal presentimiento ante este hecho, que se profundiza cuando la luna se convierte sin esperarlo en una luna de sangre. El cielo se tiñe de un color rojo intenso, como si en intensas llamas estuviese.

"Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra, angustia entre las naciones, perplejas a causa del rugido del mar y de las olas, desfalleciendo los hombres por el temor y la expectación de las cosas que vendrán sobre el mundo; porque las potencias de los cielos serán sacudidas..."

Esas palabras vienen a mi mente, haciendo que salga de mi habitación, con una sola imagen en mi cabeza "Lucinda". Corro por los pasillos, tropezando con todos los que me encuentro que se encuentran igual de asombrados y asustados que yo. Salgo afuera en donde el color de la luna se hace más perceptible, y en donde varios miembros del círculo de la luz se encuentran. Todos están a mi cargo, cada uno de ellos; pero mi único deseo es saber si Lucinda se encuentra bien, si está a salvo. Sólo hay una forma de averiguarlo y es escapar una vez más, aunque eso signifique quebrantar las normas que me impusieron y dejar parte de mi cuartel desprotegido totalmente.

Decido usar uno de mis poderes para proteger el cuartel; aunque este me deje algo debilitado. Aplico un campo de invisibilidad sobre el cuartel, con la esperanza de que los oscuros no den con él. A continuación empiezo a correr sin mirar atrás, sin detenerme. Llevo en mi mano mi reliquia, mi medallón, que me guía a través de las diferentes calles hacia Lucinda.

La encuentro frente al mar, al lado del chico con la que la vi en el baile. Los dos están besándose, ajenos al fuerte oleaje y a la gente que escapa despavorida con terror en sus ojos. Parecen no percatarse de lo que sucede, como si estuviesen hipnotizados. No consigo entender el porque no se percatan de la situación que se está produciendo a su alrededor. Sin previo aviso, un rayo de la luna impacta sobre el joven mostrando, en este, un tatuaje en forma de luna. Tengo enfrente mía a un oscuro, un oscuro de los más poderosos; pues su categoría es igual a la mía.

-Lucinda-Grito con todas mis fuerzas, llamando la atención del joven que me observa con una mirada llena de oscuridad, y que rompe la conexión que estaba manteniendo con Lucinda. La veo caer sobre la arena confundida, y más pálida que nunca.

-Vaya, vaya. ¡Mira a quién tenemos aquí! Al mismísimo Gabriel D'Angelo! Permíteme que me presente, yo soy Adrien Black.

-Aléjate de ella.

-¿Y por que debería hacerlo? Ella ahora me pertenece. Me quiere a mí, me ha elegido a mí. Eligió la luz sobre la oscuridad.

-Mientes. Si te eligió es porque la hechizaste.

-Puede que si que la haya hechizado, pero la culpa es tuya por haberla abandonado. La dejaste sola y rota, por lo que me fue muy fácil ganarme su confianza. Estaba tan frágil que todo me fue demasiado fácil. Bastó un simple beso para ganármela. Y ahora aquí estamos los tres juntos. Por fin podré acabar contigo y llevarme a Lucinda a la oscuridad.

-No te lo permitiré. No dejaré que te la lleves. La oscuridad no vencerá.

-¿Piensas luchar?Estás en total desventaja. La luna de sangre juega a nuestro favor.

-Daré mi vida por Lucinda.

-¿Tanto la amas?

-Más que mi vida misma.

-Que patético. El amor solo os hace débiles e indefensos. Bueno me temo que vas a dar tu vida por nada.

Observo como poco a poco se va alejando del cuerpo de Lucinda que nos mira sin comprender nada, acercándose en mi dirección. Contemplo como desenvaina su espada, que desprende un frío tan intenso que convierte todo lo que toca en hielo. Desenvaino la mía al mismo tiempo. Nuestras espadas chocan dejando escapar destellos de hielo y fuego, intentando alcanzar a su oponente. Nuestras fuerzas son iguales, lo cual hace que la lucha sea inútil durante un tiempo. A los minutos de empezar empiezo a sentir el cansancio producido por la lucha y por el hechizo de invisibilidad que lancé sobre mi cuartel con anterioridad.

-No eres tan fuerte como me han comentado. Esta lucha ya no tiene gracia, es una pérdida de tiempo.-Poco después siento una gran fuerza que me empuja hacia atrás y que me tira sobre la arena al lado de Lucinda. Un fuerte dolor en el hombro derecho me invade; pero no es comparable con el miedo que siento de perder a Lucinda para siempre. Agarro fuertemente mi medallón y se lo entrego a Lucinda, con la esperanza de que en el futuro me recuerde y se acuerde de quién es realmente. Le susurro un te quiero, antes de levantarme y enfrentarme a la que será mi muerte.

-No, no soy tan fuerte como creías. Lo soy todavía más. Mi amor por Lucinda es lo que me hace fuerte, lo que me mantiene con vida, y no voy a permitir que me la arrebateis. Lucharé hasta la muerte.

-Que así sea entonces;pero ya estás acabado.

-No, no lo estoy, pero tú lo estarás dentro de poco. No oyes a los iluminados acercarse. No tienes escapatoria. Si pierdes el tiempo luchando

conmigo jamás saldrás de aquí con vida. Puede que seas fuerte gracias a la luna de sangre; pero no lo eres lo suficiente para enfrentarte a varios iluminados a la vez tu solo. Tú decides, huir o luchar; por mi parte no te lo pondré nada fácil.

-No puedes evitar que huya, así como tampoco puedes evitar que me lleve a Lucinda.

-No voy a ir contigo a ninguna parte.-Oigo la voz de Lucinda a mis espaldas-Y no voy a permitir que le hagas daño a Gabriel; así que es mejor que escapes.

Segundos después Adrien desaparece entre la oscuridad, quedando únicamente yo y Lucinda.

-¿Cómo me has recordado?

-Creo que en el fondo nunca te había olvidado; pero tu medallón me ayudó a recordarte y a confiar en ti.

-No sabes cuánto te he extrañado Lucinda, y cuanto lamento todo esto. Te debo tantas explicaciones.

-Shh. No hables. Estás muy débil. Tenemos que llevarte a un hospital.

-Tranquila, no hace falta, los nuestros están ya aquí. Me pondré bien. Estaremos bien.

-Siempre-Le oigo susurrar, y poco después nuestros labios se juntan de nuevo después de varios días sin hacerlo.

Nos separamos cuando oímos mi nombre y vemos como poco a poco se va acercando un grupo de iluminados armados.

-Gabriel has roto la norma de no salir del cuartel y de no ver a Lucinda.

-Lo se Padre.

-Me alegro de que lo hayas hecho. De no haber roto la regla, Lucinda ahora estaría en manos de los oscuros. Es hora de regresar a nuestro hogar. Debemos reponer fuerzas, la batalla final se aproxima.

Todos juntos desaparecemos arrojados por la luz del sol que empieza a asomarse.

CAPÍTULO 20: LA LLAMADA HELADORA DE LA MUERTE.

-No eres tan fuerte como me han comentado. Esta lucha ya no tiene gracia, es una pérdida de tiempo.-Poco después observo, sin comprender aún, como el joven de cabello dorado es lanzado con una gran fuerza que hace que caiga sobre la arena a mi lado. Contemplo la herida en su hombro, y como la sangre poco a poco se va extendiendo sobre este. El joven agarra fuertemente un medallón y me lo entrega. Antes de volver a la batalla me susurra "un te quiero"

-No, no soy tan fuerte como creías. Lo soy todavía más. Mi amor por Lucinda es lo que me hace fuerte, lo que me mantiene con vida, y no voy a permitir que me la arrebatis. Lucharé hasta la muerte.

-Que así sea entonces; pero ya estás acabado.

-No, no lo estoy, pero tú lo estarás dentro de poco. No oyes a los iluminados acercarse. No tienes escapatoria. Si pierdes el tiempo luchando conmigo jamás saldrás de aquí con vida. Puede que seas fuerte gracias a la luna de sangre; pero no lo eres lo suficiente para enfrentarte a varios iluminados a la vez tu solo. Tú decides, huir o luchar; por mi parte no te lo pondré nada fácil.

-No puedes evitar que huya, así como tampoco puedes evitar que me lleve a Lucinda.

No lo entiendo, ya no comprendo nada. No sé en quién confiar de los dos. Uno me ha mentado, me ha ocultado su mayor secreto; y al otro no lo conozco, pero sin embargo siento como si formase parte de mi vida de antaño.

-Lucinda escucha a tu corazón. Trata de recordar, porque solo tus recuerdos te dirán la verdad. Tú tienes la respuesta oculta en tu interior.- Oigo decir al joven que desconozco

Cierro los ojos tratando de recordar, de averiguar en quién de los dos puedo confiar. Una gran oleada de imágenes inunda mi ser, dándome la respuesta. Camino lentamente en su dirección y le extiendo mi mano, la cual agarra con fuerza dejando recorrer por ella un gran torbellino de sentimientos hasta hace nada ocultos. Ocultos, tras un velo espeso en mi memoria.

-No voy a ir contigo a ninguna parte.-Respondo a Adrien-Y no voy a permitir que le hagas daño a Gabriel; así que es mejor que escapes.

Lo último que escucho es el ensordecedor grito de Adrien, y lo último que veo un fogonazo cegador.Segundos después desaparece entre la oscuridad, quedando únicamente yo y Gabriel.

-¿Cómo me has recordado?

-Creo que en el fondo nunca te había olvidado; pero tu medallón me ayudó a recordarte y a confiar en ti.

-No sabes cuánto te he extrañado Lucinda, y cuanto lamento todo esto. Te debo tantas explicaciones.

-Shh. No hables. Estás muy débil. Tenemos que llevarte a un hospital.

-Tranquila, no hace falta, los nuestros están ya aquí. Me pondré bien. Estaremos bien.

-Siempre-Respondo, y poco después nuestros labios se juntan de nuevo después de varios días sin hacerlo.

Nos separamos cuando oímos su nombre y veo como poco a poco se va acercando un grupo de personas.

-Gabriel has roto la norma de no salir del cuartel y de no ver a Lucinda.

-Lo se Padre.

-Me alegro de que lo hayas hecho. De no haber roto la regla, Lucinda ahora estaría en manos de los oscuros. Es hora de regresar a nuestro hogar. Debemos reponer fuerzas, la batalla final se aproxima.

Todos juntos desaparecemos arropados por la luz del sol que empieza a asomarse. Una luz que espero me de las respuestas a todas las preguntas que rondan en mi cabeza

Pasado un tiempo llegamos a una especie de cuartel, en donde observo a muchas más personas, todas armadas, como si esperasen una guerra. A Gabriel lo llevan a la enfermería, separándolo de mi lado a pesar de mis quejas por estar a su lado. En cambio a mi, al que llaman Padre me dirige a lo que debe ser su despacho.

-Por favor siéntate Lucinda, tenemos mucho de lo que hablar. Es hora de revelarte quiénes somos y de quién era Adrien; pues ocultártelo más tiempo no tiene ya sentido.

Me recuesto en un sillón, nerviosa por lo que voy a escuchar, por no poder estar al lado de Gabriel.

-Para empezar debo decirte que aquí con nosotros estás a salvo. Jamás senos ocurriría hacerte daño. Ahora mismo te encuentras en una de las

sedes de los Iluminados.

-No comprendo, ¿Qué es un Iluminado?

-Un Iluminado es un descendiente directo de los ángeles y un humano. Desde el mismo día en que aparecimos por primera vez en este planeta, nos clasificamos por categorías; siendo los de mayor rango los más antiguos y poderosos. La clasificación es sencilla y nos permite conocer: la fuerza, experiencia y poder de todos los miembros. En esta se distinguen: -Los padres y las madres. Hay uno en todas las capitales de los países en donde nos encontramos instalados. Somos los líderes. Nos reconocemos gracias a que el tatuaje en forma de sol que llevamos es de color rojo. -Los ancestros o sargentos. El grupo de Gabriel. Son después de los padres y las madres los más poderosos y antiguos. Su emblema es un sol de color azul. -Los adultos o generales. Son los encargados de entrenar a los jóvenes y los novatos bajo la supervisión de un ancestro. Su color es el verde. -Los jóvenes o cabos. Son de los miembros más recientes y menos experimentados. Su tatuaje es de color amarillo. -Los novatos o soldados. Los que apenas se han unido al círculo. Su tatuaje es blanco.

Nuestro deber es evitar que los Oscuros llenen este mundo de oscuridad, o realicen grandes cataclismos, catástrofes humanas, que signifiquen grandes pérdidas de los nuestros y humanas. Adrien era un Oscuro, más concretamente un descendiente de los ángeles caídos.

Dejo que las palabras vayan poco a poco asimilándose en mi interior, intentando retenerlas y hacerme a la idea de todo esto. A través del color del aura de Padre y gracias a sus pensamientos puedo ver que no me está mintiendo. Gabriel es un Iluminado, Adrien un Oscuro; pero yo no me encuentro en ninguno de esos grupos, entonces ¿Por qué era tan importante mi vida, hasta el punto de arriesgar las suyas? Decido hacerle la pregunta, que tanto tiempo llevo queriendo saber.

-Yo no soy una Iluminada ni tampoco una Oscura, porque de ser así me imagino que durante todos estos años habría estado en uno de esos grupos, entonces ¿Quién soy realmente, y por qué soy tan importante para vosotros?

-Bueno, como ya comenté con anterioridad ocultarte la verdad es inútil ya. Querida Lucinda siempre has sido especial y muy importante para ambos bandos. Tus poderes serían muy útiles en una guerra: saber lo que piensa el enemigo o como se siente es una enorme ventaja en un campo de batalla.

-Entonces ¿Sabe de mis poderes?

-Siempre lo hemos sabido Lucinda. Desde que naciste te estuvimos vigilando. En cuanto a quién eres...-Oímos la puerta abrirse con gran

fuerza. En el despacho entra un joven agitado, vestido de color blanco.

-Siento molestarte Padre, pero reclaman tu presencia en la enfermería.

-¿Qué ha ocurrido Jeremaias?

-Se trata del sargento Gabriel. Su estado ha empeorado. Hemos tratado con todos los remedios, pero su estado no hace más que empeorar.

Oír la palabra Gabriel, seguida de su estado es crítico, no hace más que llenarme de temor. Me levanto del sillón como un resorte, queriendo ir a verlo.

-Quédate aquí Lucinda.

-No, no me quedaré quieta. Gabriel y yo estuvimos separados durante un tiempo por culpa de Adrien, por lo que no voy a permitir que me separéis de él, no ahora que volvimos a reencontrarnos-Con esas palabras salgo del despacho y sigo a Jeremaias por varios pasillos.

Poco después llegamos a la enfermería, en la cual se encuentran varias personas de diferente rango atendiendo a Gabriel. Cuando ven a Padre entrar se separan, y es entonces cuando tengo una mejor visión de Gabriel. Se encuentra tendido sobre una camilla. Su piel está pálida y en ella se reflejan todas las venas con un color azul intenso.

-Hemos hecho todo lo que se nos ha ocurrido Padre, pero sigue en este estado. Cada vez su cuerpo está más frío, y temo que si sigue así lo perdamos.

Empiezo a sentir mis piernas temblar, siendo incapaces de sostenerme. Me derrumbo en el suelo de la enfermería, dejando que miles de lágrimas recorran mis mejillas y tiñan de rojo mis ojos.

-Esto es mi culpa. Gabriel está herido por mi culpa.-Repito una y otra vez, sin cesar.

-No debes culparte por ello Lucinda. Los únicos culpables son los Oscuros; pero ten por seguro que pagarán por ello. En cuanto a Gabriel, no dejaremos que muera. Encontraremos la cura, aunque tengamos que pasar días y noches sin descanso.-Dice Padre, sosteniendo sus manos en mis hombros.

-Quiero quedarme aquí con el-Respondo.

-Como desees. Haremos todo lo posible para salvarlo.

La sala de la enfermería de repente se queda vacía, a excepción de Gabriel y yo. Me siento en una silla justo al lado de la cama de Gabriel y agarro su mano fría como el mismísimo hielo. Una mano que antaño me transmitió el calor más puro del mundo. Al poco, entre llanto y llanto, me quedo dormida deseando que un milagro ocurra.

CAPÍTULO 21: EL DESPERTAR.

LUCINDA:

Han pasado ya 24 horas desde la noticia de que Gabriel ha empeorado. 24 horas en las cuales todo el mundo se ha involucrado para hallar una cura. Cada hora, minuto, segundo que pasa significa una proximidad a su muerte.

Lo perdí una vez, cuando Adrien me hizo olvidarlo y por aquel entonces su pérdida había sido insignificante; pero ahora que sabía de él de nuevo, lo mucho que lo amaba, perderlo sería perderme a mi misma. Si él moría yo moriría con él. Puede sonar exagerado, pero cuando amas tanto a una persona como para sentir que sois un solo ser, una sola alma, su pérdida acarrea tu muerte de manera lenta. En un inicio, tú cerebro seguirá enviando impulsos nerviosos a tu cuerpo para que resista, para que viva; pero una vez que descubras como no hacerles caso a esos impulsos, perecerás y te reunirás con el ser que amaste. Odio a Adrien por haberme hecho perder tantos momentos junto a Gabriel, y sobre todo lo odio por haberle hecho esto.

Durante todo este tiempo no me he separado del lado de Gabriel, por miedo a que si me alejo lo pierda. Quiero pasar todo el tiempo que nos pueda quedar a su lado, para poder recordar todo de él. Su color de cabello, su cicatriz en un costado, sus manos fuertes que tantas veces me habían infundido confianza; pero sobre todo quería recordar sus labios. Unos labios que me transportaron tantas veces a la felicidad. Repaso cada detalle con cuidado, guardándolos en mi memoria, sirviéndome para ello de todos mis sentidos: la vista para verlo; el tacto para apreciar cada detalle de su ser; el oído para escuchar su respiración pausada, tranquila; el olfato para aspirar su aroma, dulce, cálido con un toque a mar; y el gusto para saborear sus labios una vez más.

Justo cuando poso sus labios sobre los míos, el calor de los míos chocan contra el frío de los de Gabriel. Durante un breve instante, noto como los suyos se calientan levemente durante un período de tiempo efímero. Y es entonces cuándo creo haber encontrado una solución.

GABRIEL:

Lo único que soy capaz de sentir es un frío intenso recorriendo todo mi ser, un frío que sé que me está apagando lentamente, un frío que me

separará de ella para siempre. Todo a mi alrededor está oscuro, no hay ni un atisbo de luz. No hay absolutamente nada, solo somos yo y mi inminente muerte. Ya puedo sentirla, sentir como poco a poco esta, me está arrebatando mi vitalidad, mi esencia, mi alma. A pesar de mi lucha interna de mantenerme vivo, se que es en vano. Tarde o temprano acabaré uniéndome a la luz que ilumina cada día, que da esperanza a la gente; pero mi muerte también traerá la oscuridad, la guerra, dolor. Si muero, mis hermanos, los Iluminados iniciarán una batalla contra los oscuros antes de que estén siquiera preparados; y por la otra banda está Lucinda, la cual seguramente nunca se recuperará de mi pérdida. Yo nunca conseguí recuperarme hasta que ella regresó a este mundo, trayendo consigo un rayo de luz y esperanza.

En un momento determinado dentro de mi agonía siento un toque de calidez, que hace que por unos segundos el dolor desaparezca. Tiempo después, no puedo decir exactamente cuánto, el calor se intensifica. Miles y miles de llamas me recorren todo el cuerpo, quemándome por dentro, alejando el frío glacial que hasta ese momento me poseía. La sensación es la de como si dentro mío acabara de entrar un volcán en erupción, y toda la lava se estuviese extendiendo sin compasión alguno.

Después del frío vino el calor y del calor vino la calma. Supongo que este es mi final. Hasta aquí he llegado, sin tener la oportunidad de decirle a Lucinda toda la verdad. La verdad sobre nosotros. Ni siquiera puedo despedirme de ella.

LUNCINDA:

Recorro todos los pasillos que me llevan hasta el despacho de Padre de manera veloz, pues cada segundo que pasa es vital. Abro la puerta sin siquiera llamar a esta, pues no quiero perder el tiempo. Lo encuentro enfrente de la ventana, mirando hacia al horizonte, hacia el paisaje que se extiende ante su vista.

-El mar está más agitado de lo normal para esta zona, parece sentir nuestra ira al hecho de que no damos encontrado una cura.-Me dice girándose para quedar cara a cara.

-Creo que tengo una solución; pero temo que sea una locura. En realidad es una locura como un mundo; pero el tiempo es escaso y mientras más tardemos en buscar otra solución Gabriel morirá. No puedo perderlo Padre.

-Habla. ¿Cuál es esa locura?

-Herirlo con su espada justo donde Adrien causó la herida. Por lo que pude apreciar en su lucha vi que eran como armas mágicas. La espada de Adrien desprendía un frío intenso, mientras que la de Gabriel desprendía

calor. Ambos son compuestos opuestos que se repelen, y eso me ha llevado a pensar que la mejor solución de combatir el frío es el calor. No obstante en este caso el frío que tiene a Gabriel retenido no es debido a causas naturales por lo que para erradicarlo debemos emplear la misma fuente que lo creó, la magia. Debemos utilizar su espada.-Digo de carrerilla. Al terminar no vislumbro asombro en Padre, ni siquiera un atisbo de que cree que me haya vuelto loca en cierto sentido.

-Lo que expones tiene sentido Lucinda. Haré que traigan su arma. Haremos tu propuesta cuanto antes y espero de corazón que todo salga bien.

Salgo del despacho con destino a la enfermería de nuevo, en donde me reúno con Gabriel, quién sigue igual.

-Pronto volveremos a estar los dos juntos y recobramos todo el tiempo que hemos perdido. Solo tienes que aguantar un poco más. Todos estamos contigo Gabriel.

Instantes después junto con Padre observo como le clavan la espada a Gabriel en la misma herida que le causó Adrien, al tiempo que rezo interiormente por el hecho de que no me equivocara. Minutos después, el hielo que se había empezado a formar alrededor de su herida empieza a derretirse, dándonos a todos un pequeño atisbo de esperanza. Poco a poco su temperatura empieza a elevarse alcanzando la considerada normal. En mi interior me repito una y otra vez que abra los ojos, que los muestre al mundo una vez más.

El hermoso azul celeste de sus ojos es lo que veo de nuevo después de varias horas que parecieron siglos. Lo veo con lágrimas bañando mis ojos.

-Lucinda-Oigo salir de sus labios con una voz rasgada.

-Hola-Consigo decir-No vuelvas a hacerme algo así, porque te juro que de ser así seré yo misma la que te mate.

-Lo siento mi hermoso lirio azul-Me responde acariciándome la mejilla con la palma de su mano.

-Creo que los demás se van a alegrar mucho. Voy a avisarlos, vuelvo enseguida.

-Pueden esperar un rato más. Ahora quiero estar un tiempo contigo a solas-Al final me acabo recostando a su lado, apoyando mi mano sobre su pecho, sintiendo las pulsaciones de su corazón y su pecho subir y bajar con cada respiración- Te he echado mucho de menos todo este tiempo.-

Me dice mirándome a los ojos.

-Te creo, porque yo en estos casi dos últimos días me he sentido completamente perdida sin ti. Sentía como si una parte de mi faltase-
Respondo-Y esa parte eres tú.

Nuestros labios se juntan en perfecta armonía. Encajan como si estuviesen hechos el uno para el otro. Ahora son calor con calor. El calor del amor.

CAPÍTULO 22: RUMBO A ESPAÑA

Había pasado exactamente un día desde la recuperación de Gabriel. Padre había decidido darle unos días de descanso para asegurarse de que su recuperación era completa. Eso nos permitiría pasar tiempo juntos, recuperar el perdido; además de esta forma podría descubrir toda la verdad. Le preguntaría por su medallón, por el hecho de porque aparecía mi madre en él, si llegó a conocerlos y si yo era la culpable de su muerte a causa de mis poderes. Tenía tantas preguntas por hacer en mi cabeza, rondando durante tantos años, que pensar que podrían obtener una respuesta me llenaba de alivio.

Nos encontramos tumbados en su habitación, ambos abrazados con fuerza sobre la cama, temerosos de que esto solo sea una simple ilusión. Me encuentro girando con los dedos de mi mano su medallón que cuelga sobre su cuello.

-¿En que estás pensando?-me pregunta acariciando el cabello con suma delicadeza.

-En demasiadas cosas; pero ahora solo quiero disfrutar de este momento a tu lado. Deseo escuchar tus latidos, sentir tu respiración y tu mano en mi pelo, y que todo eso en conjunto hagan fluir una corriente agradable por mi cuerpo.

Se gira para ponerse de costado y quedar frente a frente. Sus ojos azules tan hermosos y llenos de vida impactan contra los míos.

-A partir de hoy estaremos siempre juntos. No me voy a separar de ti de nuevo, aunque eso signifique quebrantar alguna regla.

Acto seguido nuestros labios se funden en un beso, que poco a poco se va profundizando. Nuestras manos buscan sentir el cuerpo del otro en una lucha desesperada. Gabriel introduce sus manos en el interior de mi camiseta, y con estas empieza a acariciarme la espalda lentamente, haciendo que la piel se me erice con su simple contacto. Yo por mi parte consigo quitarle su camiseta, dejando a la vista su cicatriz en el costado. Me dirijo a esta y la acaricio con cuidado para luego depositar un beso en

esta y dirigir mis labios a su boca a continuación. Acabo a horcajadas encima de él, sintiéndome segura conmigo misma, porque eso es lo que consigue Gabriel. Mi camiseta acaba desapareciendo unos segundos después junto con mi sujetador.

-Eres el ser de luz más maravilloso que ha existido mi precioso Lirio azul-me dice Gabriel juntando nuestros labios de nuevo.

Nuestros cuerpos semi-desnudos se unen, transmitiendo el calor de uno al otro. Nunca me había sentido así antes en toda mi vida. Gabriel me volvía completamente loca con cada gesto, palabra, acaricia, por lo que dentro de mi ser sabía que él era el único al que amaba, el único al que me llegaría a entregar.

-¿Estás segura de esto?No tenemos que hacer nada si no estás preparada. Por ti puedo esperar lo que sea.

-Estoy completamente segura-respondo-Nunca en mi vida había estado tan segura de algo; pero...

-Está bien, lo sé y no quiero que te preocupes por ello. Voy a hacer que esta primera vez juntos sea mágica para los dos, voy a intentar que sufras lo menos posible. Iré con cuidado porque lo que menos deseo en este mundo es hacerte daño.

Observo como abre uno de los cajones y saca de él un envoltorio plateado que coloca sobre la mesilla. Es definitivo. Voy a entregarme a Gabriel porque lo amo. Segundos después hemos conseguido sacarnos nuestros pantalones, y el juego del deseo y la pasión vuelve a iniciarse. Nuestras piernas están entrelazadas y nuestras manos explorando nuestros cuerpos, cada rincón con el objeto de encontrar el puro placer. En la habitación, el único ruido que se escucha es el de nuestras respiraciones agitadas junto con nuestros jadeos de placer.

Sentimos llamar a la puerta seguido de nuestros nombres.

-Gabriel, Lucinda sentimos molestaros, pero Padre os reclama para una reunión urgente en la sala de reuniones.

-Iremos en un momento. Gracias por avisar-Comenta Gabriel.

Nuestro momento acaba de romperse. Nos observamos el uno al otro. Nuestros labios están hinchado y nuestro cabello totalmente desordenado, como si recién hubiésemos salido de un huracán.

-Creo que vamos a tener que dejarlo para otro momento-Me dice Gabriel

basándome la frente y empezando a vestirse.-Parece algo importante.

Agarro mi ropa y empiezo a vestirme, aun sintiendo en mi interior el placer vibrar con fuerza. Me dirijo al cuarto de baño en donde me peino, intentando desenmarañar el cabello que termina atado en una coleta alta.

-Me gusta como te queda-Me comenta Gabriel mirándome a través del espejo.

- Siempre me ha gustado más suelto pero después de lo que acabamos de hacer...-siento mis mejillas empezar a calentarse como fruto de un rubor incipiente- estaba hecho un lío.

-Te veías hermosa igual. Siempre te ves hermosa, incluso ahora con las mejillas sonrojadas.-Comenta abrazándome desde atrás y besándome en el cuello-¿Estás lista?

-Si-respondo.

Ambos salimos de la habitación juntos y recorremos el laberinto de pasillos que es el cuartel. Llegamos frente a una puerta enorme de metal a la cual se accede a través de un escaneamiento ocular. Entramos en ella tan pronto nos reconoce. La sala es gigantesca, con una gran mesa circular. Las paredes están adornadas con varios cuadros de ángeles, y en una de estas hay un enorme mapa del mundo sobre el cual hay pequeños o grandes puntos blancos y negros.

-Bienvenidos. Podéis sentaros.-Nos dijo padre que ya se encontraba sentado junto a otros miembros que reconocí, por el hecho de que habían resultado ser grandes amigos de Gabriel por pertenecer a su mismo rango.-Siento haberos llamado así; pero dado lo acontecido he tomado una decisión. Los Oscuros ya saben de ti Lucinda, y saben que te tenemos retenida en este cuartel, por lo que es cuestión de tiempo que aparezcan. Eres más valiosa de lo que te puedes llegar a imaginar por lo que no podemos permitir que los Oscuros se apoderen de ti como ya casi hicieron. Como podéis observar en el mapa muchos Oscuros se están dirigiendo en este mismo momento hacia aquí, por tanto tenemos que desplazarte para protegerte. Tu y Gabriel viajaréis hoy mismo a España a la sede de Barcelona, en donde os ocultaréis en la Sagrada Familia. Partís dentro de dos horas en un, por lo que os recomiendo que os llevéis todo lo necesario. Con esto solo me queda desearos la mejor suerte del mundo.- Con esas palabras Padre levantó la sesión y todos salieron de la sala.

-Venga. Tenemos que prepararlo todo en poco tiempo-Me dice Gabriel-El tiempo apremia y tu seguridad es lo más importante.

Empaquetamos toda la ropa en dos maletas. Observo como en un bolso de mano Gabriel guarda su arma junto con sus protectores en caso de

una posible batalla. Es en ese instante cuando me percató de que una guerra acaba de comenzar, así como que voy a dejar atrás mi anterior vida al alejarme de mi país natal.

Agarrados de la mano nos subimos en un pequeño avión, que nos llevará a Barcelona.

-Todo saldrá bien lirio azul. No voy a perderte de nuevo-Me dice Gabriel tan pronto el avión empieza a elevarse quedando Capri a lo lejos. Su mano sujeta la mía con fuerza, firmeza; pero al mismo tiempo con calidez y dulzura.

A pesar de que trata de ocultarlo con todas sus fuerzas, sé que está preocupado, nervioso. Lo veo en el color de su aura, en su ceño fruncido y en sus ojos que lo observan todo. Quiero tranquilizarlo y la única solución que encuentro es besarlo. Agarro su rostro con mis manos acercándolo al mío, y a continuación deposito mis labios sobre los suyos.

-Siempre que permanezcamos unidos como ahora sé que todo saldrá bien, porque el amor es la fuerza más poderosa y eso nadie podrá romperlo.-Le digo.

-Te amo con locura mi lirio azul. Eres mi todo.

-Y yo te amo a ti Gabriel. Eres la luz de mi oscuridad. Tú y solo tu me has demostrado lo que significa amar.

Acabo dormida en su hombro, a raíz de sus caricias en mi pelo y su voz pausada al leerme la obra de Romeo y Julieta. Cuando despierto el mar de Barcelona ya se llega a vislumbrar gracias a la luz que la luna llena desprende sobre este, y algo más a lo lejos está la ciudad iluminada.

-Bienvenidos a España-Nos dice el piloto.

Capítulo 23: Infiltrado

Nos vemos sumergidos los tres en el mar: yo, Gabriel y el piloto. Ambos llevamos puestos nuestros chalecos salvavidas, siendo simplemente desde las alturas unos simples puntos naranjas que no se pueden ver gracias al intenso humo que lo que había sido nuestro transporte desprende.

Noto el agua helada por todo mi cuerpo, produciéndome escalofríos. Si no fuese por la rápida actuación de Gabriel no estaríamos vivos.

36 minutos antes:

-Bienvenidos a España-Nos dice el piloto.

Gabriel y yo nos miramos intercambiando una sonrisa. El mar Mediterráneo se extiende bajo nuestros pies y delante de nosotros ya podemos contemplar las luces de Barcelona. Todo ha salido a la perfección, los Oscuros no se han enterado de nuestra escapada, por lo que estamos a salvo de momento.

Sentimos un fuerte golpe sobre uno de los motores del avión, que empieza a desprender humo.

-Acabamos de perder un motor-Oímos gritar al piloto-No es normal. El avión fue perfectamente revisado antes del despegue.

Los nervios empiezan a florecer en mi interior, cuando vislumbro en Gabriel una sombra de preocupación en su rostro. Este me abraza con fuerza y me besa en la frente.

-Tranquila, todo saldrá bien-me dice mirándome a los ojos y poniéndome un chaleco salvavidas. Vamos a ponernos esto por si acaso; pero un avión puede funcionar sin un motor-Asiento en su dirección, y me abrocho el chaleco.

Observo como Gabriel hace lo mismo y se dirige a la cabina del piloto. Pasan algunos minutos hasta que regresa después de un segundo estallido, junto con el piloto

-Me temo que vamos a tener que dejar el avión. Los dos motores se han visto afectados-Dice el piloto, colocándose el chaleco-Estamos cayendo en picado. Esto solo puede ser obra de los Oscuros. ¿Pero cómo lo han adivinado?

- Me temo que hay un infiltrado entre nosotros, de ser así ya no podemos fiarnos de nadie. Me dijiste que no fuiste capaz de contactar con los iluminados de Barcelona para informarles de nuestra cercana llegada.

-Así es. Lo traté varias veces; pero nadie respondió.

A cada instante que pasa, me pongo más y más nerviosa. Gabriel parece percibirlo porque me abraza con fuerza.

-Vamos a estar bien. No voy a perderte de nuevo-A continuación me besa de manera rápida, fugaz.

Gabriel, a continuación, nos agarra a mi y al copiloto con fuerza y lo siguiente que siento es el agua helada.Los tres observamos como el avión acaba en el mar. Si no fuese por la rápida actuación de Gabriel los tres

estaríamos muertos

-¿Estáis los dos bien?-Pregunta el piloto-Ambos asentimos.

-¿Qué has hecho Gabriel? ¿Cómo es posible que estemos aquí en medio del mar?

-Nos hemos teletransportado. Es una de mis cualidades. Lamentablemente solo puedo hacerlo hacia algo que veo con claridad.

-Nos has salvado la vida, pero ahora la pregunta es ¿Hacia donde vamos? Si de verdad hay infiltrados entre los Iluminados, sabrán de nuestra llegada a Barcelona y nos estarán esperando-Comentó el piloto.

-Nuestra única solución ahora es ir hasta allí y averiguarlo. Podemos hacer que no nos reconozcan-comento, al tiempo que ambos me miran-Disfracémonos y descubramos la verdad.

-Es demasiado arriesgado ir los tres a averiguarlo. Si hay un infiltrado sabrán que éramos tres personas las que salimos de Capri, por lo que levantaríamos sospechas. Es mejor que solo vaya uno. Dejadme a mi, es a vosotros a quiénes realmente quieren.

Veo a Gabriel dudar ante la oferta del piloto. Lo conozco demasiado bien para saber que arriesgaría su vida antes que ver a algunos de los suyos en peligro.

-Permíteme que lo haga. Nadie me reconocerá. Sé infiltrarme perfectamente. Uno de mis poderes es cambiar de aspecto, lo cual me facilitará integrarme en la catedral y averiguar lo sucedido.

-Está bien, eso haremos; pero si por un solo segundo ves que te encuentras en peligro huye y encuéntranos-Ambos se dan la mano-Ahora lleguemos hasta la ciudad y encontremos un refugio donde resguardarnos. La ventaja que tenemos y que podemos aprovechar es que creen que estamos muertos.

Los tres empezamos a nadar, acortando la distancia que nos separa de la ciudad de Barcelona. Cuando llegamos a la orilla, Gabriel impone sobre nosotros un campo de invisibilidad para no levantar sospechas entre los jóvenes que se encuentran en la playa. Los tres vamos recorriendo varias calles hasta dar con un pequeño hostel en el cual nos decidimos alojar.

Elegimos dos habitaciones distintas: una para mi y Gabriel y otra para el piloto. Una vez en la nuestra, Gabriel me abraza y besa con fuerza. Nunca antes me había besado así, con miedo y desesperación.

-No se que haría si te perdiese de nuevo.-Me dice todavía abrazándome.

Nuestras ropas todavía siguen mojadas por lo que puedo sentir y percibir a la perfección los músculos de Gabriel bajo su camisa. Soy incapaz de concentrarme en ese mismo instante, y mas sabiendo que si yo soy capaz de percibir sus músculos el también puede percibir mis pechos tras la camisa que se pega sobre mi piel. Me siento avergonzada, pero al mismo tiempo con ganas de sentir sus labios sobre los míos con fuerza.

-Es mejor que te vayas a duchar y te cambies. Estás todavía mojada y helada-Me dice separándose de mí-Yo mientras voy a hablar con nuestro piloto para organizar todo. Te veo luego- Me dice basándome la frente y dejándome sola en la habitación.

Una vez que se va, me adentro en el baño y abro el agua caliente de la bañera. Una vez llena, me sumerjo en ella y dejo que el calor del agua despierte cada una de mis terminaciones nerviosas. Durante un buen rato le doy vueltas a lo sucedido en tan poco tiempo. ¿Cómo era posible pasar de estar segura a estar escondida en tan poco tiempo?

Salgo de la bañera y me envuelvo en una toalla. Agarro el pequeño secador que se encuentra anclado en la pared y empiezo a secarme el pelo. Unos minutos después siento la puerta abrirse y veo a través del espejo que se trata de Gabriel. Se coloca detrás de mí, y me abraza por detrás. Me aparta el cabello hacia un lado, dejando una parte del cuello visible en donde deposita un beso. Me giro para mirarlo directamente a los ojos y besar sus labios. Nos fundimos en un beso cargado de pasión, en un beso de otro tipo diferente a los dados hasta el momento. Con ambas manos me levanta del suelo sin esfuerzo, y yo con la ayuda de mis manos enrolladas en su cuello y mis piernas en su cintura mantengo el equilibrio.

Un juego de besos y caricias como el de hace tan solo unas horas atrás empieza a producirse. Ambos terminamos tendidos en la cama, mirándonos fijamente con pasión, sabiendo lo que va a suceder a continuación. Observo en el rostro de Gabriel la pregunta, a la cual asiento. Empieza a despojarse lentamente de su ropa hasta que ambos nos encontramos cuerpo con cuerpo. Me tapo el rostro avergonzada.

-No hagas eso por favor-Me dice quitando las manos de mi rostro-Eres perfecta. Eres la mismísima luz-A continuación nos besamos y poco después agarra un papelito plateado de su mochila dándome una última visualización, aguardando mi respuesta.

-Estoy lista. Quiero que tú seas el primero y el último, porque no existe nadie más a quién ame tanto como a ti.

-Prometo que intentaré que sea leve mi precioso lirio azul-me comenta acariciándome el rostro. Poco después siento la presión, que causa que unas pequeñas lágrimas salgan de mis ojos. Gabriel me mira con preocupación, pero yo asiento en su dirección.

-Estoy bien-respondo-Nunca antes me había sentido tan bien.-El dolor, poco a poco se va sustituyendo por el placer de ver nuestros cuerpos unidos. Nuestras respiraciones agitadas y aceleradas es lo único que se escucha en la habitación.

Terminamos abrazados sobre la cama, cubiertos únicamente por la sabana.

-Te quiero mi pequeño lirio azul. Nadie podrá arrebatarte de mi vida de nuevo-Es lo último que escucho antes de quedarme dormida en sus brazos.

Capítulo 24: Rescate.

Me despierto con los brazos de Gabriel a mi alrededor. Los acontecimientos del día anterior me llegan a mi memoria. Me doy la vuelta para quedar frente a Gabriel, que todavía sigue dormido. Le acaricio suavemente el pelo, con cuidado, temiendo despertarlo, y pensando en lo afortunada que soy por tenerlo.

Observo en el reloj que se encuentra en la mesita de noche, que todavía son las 6:30 de la mañana. El cielo todavía está oscuro y en las calles brillan las luces de Navidad. Me levanto de la cama con cuidado y agarro mi ropa que se encuentra desperdigada por el suelo de la habitación. Con esta, me dirijo al cuarto de baño en donde abro el agua caliente de la ducha para darme un baño rápido. Al terminar salgo de esta y me visto. Regreso a la habitación de nuevo, en donde Gabriel sigue dormido, y me acuesto de nuevo a su lado, pasando mi brazo por su cintura.

Instantes después de que el sueño me empieza a invadir de nuevo unos fuertes pensamientos llegan a mi cabeza. Pensamientos que hacen que despierte a Gabriel de forma apresurada y nerviosa.

-¿Lucinda, qué ocurre?-me pregunta asustado al ver mi estado.

-Están aquí. Los oscuros están aquí Gabriel-observo como Gabriel se levanta de la cama y se viste rápidamente, agarrando su arma-Tenemos que avisar a Richard. Ellos no saben que estamos aquí, creen que estamos muertos.

-¿Estás segura de eso?-me pregunta mirándome fijamente y posando sus

manos en mis hombros. Asiento segura de mi misma su dirección.

-Los pensamientos al contrario que las palabras no se pueden modificar. Debemos darnos prisa y salir de aquí.

-Está bien. Agarra todas tus pertenencias. Nos vemos obligados a irnos.

Ambos empezamos a guardar todo de manera apresurada y al terminar salimos de la habitación rumbo a la de Richard, nuestro piloto. Por suerte están pegadas la una de la otra. Gabriel llama a la puerta y poco después sale Richard que nos mira con cara de extrañeza.

-¿Suced algo?-nos pregunta.

-Los oscuros están aquí. Lucinda ha oído sus pensamientos. Tenemos que irnos, y aprovechar que no saben que estamos aquí. Recoge todas tus cosas.

Los tres nos adentramos en su habitación y empezamos a recoger todo, no dejando muestra alguna de nuestra estancia en el hotel. Una vez preparados los tres, Gabriel nos hace invisibles y con esto salimos del hotel sin ser vistos. Caminamos por diferentes calles hasta llegar al parque de la Ciudadella, el cual se encuentra bastante concurrido. Decidimos adentrarnos en la iglesia de este, en donde nos sentamos en unos de los bancos. Para nuestra suerte, esta no es muy conocida y por lo tanto estaba vacía.

-Supongo que nuestro plan tiene que esperar-dice Richard.

-No podemos esperar. Los iluminados están retenidos en la Sagrada Familia y esta noche serán convertidos a la oscuridad y los que se opongan serán asesinados-comento, recordando todavía aquellos pensamientos.

-No puedo creer que esto esté sucediendo. Que uno de nosotros sea un traidor-dice Gabriel-Supongo que tenemos que actuar rápido y seguir con el plan.

-Estoy dispuesto a dar mi vida-dice Richard.

-Lo se. Has demostrado ser fiel, pero mandarte solo...No quiero perder a nadie más.

-Eso no sucederá. Iremos los tres. Gabriel puedes volvernos invisibles y tú Richard puedes cambiar de forma, mientras que yo puedo leer sus mentes. Todo eso son puntos a nuestro favor, por lo que aprovechemos ese hecho. Además creen que estamos muertos. Vayamos los tres eso nos

dará más posibilidades.

-Eso es muy arriesgado Lucinda. Los oscuros son seres poderosos que no dudarán en atacarnos si nos descubren-me dice Richard.

-Lo sé, pero no puedo permitir que los vuestros sufran. Vosotros arriesgasteis mi vida por mi y ahora me toca a mi. Esta también es mi guerra de alguna manera-noto la mano de Gabriel sobre la mía, agarrándola fuertemente.

-No me agrada la idea de que vengas con nosotros; pero tienes razón-dice Gabriel-Iremos los tres.

Contemplo como Gabriel saca de su bolsa unos trajes con el logan azul de los iluminados. Uno me lo entrega a mi.

-Tenemos que prepararnos-nos indica.

Los tres nos separamos para ponernos el mono y una vez que termino me vuelvo a encontrar con ellos. Contemplo como Gabriel lleva consigo su espada y Richard un látigo de metal que se enrolla sobre su muñeca.

-Esto es para ti-me dice Gabriel tendiendome un arco de color azul y unas flechas doradas con plumas azules a juego con el arco.

-No creo saber utilizarlo-digo agarrándolo.

-Lo sabrás hacer-me responde.

Al final los tres salimos de la iglesia y nos ponemos rumbo a la Sagrada Familia, la famosa Catedral de Barcelona. Caminamos en silencio, bajo el escudo de invisibilidad de Gabriel, intentando esquivar a las personas. Todo el mundo está feliz dado a la Navidad. Lo leo en sus pensamientos. Si ellos supiesen de la proximidad de una guerra no estarían así. Me gustaría ser uno de ellos, pero eso implicaría no haber conocido nunca a Gabriel; y el ahora es mi todo, mi mundo.

Minutos más tarde estamos frente a la catedral. Se ve majestuosa, incluso estando en reformas. Ojalá pudiese explorarla y contemplarla. Los tres nos miramos sabiendo lo que viene a continuación.

-Ya sabéis el plan. Richard te harás pasar por un Oscuro y buscarás a los nuestros, mientras que yo y Lucinda trataremos de averiguar que es lo que planean. Ten cuidado, has demostrado ser un gran Iluminado-le dice Gabriel a Richard tendiéndole la mano

-Lo tendré-responde el.

Una vez que ambos se separan me acerco a Richard y lo abrazo con fuerza.

-Ten mucho cuidado por favor. No me gustaría perderte, has demostrado ser un gran compañero. Me has demostrado más bondad tú solo en un día que muchos en varios años. Nunca podré agradecerte todo eso.

-No tienes que agradecer nada. Cuidate tú también-dice al tiempo que empieza a transformarse.

Es increíble como Richard ha cambiado. Parece totalmente un oscuro, incluso lleva su tatuaje. Finalmente nos adentramos en el interior de la catedral, en donde nos adentramos en un pasadizo secreto gracias al medallón de Gabriel. Una vez en el nos separamos de Richard y cogemos el pasadizo de nuestra derecha.

Caminamos en absoluto silencio, con miedo a ser descubiertos, adentrándonos en las profundidades de los pasadizos. La única iluminación son unas antorchas en las paredes, lo cual nos permite ver el camino.

-¿Consigues oír algo?-me pregunta Gabriel al cabo de un tiempo.

-Sí, pero no de manera muy clara. Necesito acercarme más para percibir los pensamientos mejor-respondo.

Caminamos un rato más, hasta quedar a unos 50 metros de una puerta de metal.

-Detente. Ahora puedo percibir mejor los pensamientos.

-Puedes entenderlos.

-Hay demasiadas personas y muchos pensamientos, pero trataré de concentrarme en uno sólo.

Trato de concentrarme en un solo pensamiento, algo que nunca había hecho con anterioridad. Noto una fuerte jaqueca latir en mi cabeza, lo que hace que me apoye en la pared.

-Lucinda-me dice Gabriel preocupado-Detente, es demasiado.

-No, puedo hacerlo. Sé que puedo-me digo más a mi misma.

Me vuelvo a concentrar en los pensamientos, tratando de centrarme solo

en uno. En ese instante mismo descubro un nuevo poder.

Me encuentro en una sala, rodeada de varios oscuros que tienen sobre una mesa un enorme mapa en la que aparecen las sedes de los Iluminados. Este hecho me permite averiguar su plan. Me concentro de nuevo para regresar al lado de Gabriel, quién me mira con enorme preocupación.

-Gabriel ya se lo que planean.

-Dios, estás bien. Creí que te había perdido-me dice acariciándome la cara.

-Estoy bien. No tienes porque preocuparte, pero lo que te voy a contar ahora su que es preocupante. Los oscuros planean atacar la sede de Ginebra, dado que Madre no se encuentra en ella porque ha viajado a Roma tras recibir la noticia de que hemos muerto, y eso todo lo saben porque el Padre de esta sede se los ha contado. Tenemos que advertirles Gabriel. Debemos evitar que se repita esto de nuevo.

-Lo haremos, pero ahora es mejor que busquemos a Richard y a los demás.

Como si la catedral leyese nuestros pensamientos oímos una alarma resonar por todo el pasadizo. Instantes después, varios oscuros salen de la sala.

-Alguien está tratando de liberar a los Iluminados. Veamos quién es tan iluso para tratar algo así-dice uno de ellos, que pasa justo a nuestro lado.

Decidimos seguirlos, y al cabo de unos minutos llegamos a una sala en donde hay varias mazmorras. Dentro de ellas están los Iluminados y al lado de una de estas se encuentra Richard luchando contra unos Oscuros. De repente siento un calor intenso a mi lado. Gabriel ha sacado su espada, dispuesto a luchar. Lo detengo antes de que se una a la batalla.

-Espera, ellos no saben que estamos aquí-le digo bajándole la mano en la cual sostiene su arma-Aprovechemos esa ventaja-digo agarrando mi arco y flechas, el cual me resulta muy familiar.

Coloco una flecha en el arco, la cual tenso con cuidado, apuntando al cierre de una de las mazmorras. Gabriel percibe mi intención y me anima colocando una de sus manos en mi hombro. Lanzo la flecha que atraviesa velozmente la distancia que me separa de la mazmorra a la que apunto. Le da justo en el cierre, lo cual permite que los Iluminados de esa mazmorra lo liberen. Aprovechando el caos y la confusión del momento, Richard consigue abrir otra de las mazmorras. Ahora somos más. Los

Oscuros están en desventaja.

-Es mejor que os rindáis-dice Richard-Habéis perdido esta batalla.

-Un Oscuro nunca se rinde-dice una voz a mis espaldas que me resulta muy reconocible-Sin embargo un Iluminado si, ¿No es cierto Padre de la sede de Barcelona?-dice el joven Oscuro que hace su aparición junto a Padre.

Lo veo portar su espada, que desprende un frío glacial. Volverlo a ver después de lo sucedido me llena de una enorme ira. Vuelvo a colocar una flecha en mi arco, la cual tenso apuntando en su dirección. Gabriel asiente en mi dirección y la lanzo. Consigo darle a Adrien en el hombro derecho el cual hace que se lleve la mano izquierda a este. Se gira en nuestra dirección, sin vernos, sin percatarse de que lo estoy volviendo a apuntar.

-Vaya, vaya. Veo que todavía sigues viva Lucinda, y me imagino que tu fiel amado Gabriel lo estará-dice Padre, haciendo que todos en la sala se asombren ante sus palabras.

-¿De que hablas Padre?-pregunta Adrien-Ambos murieron en el mar Mediterráneo la otra noche.

-No, no murieron. Consiguieron salvarse. Los subestimamos. Reconocería estas flechas siempre que las viese. Son de la Iluminada Lucinda, una de las Iluminadas más poderosas.

Siento como mi cuerpo empieza a pesar, ante sus palabras. Ha dicho que soy una Iluminada. Ha averiguado que estamos vivos por mi culpa..

-Creo que es hora de irnos Adrien, a no ser que quieras que caigan más Oscuros-dice Padre, creando una especie de portal-Esta vez los Oscuros deben rendirse, además estás herido y no puedes luchar en condiciones. Habéis ganado esta batalla, pero no la guerra-dice mirando justo en nuestra dirección-Espero que esta vez la protejas mucho mejor Gabriel-Con esas palabras todos desaparecen tras el portal.

Gabriel rompe el campo de invisibilidad, dejándonos a la vista de todos. Estos se muestran asombrados ante nuestra presencia.

-Escuchad, no podemos perder el tiempo. Lucinda ha averiguado que traman atacar la sede de Ginebra aprovechando que su Madre ha viajado a Roma creyendo que habíamos muerto. Debemos alertarlos-dice Gabriel.

Segundos después todos empiezan a dispersarse y a organizarse. Me acerco a Gabriel con sigilo.

-¿Porque Padre ha dicho que soy una Iluminada cuando no lo soy?-veo como Gabriel se tensa a mi lado.

-Creo que es hora de contarte toda la verdad mi lirio azul-responde.

Capítulo 25: El ser que habita en mi.

Me encuentro con Gabriel en una habitación iluminada por una lámpara antigua, de la sede de Barcelona. Estoy sentada en la cama de esta esperando que Gabriel me cuente toda la verdad. Lo veo caminar nervioso de un lado a otro, hecho que me inquieta, dado que nunca lo había visto así; ni siquiera cuando casi morimos en el avión o durante la batalla de tan solo hace 30 minutos.

-¿Estás segura de que quieres saberlo todo acerca de ti?

-Llevo 17 años de mi vida esperando saber quién soy Gabriel, porque soy así-le respondo.

Gabriel se acerca a mi lado y me agarra una mano al tiempo que con la que le queda libre me aparta un mechón de mi cara.

-Quiero que sepas que lo que te voy a contar ahora te lo hemos ocultado para protegerte de los oscuro; pero si al terminar la historia decides alejarte de mí lo entenderé-esto último me preocupa, pues en mi opinión no habría nada que me hiciera separarme de Gabriel-Todo comenzó hace mucho tiempo, siglos atrás, poco después de que el mundo que conocemos se creara y de que la luz y la oscuridad apareciesen en este mundo. Ante este hecho los Iluminados y los Oscuros fuimos apareciendo, para mantener un equilibrio entre la luz y la oscuridad. Yo pertenezco a la segunda generación de los Iluminados, al igual que la joven de mi medallón. Ambos conectamos rápidamente, nos enamoramos. Era un amor eterno, que duró varios y varios siglos hasta que un oscuro me la arrebató en la última gran batalla. Creí perderla para siempre; pero un fue así tal y como descubrí pocos días después. Su alma, su espíritu volvió a renacer en el cuerpo de una niña, una niña que creció en medio de la soledad y la tristeza a pesar de ser el ser más puro de todos. Hace poco me volví a reencontrar con esa niña, ahora ya una mujer y todo en ella me recordó a mi único gran amor. Esa niña eres tu Lucinda, y las personas que se encuentran en tú medallón somos nosotros. Durante todos estos años te he estado observando, vigilando, porque perderte una vez más sería insoportable. Eso explica tus poderes, eso explica porque eres tan especial. Eres una Iluminada y de las más poderosas.

Me quedo en silencio, intentando asimilar todo lo narrado por Gabriel. Antaño tuvimos una historia juntos, una historia de amor que no puedo recordar y eso me entristece enormemente. Además resulta que soy una Iluminada, y eso explica el porqué de mis poderes y porque los Oscuros

me desean tanto.

-¿Lucinda, estás bien? Di algo por favor.

-Ahora todo tiene más sentido-respondo, sentándome sobre la cama- Ahora comprendo el porqué de mis poderes, porque los Oscuros me quieren tanto y sobre todo entiendo porque estoy tan perdidamente enamorada de ti. Tenemos una larga vida juntos y eso explica porque me enamoré tan rápidamente de ti. En mi interior, una parte de mí jamás te había olvidado.

Noto como Gabriel se sienta a mi lado, y como una de sus manos agarra la mía.

-Siento haberte ocultado todo Lucinda.

-Lo sé. Sé que lo sientes, y entiendo que fue por mi bien; pero a partir de ahora quiero saberlo absolutamente todo. Ahora esta también vuelve a ser mi guerra por lo visto, y no voy a permitir que los Oscuros ganen o nos separen de nuevo-a continuación siento los cálidos labios de Gabriel sobre los míos. Es un beso dulce, cargado de sentimientos de amor puro.

-Yo tampoco permitiré que nos separen mi precioso lirio azul.

-Algún día me contarás nuestra historia. Me gustaría recordarlo todo. No quiero que eso desaparezca para siempre; quiero recordar cada momento vivido a tu lado-le indico.

-Te la contaré toda, con todo detalle; pero ahora necesitamos descansar-me dice besándome la frente.

A continuación de eso nos fundimos en un gran abrazo tendidos sobre nuestra nueva cama. La lenta y pausada respiración de Gabriel es lo último que escucho antes de dormirme en sus brazos.

Capítulo 26: Isla Paraíso

Al despertarme, me encuentro con los brazos de Gabriel alrededor de mi cintura. Los recuerdos, hechos del día anterior me golpean con fuerza. Al parecer en mi anterior vida, por así decirlo, había sido una Iluminada. Mi historia con Gabriel, nuestro amor, se remontaba a mucho tiempo atrás.

Me giro para quedar frente a Gabriel, quién todavía sigue dormido de forma plácida y tranquila. Parte de su pelo cae sobre su rostro. Decido apartarlo con sumo cuidado, para así aprovechar también el hecho de tocar su mejilla, suave y cálida bajo mi palma.

-Buenos días mi lirio azul-susurra aún con los ojos cerrados.

-Buenos días-le respondo, acurrucándome aún más entre sus brazos, que comienzan a acariciar mi espalda desnuda.

Estos momentos junto a él se han convertido en mis favoritos. Momentos en los que los dos permanecemos juntos, abrazados, sin tener que decir nada; simplemente permanecemos abrazados, no queriendo separarnos.

Oímos como llaman a la puerta, interrumpiendo este momento. Escucho de Gabriel un pequeño quejido, lo cual me hace sacar una pequeña sonrisa, dado que nunca antes lo había oído quejarse.

-Sentimos interrumpiros, pero el Padre de la sede de Madrid acaba de llegar y requiere de vuestra presencia urgentemente-nos dicen desde detrás de la puerta.

-Está bien. Iremos dentro de unos minutos-responde Gabriel-Creo que nuestro momento se acaba de terminar-me dice dándome un corto beso en los labios.

-Creo que sí-respondo, levantándome de mi cama y agarrando la ropa del día anterior que se encuentra esparcida por el suelo.

Ambos nos vestimos, y al terminar salimos de la habitación rumbo a la sala de reuniones.

- ¿Cuántas sedes hay?-le pregunto a Gabriel de camino.

-Bastantes. Hay una en las ciudades más grandes e importantes de cada país. Aquí en España están: la de Barcelona, Madrid, Sevilla y Santiago de Compostela.

-¿En Santiago hay una?

-Sí. Se creó por el motivo de que es una ciudad bastante turística y de peregrinaje y muy importante para muchas personas. Por eso se creó una sede allí, para evitar que los oscuros la atacaran aprovechando ese hecho.

-Entiendo-respondo, justo cuando nos encontramos frente a la puerta de la sala-Van a hablar de lo que vamos a hacer. Están preocupados acerca de nuestro futuro-le indico a Gabriel, luego de percibir los pensamientos de los Iluminados que se encuentran en la sala.

-Me lo imaginaba-me responde-Digan lo que digan, no pienso separarme

de ti de nuevo.

-Yo tampoco.

Ambos nos adentramos en la sala, en la cual ya nos aguardan varios iluminados, entre ellos el que debe ser el Padre de la sede de Madrid. Nos sentamos cada uno en una silla, uno al lado del otro. A lo largo de aquella mesa circular había en total unos 10 Iluminados de distintos rangos.

-Buenos días. Sentimos si os hemos despertado; pero tal y como está la situación era necesario. Los Oscuros ya saben que estáis vivos y eso hará que vayan a por vosotros. Saben que estáis aquí y por eso debéis partir cuanto antes. Dado la reciente traición el lugar será elegido por vosotros. Nadie más sabrá vuestra localización. Ambos os encargaréis de elegirlo, y tú Gabriel te teletransportarás a dicho lugar con Lucinda.

- Solo puedo teletransportame a lugares que veo, a donde alcanza mi visión-responde Gabriel.

-Eso es porque nunca has intentado hacerlo viendo una fotografia del lugar me imagino-le dice Padre lanzándole una guía de viajes por encima de la mesa-Escoger el lugar y partir cuanto antes. Ya tenéis todo lo necesario en vuestra habitación. Buena suerte a ambos-Con esas palabras todos se levantan de la mesa y salen de la sala.

Gabriel y yo regresamos a nuestra habitación, en la cual observamos varias maletas. Durante el trayecto, Gabriel no ha parado de ojear la guía con concentración.

-Si llego a saber que te gustan las guías de viaje, te habría robado una en el hotel-le indico, sentándome sobre la cama.

-Estoy observando nuestro futuro destino. Quiero que sea tranquilo, relajado y alejado de cualquier sede que exista. Cuántos más alejados estemos de ellas mejor. Los Oscuros probablemente nos busquen en estas-me responde sentándose a mi lado.

-Lo sé. Todavía no me hago a la idea de todo esto. Apenas han pasado unos días desde que vivía en Roma como una chica normal y ahora...Todo ha cambiado muy rápido-digo en voz alta sin darme cuenta.

-¿Te gustaría volver a ser aquella Lucinda?-me pregunta Gabriel, dejando la guía marcada con uno de sus dedos-la que no era una Iluminada.

-Si no lo fuese jamás te habría conocido, y tú eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida. Fuiste la luz en mi oscuridad, las alas que ayudaron a levantarme, el ser que hizo que viera todos los colores de la vida y no solo el gris o el negro, fuiste...Eres mi todo Gabriel. Jamás

querría volver a mi otra vida si eso significara no estar contigo-le respondo totalmente convencida.

A continuación, siento los cálidos, dulces y suaves labios de Gabriel sobre los míos.

-Tú también lo eres todo para mi. Te quiero mi pequeño lirio azul; pero ahora es mejor que agarres esas maletas. Ya tengo escogido el destino.

-Sin contar con mi opinión-le comento fingiendo enfado-Creo recordar que Padre dijo que ambos lo eligiéramos.

-Lo sé; pero quiero que sea una sorpresa. Te va ha gustar, te lo prometo-me dice dándome un pequeño beso en la frente.

Ambos agarramos las maletas y la guía de viaje por si en el futuro nos hace falta. Segundos después noto una ligera presión sobre todo mi cuerpo y puedo escuchar el hermoso ruido del mar al igual que sentir la arena sobre mis pies.

-Puedes abrir ya los ojos Lucinda. Ya hemos llegado a nuestra Isla-me dice Gabriel-Bienvenida a nuestro pequeño paraíso del océano Pacífico.

Abro los ojos con cuidado, encontrándome con la cegadora luz del sol. Por el calor que hace, me imagino que se trata de una isla tropical, y la vegetación que la rodea me lo confirman.

-Esto es increíble. ¿No lo crees? Mira el mar ¡Por dios es inmenso! Parece infinito y la arena es tan fina y cálida...El sol brilla con intensidad y se respira tanta tranquilidad y paz que parece surrealista. Si no viese este lugar con mis ojos ahora mismo no creería que existiese-digo todo de carrerilla.

Me giro sobre mi misma para cazar a Gabriel mirándome con una sonrisa entre alegre y triste al mismo tiempo.

-¿Sucedo algo?-le pregunto alarmada acercándome al él.

-Sabía que te gustaría mi lirio azul. Aquí, en esta misma Isla, vivimos juntos varios años. Tú escogiste el lugar por todo lo que acabas de indicar hace nada. Fuimos muy felices aquí-me comenta Gabriel abrazándome desde atrás quedando los dos frente al mar.

-Me gustaría poder acordarme de ello. Acordarme de todos los momentos felices vividos juntos.

-Yo te los contaré cada noche antes de dormirnos y después de cada

entrenamiento juntos.

-¿Lo prometes?

-Lo prometo. Ahora vayamos a la que años atrás fue nuestra casa.

Agarrados de la mano empezamos a caminar, adentrándonos en el bosque. El calor era notorio, pero no insoportable para hacerse pesada. Exactamente treinta minutos después llegamos a una pequeña casa de madera, que a pesar de los años se mantenía intacta. Entramos en ella y compruebo con admiración lo que en su día fue nuestra casa.

-Bienvenida a nuestro nuevo hogar-me dice Gabriel al oído-Bienvenida a Isla Paraíso, como tú la solías llamar.

Capítulo 27: Alejandría

Me encuentro tumbada en lo que ahora es mi nueva cama, tras un duro entrenamiento con Gabriel. Estoy impaciente por escuchar nuestra historia, por recordar todo nuestro pasado. Siento el peso de Gabriel sobre nuestra cama. Veo como se tumba en esta, y como acerca mi cuerpo al de él. Al poco comienza a jugar con mi pelo, enredándolo entre sus manos.

-La primera vez que nos vimos fue en Alejandría, en el siglo IV D.C. Yo asistía a las clases impartidas por Hipatia, en donde aprendía matemáticas, filosofía, astronomía. Adoraba todas sus clases y ansiaba conocer más del mundo en el que acababa de aparecer, por lo que muchas veces me escapaba a la biblioteca de su padre, la biblioteca del Serapeo. Allí fue donde te vi por primera vez. Estabas observando los libros embelesada junto a Hipatia. Estabas tan concentrada que no te diste cuenta de mi presencia; pero Hipatia si se percató. Poco después nuestras miradas se cruzaron y supe inmediatamente que también eras una Iluminada. Te veías hermosa bajo la luz del sol, que sacaba de tu cabello varios destellos dorados. Parecías un ángel. Me enamoré de ti a primera vista, no pude evitarlo. Desde aquel día siempre visitaba la biblioteca, solo con el objetivo y la esperanza de volverte a ver.

Un día reuní el valor suficiente para hablarte. Recuerdo haberte pedido un libro de Platón para poder estudiarlo y tú me ofreciste justo el que tenías en tus manos. Fue nuestro primer contacto físico; pero no el último. Después de aquel día nos reuníamos con frecuencia en la biblioteca, junto a Hipatia. Intercambiábamos todos nuestros conocimientos. Era increíble oírte hablar de Platón, Aristóteles, de las artes de la matemática, de la ciencia de la astronomía. Me fui enamorando poco a poco de ti y un día reuní el valor suficiente para pedirte una cita.

En aquella primera cita, nos mostrábamos nerviosos, no por el hecho de estar juntos solos; sino ante el hecho de que la revolución entre judíos y

cristianos había estallado. Temíamos lo que podía pasar; pues los Oscuros estaban cada vez consiguiendo más aliados y fuerza. Todo lo que adorábamos estaba desapareciendo, y el mundo en la bella Alejandría se tiñó de rojo, dolor y tristeza esa misma noche. Al regresar de nuestra cita, descubrimos que Hipatia había sido cruelmente asesinada. Los Oscuros le habían arrebatado la vida sin piedad, y posiblemente nosotros seríamos los siguientes si descubriesen nuestra existencia. Aquella noche los dos juntos abandonamos la ciudad y nos encaminamos a la sede de Roma, junto con otros Iluminados de la sede de Alejandría. Aquella noche perdimos a una gran amiga y maestra.

Durante varios días no hablaste. Tenías tanto dolor dentro guardado, que temía perderte; pero al 8º día de camino me hablaste por fin.

-No me dejes nunca. Jamás podría llegar a superarlo. Eres lo más bello que me ha pasado hasta entonces-me dijiste, mirándome a los ojos directamente.

-Nunca-te respondí. Luego de eso te besé. No era la idea del primer beso que tenía planeado; pero en aquel mundo lleno de dolor y tristeza se necesitaba algo de amor, esperanza. Desde aquel día jamás nos separamos, nos volvimos uno.

-Lo recuerdo. Recuerdo ese primer beso y la energía que brotó en mi interior. Recuerdo como gracias a ti la tristeza y el dolor poco a poco fueron desapareciendo y convirtiéndose en fortaleza. En el pasado hiciste lo mismo que en el futuro, me diste alas-le digo a Gabriel, al tiempo que acaricio su mejilla-Tú te convertiste en el astrolabio que perfeccionamos con Hipatia, te convertiste en mi guía, en mi protector en las largas noches. Fuiste la luz en la oscuridad-Siento los labios de Gabriel posarse sobre los míos.

-Te equivocas. Tú eras la luz, el ser que me daba fuerzas para no rendirme nunca, el que me animaba a seguir cada día. Una sonrisa tuya era suficiente para luchar por la vida.

-¿Todas las historias serán tristes?-pregunto tras unos minutos de silencio.

-Algunas si, otras no. Habrá de todo, los Oscuros influirán mucho en nuestra vida y descubrirás como muchos hechos trágicos en la historia fueron por su causa.

-Ojalá no existieran.

-Yo también lo deseo; pero para que haya luz tiene que haber también

oscuridad. Tiene que existir un equilibrio en este mundo.

Acabamos acurrucados sobre nuestra cama, contemplando el cielo estrellado, de la misma forma que lo hicimos antaño al lado de nuestra querida amiga Hipatia.